EL OJO DE LA MENTE
Splinter of the Mind's Eye

STAR WARS

ALAN DEAN FOSTER

(ed. Argos-Vergara, 1978 - traducción Iris Menéndez)

Para papá y mamá Oxley, Louis y Ellie,
con todo mi amor, capaz de llenar varios universos...

CAPITULO I

¡Qué hermoso es el universo!, pensó Luke. ¡De qué manera tan maravillosa fluye, glorioso y resplandeciente como el manto de una reina! Límpido como el hielo negro en su vacío y soledad, tan distinto del abigarrado mosaico de motas de polvo giratorias que los hombres llamaban sus mundos, partículas en donde las bacterias humanas prosperaban, se multiplicaban y se mataban entre sí. Todo estaba dispuesto de tal manera que era posible decir que Luke se encontraba ligeramente por encima de sus semejantes.

En momentos de depresión, Luke estaba convencido de que en ninguno de esos mundos había materia viviente realmente feliz. Sólo existía una plétora de enfermedades humanas destructivas que luchaban y se consumían mutuamente, una serie de civilizaciones cancerosas que se nutrían de sus propios cuerpos, sin curar jamás pero, de algún modo, sin tampoco llegar a morir.

Un tipo de cáncer especialmente destructivo había matado a su madre y a su padre y más tarde, a su tía Beru y a su tío Owen. También había apartado de su lado al hombre a quien más había aprendido a respetar: el anciano caballero jedi Ben Kenobi.

Aunque había visto a Kenobi afectado por el sable de luz de Darth Vader a bordo de la ahora destruida estación imperial de combate Estrella de la Muerte, no podía estar seguro de que el viejo hechicero estuviese realmente muerto. A su paso, el sable de Valder sólo había dejado aire vacío. Era indiscutible que Ben Kenobi había partido de este plano de la existencia. Pero nadie podía decir en qué nivel de existencia había entrado. Quizá la muerte y...

Quizá no.

En algunos momentos, Luke experimentaba una sensación muy agradable de hormigueo, como si alguien acechara a sus espaldas. A veces esa presencia oculta parecía moverle los brazos y las piernas u ofrecerle sugerencias y pensamientos cuando su mente estaba desesperadamente en blanco. Tan en blanco como la del ex granjero del mundo desértico de Tatooine.

Espíritus ocultos o presentes, si de algo estaba seguro era de que el joven inexperto que otrora había sido se hallaba muerto y seco como el polvo, reflexionó Luke torvamente. En la Alianza Rebelde de los mundos que luchaban contra el poder

corrupto del gobierno imperial, Luke no poseía un título concreto. Pero nadie se mofaba de él ni le llamaba granjero... nadie lo había hecho desde que ayudara a destruir la voluminosa estación de combate construida en secreto por el gobernador Moff Tarkin y su secuaz Darth Vader.

Como Luke no tenía experiencia con las dignidades, de nada le servían. Cuando los jefes rebeldes le ofrecieron toda recompensa que estuvieran en condiciones de darle, sólo pidió que le permitieran seguir pilotando un caza al servicio de la Alianza. Algunos consideraron que su demanda era excesivamente modesta pero un general sagaz no estuvo de acuerdo y explicó que Luke podía ser más valioso para la rebelión sin título o misión en concreto que, aclaró el veterano a sus colegas, sólo servirían para que el joven se convirtiera en blanco principal de los asesinatos imperiales. Así, Luke siguió siendo el piloto que siempre había querido ser, perfeccionó su habilidad para volar y siempre, incesantemente, luchó con la fuerza que Ben Kenobi le había permitido comenzar a comprender.

Mientras observaba los instrumentos de su caza con ala en forma de X, recordó que ahora no tenía tiempo para meditar. Miró al frente: brillaba y palpitaba la bola solar de Circarpo Mayor; el material fototrópico del puerto transparente reducía a una intensidad soportable su brillo devastador.

-Artoo, ¿está bien todo ahí atrás? -preguntó Luke por el fonpcaptor.

Un alegre bip del androide achaparrado y acomodado en su sitio detrás de la carlinga aseguró a Luke que todo estaba bien.

Su destino era el cuarto planeta hacia el exterior de esa estrella. Como tantos otros, los circarpianos estaban aterrorizados por las atrocidades perpetradas por el Imperio, pero demasiado paralizados por el miedo para unirse abiertamente a la Alianza Rebelde. Con el correr de los años, en Circarpo se había desarrollado un movimiento clandestino, una resistencia que sólo necesitaba ayuda y suficientes estímulos de la Alianza para rebelarse y comprometer su mundo con la causa de la libertad.

Desde la minúscula y oculta estación rebelde situada en el planeta más externo del sistema, Luke y la princesa se dirigían a una reunión, de suma importancia, con los jefes de ese movimiento clandestino a fin de ofrecerles la necesaria promesa de apoyo. Luke comprobó la hora en el cronómetro del tablero de instrumentos. Llegarían con tiempo suficiente para serenar a los tan nerviosos jefes de la resistencia.

Al inclinarse un poco hacia adelante y mirar hacia estribor, podía admirar el refulgente caza con ala en forma de Y que avanzaba a su lado. En la carlinga, dos figuras sentadas se destacaban gracias a las luces de los instrumentos. Una correspondía a la forma brillante y dorada de See Threepio, el compañero androide de Artoo.

La otra figura... cada vez que la miraba, las emociones bullían en su interior como un caldo que lleva demasiado tiempo al fuego, al margen de que estuviera separada de él casi por el vacío, como en ese momento, o sólo se encontrara a un brazo de distancia en una sala de conferencias. Era por esa persona y a causa de ella -la princesa y senadora Leia Organa, del ahora evaporado mundo de Alderaan- por lo que Luke se había comprometido al principio con la rebelión. Primero su retrato y luego su persona habían iniciado la metamorfosis irreversible de granjero a piloto de caza. Ahora los dos eran emisarios oficiales del consejo directivo del gobierno rebelde ante la dubitativa resistencia de Circarpo.

Luke siempre había supuesto que era arriesgado enviar a Leia Organa para una

misión tan peligrosa. Pero un segundo sistema estaba dispuesto a comprometerse con la Alianza *si* se anunciaba que Circarpo se unía a ella. Al mismo tiempo, si el segundo sistema desafiaba al Imperio, la resistencia circarpiana se pronunciaría decididamente a favor de la rebelión. De este modo, no uno sino dos sistemas aguardaban el resultado de la misión. Luke sabía que si fracasaba, probablemente ambos sistemas se desalentarían y negarían la ayuda tan necesaria. *Tenían* que lograr el éxito.

Mientras ajustaba en silencio la posición de la nave un cuarto de grado respecto al plano de la eclíptica solar, Luke no dudaba en cuanto al resultado de la misión. No podía imaginar que la princesa Leia fuera incapaz de convencer a todos. A *él,* podía convencerlo de cualquier cosa. Luke recordaba los momentos en que ella olvidaba su posición social y sus títulos. Soñaba con un tiempo en que pudiera olvidarlos para siempre.

Un bip de la sección trasera arrancó a Luke de su ensueño y borró la sonrisa de su rostro. Se preparaban para pasar junto a Circarpo V y Artoo se lo recordaba. El planeta, definido en los archivos de Luke como un globo extenso y cubierto de nubes, también aparecía como el más inexplorado, salvo por una única y temprana expedición imperial de reconocimiento. Según el tablero de lectura de la computadora, los circarpianos también lo conocían con el nombre de Mimban y... El comunicador internaves reclamó su atención.

-La recibo, princesa.

La respuesta de ella estaba cargada de irritación:

-Casi todo el motor de babor comienza a generar latidos desiguales de radiación.

Incluso cuando estaba alterada, para Luke esa voz era tan natural, delicada y grata como un fruto rebosante de zumo.

-¿Muy mal? -preguntó, y frunció el ceño con gesto preocupado.

-Lo suficiente, Luke -las palabras sonaban tensas-. Comienzo a perder el control y la desigualdad aumenta. Creo que no podré compensarla. Tendremos que detenernos en la primera base de Mimban y hacer que resuelvan el problema.

Luke abrió la boca para responder y vaciló un instante, pero decidió hacerlo:

-¿No tiene posibilidades de llegar a salvo a Circarpo IV?

-Creo que no, Luke. Quizá me acerque a la órbita, pero entonces tendríamos que tratar con los sistemas oficiales de reparaciones y no podríamos posarnos como habíamos proyectado. Nos perderíamos la reunión y *no podemos* dejar de asistir a ella. Los grupos de resistencia de todo el sistema de Circarpo estarán allí. Si no llegamos, el pánico los dominará. Tardaremos un tiempo *infinito* en lograr que vuelvan a salir a la superficie. Luke, los mundos de Circarpo son vitales para la rebelión.

-Aun así, no creo que... -comenzó a decir.

-No me obligues a convertirlo en una orden, Luke.

Se tragó la respuesta que había comenzado a esbozar y apresuradamente inició una verificación de los mapas y los registros visuales de lectura.

-Leia, según mis cintas de información, Mimban carece de estación de reparaciones. En realidad -agregó mientras miraba la turbia esfera verdiblanca que aparecía debajo y después observaba un costado-, es posible que Mimban ni siquiera tenga una estación de alerta de emergencia.

-No importa, Luke. Tengo que llegar para la conferencia y bajaré mientras todavía conserve algún control. Sin duda alguna, en un sistema tan poblado como éste, cualquier

mundo con atmósfera respirable tiene que contar con medios para una reparación de emergencia. O tus datos son viejos o estás buscando en las cintas equivocadas -hizo una pausa y agregó-: Podrás verlo si pasas el monitor de tu comunicador a la frecuencia cero-cuatro-seis-uno.

Luke accionó los mandos correspondientes. Un instante después, un gemido persistente llenó la pequeña cabina.

-¿Lo conoces? -le preguntó Leia.

-De acuerdo, es un radiofaro direccional de aterrizaje -respondió confundido. De todos modos, las investigaciones posteriores no mostraron archivos de la existencia de una estación de Mimban-. Pero no hay nada en las listas de las cintas imperiales ni en las de la Alianza. Si nosotros... -calló cuando una bocanada de gas surgió brillantemente de la nave con ala en forma de Y de la princesa, se expandió y desapareció-. ¡Leia! *¡Princesa Leia!*

La navecilla ya trazaba una curva y se alejaba de él.

-¡Luke, he perdido por completo los mandos laterales! ¡Tengo que bajar!

Luke se apresuró a repetir su senda de planeo.

-No niego la presencia del radiofaro. ¡Quizá hemos tenido suerte! ¡Intente trasladar la energía a los mandos de babor!

-Hago cuanto puedo -respondió ella. Hubo un instante de silencio y luego se oyó-: ¡Threepio, deja de moverte y vigila tus manipuladores ventrales!

-Lo siento, princesa Leia -dijo con voz contrita y metálica su compañero de cabina, el broncíneo androide See Threepio, especialista en relaciones entre humanos y cyborgs-. ¿Y si el amo Luke tuviera razón y abajo no hubiese una estación? Podríamos quedar definitivamente aislados en este mundo vacío, sin compañía, sin cintas de información, sin... ¡sin *lubricaníesl*

-¿No oíste el radiofaro? -preguntó la princesa.

Luke vio el destello de una fugaz explosión y, poco después, la nave en Y se lanzó hacia la superficie en un ángulo mucho más agudo. Durante algunos instantes sólo la estática respondió a sus frenéticas llamadas. Luego la interferencia desapareció.

-De buena me he salvado, Luke -agregó la princesa-. Perdí totalmente el motor dorsal de estribor. He reducido en un noventa por ciento la potencia del dorsal de babor para equilibrar los sistemas de guía.

-Lo sé. Reduje la energía de mi nave para descender con usted.

Threepio suspiró en la minúscula cabina de la nave con ala en Y y se aferró con más firmeza a las paredes que lo rodeaban.

-Por favor, princesa, intente que nos posemos suavemente. Los aterrizajes bruscos producen cosas terribles en mis circuitos internos.

-Tampoco le sientan muy bien a mi interior -replicó la princesa, con los labios fuertemente apretados mientras luchaba con los mandos inertes-. Además, no tienes de qué preocuparte. Los androides no tienen problemas orgánicos en el espacio.

Threepio podría haber sostenido lo contrario, pero permaneció en silencio mientras la nave con ala en forma de Y inició un balanceo descendente que le revolvió el estómago. Luke tuvo que reaccionar rápidamente para seguirla. Hubo una ligera señal positiva: la señal del radiofaro no era imaginaria. Estaba realmente allí y zumbaba constantemente cuando sintonizó los mandos del tablero para que fuera audible. Quizá Leia tenía razón.

De todos modos, no confiaba en ello.
-Artoo, infórmame si divisas algo excepcional mientras bajamos. Coloca todos tus enchufes sensores a plena potencia.
Un silbido tranquilizador recorrió la carlinga.
Descendían a doscientos kilómetros cuando Luke saltó en el asiento. Algo comenzó a atenazarle la mente. Una agitación de la fuerza. Intentó relajarse, dejar que ésta lo llenara y fluyera a través de él como el viejo Ben le había enseñado.
Su sensibilidad estaba lejos de ser perfecta y dudaba sinceramente de alcanzar algún día la mitad del dominio de la fuerza que Kenobi había poseído... aunque el anciano había mostrado mucha confianza en las posibilidades de Luke. De cualquier manera, sabía lo suficiente para valorar ese hormigueo sutil. Le despertó una sensación de inquietud casi palpable que provenía de algo (o varias cosas) de la superficie que aparecía debajo. Pero no estaba seguro. De todos modos ahora no podía hacer nada en ese sentido. La única preocupación del momento consistía en esperar que la nave de la princesa se posara sin dificultades.
Pero cuanto antes abandonaran Mimban, mejor se sentiría.
A pesar de sus problemas, la princesa se tomaba el trabajo de transmitirle información combinada. Como si él no fuera capaz de trazar el curso de su nave. Luke intentó identificar algo que divisó debajo de ellos cuando entraron en la atmósfera exterior. En las nubes de esa zona había algo extraño... no logró averiguar de qué se trataba exactamente.
Transmitió su nueva preocupación a la princesa.
-Luke, te preocupas demasiado. Morirás a una edad temprana por culpa de tantas preocupaciones. Y eso sería un desperdicio de...
No logró averiguar de qué sería el desperdicio por preocuparse tanto, pues en ese instante ingresaron por primera vez en la troposfera y la reacción inmediata de ambas naves ante la atmósfera más densa y de ésta ante las naves no fue nada normal.
Parecía que súbitamente se habían zambullido de un cielo salpicado de nubes pero de aspecto normal, en un océano de electricidad líquida. Gigantescos y multicolores rayos de energía estallaban en el aire vacío. Entraban en contacto con los cascos de las dos naves y originaban el caos de los instrumentos donde segundos antes había reinado el orden. En lugar de la bóveda teñida de azul o de amarillo que esperaban atravesar, la atmósfera que los rodeaba estaba empapada de energías extrañas, que deambulaban de manera tan salvaje y frenética que lindaban con lo animado. Detrás de Luke, Artoo Detoo lanzaba nerviosos bips.
Luke luchó con sus instrumentos. Éstos le lanzaron un fárrago de disparates electrónicos. La nave con ala en X, que evolucionaba locamente, estaba dominada por fuerzas no identificadas, lo suficientemente poderosas para sacudirla como un juguete. La tormenta cromática desapareció a sus espaldas como si de pronto Luke hubiese salido de una tromba marina, aunque los mandos siguieron mostrando aquello que, con toda probabilidad, eran manifestaciones permanentes de lo electrónicamente podrido.
Una rápida comprobación verbal le reveló lo que más temía: el caza de la princesa no estaba a la vista. Con una mano, Luke intentó controlar los mandos manuales de la nave loca y con la otra activó el comunicador:
-¡Leia! ¡Leia! Leia, ¿se encuentra...?
-Ningún... control, Luke -le llegó la respuesta cargada de estática. El muchacho

apenas logró distinguir las palabras-. Los instrumentos... Intento aterrizar... de una pieza. Si nosotros...

Por mucho que manoseó frenéticamente el comunicador, la princesa había desaparecido. Desvió la atención cuando algo de un panel del techo voló en una lluvia de chispas y fragmentos metálicos. La carlinga se llenó de humos acres.

Impulsado por una idea desesperada, Luke activó el rastreador del caza. Formaba parte del armamento ofensivo de su nave y se contaba entre sus componentes mejor construidos y herméticamente cerrados. Pese a ello, había quedado sobrecargado por la furia de las extrañas energías distorsionadoras, energías que sus diseñadores jamás supusieron que encontraría.

A pesar de que ahora era inútil, el registro automático estaba intacto y funcionaba. Durante algunos instantes mostró la espiral descendente que sólo pudo dejar la nave de la princesa. Lo mejor que podía sin autoacrecentamiento, Luke programó la nave en Y para un curso descendente de persecución. Existían muy pocas posibilidades o ninguna de seguir con precisión a la princesa. Rezó simplemente para que no aterrizaran en los lados opuestos del planeta. Simplemente rezó para que pudieran aterrizar.

El caza siguió cayendo y viró ligeramente como un camello lisiado bajo una tormenta de arena. Mientras la exuberante superficie de Mimban se abalanzaba sobre él, Luke echó vistazos ondulantes y retorcidos a las ringleras verdes y sin montañas, entrelazadas con venas y arterias de color marrón barro y azul.

Aunque desconocía por completo la topografía mimbaica, el verde y el marrón azul de los ríos, los torrentes y la vegetación le parecieron infinitamente preferibles como lugares de aterrizaje a, por ejemplo, al cerúleo interminable de la alta mar o las cumbres grises de las montañas jóvenes. No hay piedra más suave que el agua ni agua tan suave como una ciénaga, pensó e intentó alegrarse. Comenzaba a creer que podría sobrevivir realmente al aterrizaje y que la princesa también lo lograría.

Se esforzó frenéticamente en descubrir una combinación de circuitos que reactivaran el rastreador de blancos. En cierto momento estuvo a punto de lograrlo. En la pantalla apareció la nave en Y que todavía seguía el curso que él acababa de trazar. Parecían mayores sus posibilidades de posarse cerca de la nave de la princesa Leia.

A pesar de las exigencias de su mente, Luke no pudo dejar de pensar en las distorsiones energéticas que habían estropeado los instrumentos de ambas naves. El hecho de que el remolino de arco iris se redujera a una zona -zona muy próxima a la situación del radiofaro de aterrizaje- planteaba cuestiones tan enigmáticas como perturbadoras.

Luke apagó los motores y siguió planeando al tiempo que descendía para tratar de reducir al mínimo las consecuencias de sus controles enloquecidos. En Tatooine había practicado mucho cuando holgazaneaba en su saltador celeste. Pero eso era muy distinto a hacer prácticamente lo mismo en un vehículo tan complejo como el caza. Ignoraba si a la princesa se le ocurriría la misma idea o si tenía experiencia en el vuelo sin motor. Luke se mordió angustiado el labio inferior y comprendió que aunque ella intentara planear, su propia nave se adaptaba mejor a esa maniobra que la nave de la princesa, con ala en forma de Y.

Si pudiera verla, me sentiría mucho mejor, pensó. Por más que esforzó la vista, no vio rastros de ella. Sabía que poco después desaparecería toda posibilidad de

establecer un contacto visual. Su nave comenzó a hundirse inexorablemente en un suelo de algodón gris y mugriento: densas nubes.

Varios rayos zigzagueantes cortaron el aire, pero ahora eran naturales. En ese momento, Luke estaba inmerso en las nubes y no distinguía nada. El pánico se apoderó de él. Si la visibilidad seguía siendo la misma hasta alcanzar la superficie, localizaría el suelo demasiado tarde, bruscamente. Mientras pensaba en volver a conectar el automático, a pesar de que distorsionaba, salió de la capa inferior de nubes. La atmósfera estaba cargada de lluvia pero no hasta el punto de que le resultara imposible divisar el terreno de abajo. Ahora el tiempo corría más rápido que la altitud. Apenas contó con ambos para volver a encender los mandos atmosféricos cuando algo sacudió al caza desde abajo. Una serie de crujidos parecidos acompañó instantáneamente a la sacudida mientras Luke arrancaba las copas de los árboles más altos.

Luke observó el indicador de velocidad aérea, disparó los cohetes de frenado y posó con toda suavidad el morro de la nave. Al menos se ahorraría la preocupación de ocasionar el incendio de la vegetación del lugar de aterrizaje. Todo lo que le rodeaba estaba empapado.

Volvió a disparar los cohetes de frenado. Pese al arnés de combate, una serie de sacudidas y traqueteos violentos lo estremeció. Adelante, una ola verde y floral rompió y lo cubrió de oscuridad...

Parpadeó. Más adelante, la proa destrozada del caza enmarcaba la selva con cristalina geometría. Todo estaba en calma. Cuando intentó inclinarse hacia adelante, el agua le acarició la cara. Esto contribuyó a que se despejara y a que enfocara el paisaje con claridad. Hasta la lluvia caía con cautela, musitó, si es que era una lluvia ligera en lugar de una bruma excepcionalmente densa.

Luke estiró el cuello y notó que el techo de metal estaba suelto en muchos puntos -como si se tratase de un abridor gigantesco- destrozo producido por la rama gruesa y ahora astillada de un árbol gigante. Si por casualidad el caza se hubiese deslizado un poco más alto, el cráneo de Luke se habría desprendido de igual manera... un poco más a babor y el ancho tronco del árbol lo habría aplastado contra la central de energía. Se había salvado de la decapitación y la compresión fatal por un metro a ambos lados.

El agua seguía entrando en la rota y abierta carlinga desde el monte de arriba. Súbitamente Luke se dio cuenta de que estaba sediento y abrió la boca para que el agua apagara su sed. Percibió una ligera salobridad que no le pareció buena. El agua de lluvia (o de bruma) parecía diáfana y pura. Y lo era. Comprendió que la salobridad provenía de la sangre que manaba de la herida que tenía en la frente. Le caía por el lado izquierdo de la nariz y de ahí le llegaba a los labios.

Luke abrió los cierres «g» y se quitó el arnés. Aunque se movía con cuidado y lentamente, le parecía que todos los músculos de su cuerpo habían sido cogidos y tirados desde extremos contrarios casi hasta el punto de quebrárselos. Ignoró el dolor como pudo y pasó revista a su entorno.

Entre las distorsiones generadas por la tormenta electrónica que había atravesado y las consecuencias más prosaicas del aterrizaje, sus instrumentos se habían convertido en candidatos a la tienda de objetos usados. Jamás volverían a controlar ese caza. Giró a la izquierda y accionó el cuadro de mando de salida, pero no se sorprendió al no obtener respuesta. Después de mover el interruptor doble del disparador manual, dio un

golpe rápido al botón de emergencia. Dos de los cuatro cerrojos explosivos se dispararon. El cuadro se movió unos pocos centímetros y luego se inmovilizó.

Luke se agarró al asiento del piloto, se sujetó con ambas manos y pateó. Lo único que logró fue sentir dolores punzantes en ambas piernas. Sólo quedaba la salida normal, si es que no estaba demasiado atascada. Se levantó con ambas manos, empujó el mecanismo disparador y empujó. Nada. Se detuvo y jadeó mientras analizaba sus posibilidades.

La cubierta de la carlinga comenzó a elevarse por sí misma.

Luke se agitó frenéticamente e intentó encontrar la pistola. Un bip quejumbroso le tranquilizó.

-¡Artoo Detoo!

Una curvada capucha metálica le miró y el único ojo electrónico de color rojo le estudió preocupado.

-Sí, estoy bien... supongo.

Luke utilizó la pata central de Artoo como abrazadera, se levantó y salió. Estiró las piernas, se puso de pie y se encontró encima de la nave varada. Apoyó la espalda contra la curva de la enorme rama sobresaliente.

Sonó un pesaroso silbido-graznido y Luke miró a Artoo, que se asía al cercano casco de metal.

-Artoo, no sé qué dices pues no está Threepio para traducirlo. Pero puedo adivinarlo -miró hacia afuera-. No sé dónde están él y la princesa. Ni siquiera estoy seguro de dónde estamos *nosotros.*

Estudió detenidamente la superficie de Mimban. A su alrededor se elevaba una densa vegetación, pero en lugar de presentar un frente continuo como una selva normal se agrupaba en grandes cavidades. Había un extenso espacio abierto. Mimban -o al menos la zona en que se había posado- era un conglomerado de ciénaga, selva y pantano.

Un barro fluido cubría la mayor parte de un lánguido torrente que corría a la derecha de la nave. Serpenteaba en cámara lenta. A su izquierda, el tronco del enorme árbol con el que había estado a punto de chocar se encumbraba en medio de la bruma. Más lejos aparecía una maraña de otro tipo de vegetación alta rodeada de arbustos y de cansados y caídos helechos. Estaba bordeada por un terreno de color marrón desleído. Desde esa distancia, no podía reconocer la solidez de la superficie. Luke se sujetó con una mano de una rama pequeña y se asomó sobre el costado de la nave. El caza con ala en X parecía apoyarse en terreno parecido. No se hundía. Esto significaba que, probablemente, podría caminar. Se sintió algo aliviado, ya que sin nave no sabía volar.

Sonrió ligeramente para sus adentros, se agachó y miró debajo de la rama. El ala doble de babor de la nave se había desprendido y dispersado en algún lugar del bosque y sólo quedaban tocones iguales de metal. Naturalmente, también faltaban los dos motores de ese lado. Indudablemente, estaba varado.

Regresó cautelosamente hasta la maltrecha carlinga, destrabó el asiento, lo corrió hacia un costado y comenzó a buscar, en el compartimiento cerrado y situado detrás, el material que tendría que llevar: raciones de emergencia, el sable de luz de su padre, un traje térmico... este último porque, a pesar del aspecto tropical de algunas plantas, indudablemente hacía frío afuera.

Luke sabía que existían bosques lluviosos templados, así como tropicales. Aunque era probable que la temperatura no se volviera peligrosamente fría, podría combinarse con la humedad omnipresente y producirle escalofríos incómodos y en potencia debilitadores. Por ese motivo tomó la precaución de embalar el traje ligero. La mochila de supervivencia que acarrearía en la espalda estaba sujeta con correas al respaldo del asiento. Abrió las hebillas y comenzó a llenar su amplio interior con provisiones del compartimiento.

Después de llenar la mochila a prueba de rasgaduras, intentó cerrar herméticamente la carlinga para protegerla. Después se sentó en el borde del asiento y meditó.

De sus observaciones preliminares no había encontrado indicios de la nave en Y de la princesa. Pero a causa de la atmósfera húmeda y nebulosa, podría haber aterrizado a diez metros de distancia y ésta haberla ocultado. Era probable que ella hubiese aterrizado o que se hubiera estrellado suavemente delante de Luke, según su cálculo de la velocidad con la que se había posado su propia nave. Como carecía de otra información, no le quedaba otra posibilidad que seguir a pie el último curso que había trazado en pos de la nave de ella.

Había pensado ponerse de pie en el morro de la nave y gritar, pero decidió que sería mejor que primero situara visualmente la nave. La cacofonía de los gritos, los silbidos, los aullidos, los silbos y los zumbidos que surgían de la ciénaga circundante y la vegetación densa no le estimulaban a hacerse notar. Si gritaba podía despertar todo tipo de atención y, probablemente, la de algún carnívoro.

Mejor sería encontrar primero la nave de la princesa. Con suerte, ella no habría perdido la sensatez y estaría sentada en la carlinga, viva, intacta y furiosa de impaciencia mientras esperaba su llegada.

Luke volvió a salir de la carlinga y utilizó ramas para equilibrarse mientras bajaba hasta el tocón roto del ala doble de babor. Descendió cuidadosamente hasta el terreno, que le pareció suave, casi elástico. Al levantar un pie vio que la suela *de* la bota ya estaba cubierta por una sustancia gris y pegajosa que se parecía a la arcilla de modelar húmeda. Pero el terreno se sustentaba, soportaba su peso. Artoo se reunió con él un instante después.

Gracias al imprevisto aterrizaje forzoso, no tuvo que buscar un bastón. En la estela del caza había abundantes ramas partidas y astilladas. Escogió una que le serviría tanto para apoyarse como para tantear el terreno antes de pisarlo.

Utilizó el morro de la nave como tosca guía para orientar la brújula de rastreo y emprendió la marcha, girando unos grados a estribor.

Pudo ser un movimiento de las ramas del bosque, la fuerza o una anticuada corazonada, pero hasta Ben Kenobi habría reconocido que Luke tenía una sola posibilidad de encontrar la nave de la princesa. Si el caza no se hallaba cerca del camino que había elegido, si no lo veía y pasaba de largo, Luke podría seguir recorriendo la superficie de Mimban durante mil años sin volver a ver a la princesa.

Si su cinta original de trazado había sido exacta y si ella no había modificado en el último momento y por algún motivo desconocido su curso descendente, tardaría una semana en encontrarla. Claro que, pensó, quizá ella no había podido impedir que el caza modificara su ángulo de caída. Descartó esa posibilidad. La situación era suficiente sin necesidad de sumarle esas especulaciones.

La niebla-bruma-lluvia modificaba su consistencia pero no cesaba. Poco después, las

partes expuestas de su cuerpo estaban totalmente empapadas. Luke pensó que, en ese momento, era una bruma beligerante más que una verdadera lluvia.

El traje le mantenía el cuerpo protegido de la humedad, pero poco después la cara, las manos y el cuero cabelludo tenían riachuelos propios así como agua acumulada. Aunque los momentos casi totalmente secos eran escasos, dedicó muchas energías a quitarse regularmente las gotas de agua acumuladas en la frente y las mejillas.

En una ocasión vio que algo parecido a una serpiente pálida, de unos cuatro metros de longitud, se deslizaba entre la maleza. Al recorrer cautelosamente el camino que ésta había tomado, vio que en la tierra blanda había dejado un rastro acanalado y bordeado de moco luminoso. Pero Luke no se impresionó. Había dedicado poco tiempo a estudiar zoología. Ni siquiera en Tatooine, que albergaba sus propios fenómenos protoplasmáticos, esas cosas apenas le habían interesado. Si un crítero no intentaba devorarte, desgarrarte o ingerirte por otros medios, otras cosas despertaban tu interés.

Sin embargo, ahora tuvo que concentrar toda su atención en mantener el camino preestablecido. A pesar de la brújula de rastreo incorporada a la manga del traje, sabía que podría desviarse fácilmente. Y una desviación de una décima de grado podía resultar fatal.

Durante uno de los pocos momentos casi secos ascendió una ligera elevación. A través de la bruma y la niebla divisó, a la distancia, almenas monolíticas de color gris. Pensó que probablemente esos muros no los habían erigido manos humanas.

El color gris acero uniforme hacía que parecieran construidas con los bloques de juguete de un niño. A tanta distancia, Luke no podía estar seguro si el color era auténtico o estaba enmascarado por la cambiante bruma. En las encumbradas torres grises había incrustaciones de piedra negra o de metal y mostraban cúpulas deformes.

Se detuvo y por primera vez sintió la tentación de cambiar de dirección y explorar. Allí se podrían descubrir muchas cosas. Sin embargo, la princesa no esperaba en aquella ciudad sino en algún lugar más distante y en un ambiente que, en cualquier momento, podía ser hostil.

Como en respuesta a su idea, percibió un movimiento en un grupo de arbustos de color verde herrumbre. Alertó todos sus sentidos, se dejó caer sobre una rodilla y cogió el sable de luz de su cinto. La vegetación comenzó a crujir violentamente. Deslizó con el pulgar el botón activador. A su lado, Artoo emitió un nervioso bip.

Sea lo que fuere, la cosa que estaba allí, se le acercaba. Luke pensó en probar el viento y recordó, avergonzado de sí mismo, que no corría ni una brizna de aire. Sin embargo, quizá eso no fuera efectivo para inhibir al ser que se aproximaba.

Bruscamente, la vegetación se abrió ante sus ojos. De ella surgió un mimbanita. Era una gran pelota de color marrón oscuro, unas manchas y unas rayas verdes cubrían su cuerpo y tenía aproximadamente un metro de diámetro. Cuatro patas cortas y peludas Je sostenían, patas que acababan en dedos gruesos y dobles. Cuatro brazos asomaban de la superficie superior. La modesta cola era tan pelada como la de una rata.

Todo lo que se veía del rostro era un par de ojos abiertos que espiaban entre la piel cerdosa. El ser abrió aún más los ojos cuando posó su mirada en Luke y en Artoo Detoo.

Luke esperó tenso, con el dedo apoyado en el botón del sable de luz.

El ser no arremetió. Lanzó un chillido sorprendido y apagado y giró. Impulsado por sus ocho miembros, el ser se internó rápidamente en la maleza protectora.

Después de varios minutos de silencio, Luke se puso de pie. Apartó el dedo del

botón del sable, volvió a acomodar el arma en su cinturón y sonrió de modo un tanto histérico.

Su primer encuentro con un habitante de ese mundo había dado por resultado que éste huyera aterrorizado. Quizá la fauna que le rodeaba, si no realmente amiga, tampoco era tan peligrosa. Con esa idea continuó, con pasos más largos, con un poco más de confianza en sí mismo. Su postura era más erguida y su humor bastante más elevado, estimulado por el más tenaz de los estados de ánimo: la falsa confianza...

CAPITULO II

Leia Organa hizo otro débil intento de acomodarse el pelo alisado por la lluvia, renunció malhumorada y observó la exuberante vegetación que le rodeaba.

Después de perder todo contacto con Luke, había logrado aterrizar bruscamente en ese húmedo infierno. Se consoló algo al pensar que si Luke también había sobrevivido al aterrizaje, intentaría encontrarla. Después de todo, su tarea consistía en ocuparse de que ella llegara sana y salva a Circarpo IV.

Furiosa, pensó que ahora llegaría algo más que un poco tarde a la conferencia. Un rápido examen le había mostrado que ya no tendría que preocuparse por el funcionamiento defectuoso del motor de babor que ahora era una forma metálica rectangular y aplastada, incapaz de impulsarse a sí mismo o a cualquier otra cosa a través de un segundo-luz. Apenas estaba en mejores condiciones el resto de la nave con ala en forma de Y.

Pensó en buscar a Luke. Pero era más sensato que uno de ellos esperara la llegada del otro y sabía que Luke la buscaría en cuanto pudiera.

-Discúlpeme, princesa -dijo la forma metálica situada detrás de ella-, ¿cree que Artoo y el amo Luke aterrizaron sanos y salvos en este horrible lugar?

-Claro que sí. Luke es el mejor piloto que tenemos. Si yo lo logré, seguramente él no tuvo problemas.

Sus palabras contenían una leve mentira. ¿Y si Luk yacía herido en algún sitio, incapaz de moverse, mientras ella le esperaba sentada? Mejor no pensar en ello. La visión de un Luke retorcido y maltrecho que se desangraba en la carlinga de su nave en X hizo que se le revolviera violentamente el estómago.

Abrió una vez más el techo de la carlinga y arrugó la nariz ante el inmundo olor del cenagal chorreante que los rodeaba. Se abalanzó sobre ella el ruido de las cosas ocultas que se movían sigilosamente por el monte bajo. A pesar de ello, hasta el momento no había aparecido algo mayor que un par de casi insectos de colores claros. Apoyaba cómodamente la pistola en el regazo. No es que la necesitara, segura como estaba en la carlinga cuyo panel corredero del techo podría acomodar y cerrar herméticamente en pocos segundos. Estaba totalmente a salvo.

Threepio opinaba de otro modo.

-No me gusta este lugar, princesa. No me gusta nada.

-Descansa. Ahí fuera no puede haber nada -señaló la vegetación más espesa- que te considere digerible.

A la izquierda de la princesa y a poca distancia sonó un grito agudo y ululante,

parecido al de una trompeta desafinada. Leia se agitó bruscamente y absorbió sorprendida una bocanada de aire. Pero no había nada.

Apretó la cara contra la portilla abierta mientras intentaba penetrar con ojos ansiosos la muralla verdimarrón de vegetación. Como el ruido no se repitió, se obligó a distenderse.

-Threepio, ¿ves algo?

-No, princesa. Sólo algunos artrópodos pequeños pese a que también exploro con los infrarrojos. Pero esto no significa que ahí fuera no haya algo grande y hostil.

-Pero, ¿no ves nada?

-No.

Leia estaba furiosa consigo misma. Un simple ruido la había aterrorizado. Probablemente el grito de desamparo de algún hervíboro inofensivo la había asustado como a un niño. *No* volvería a ocurrir.

Estaba furiosa porque lo que les había obligado a aterrizar seguramente la llevaría a no asistir a la manifestación de bienvenida programada en Circarpo, lo cual ofendería a los funcionarios gubernamentales designados para la recepción. Estaba doblemente furiosa con Luke. Furiosa porque no hizo un milagro de navegación y la siguió sin instrumentos ni control y furiosa, sobre todo, porque había tenido razón al insistir en que no debían aterrizar allí.

Por eso esperó y protestó para sus adentros; pasaba de formular las maldiciones que utilizaría cuando él llegara a preocuparse por lo que tendría que hacer si Luke no aparecía.

¡*Aaaah-wooop*!

De nuevo el sonido como de trompeta. En consecuencia, lo que lo había producido no se había marchado. En todo caso, el agudo ulular sonaba más próximo. Esta vez su mano asió la pistola. Volvió a observar la selva circundante pero no vio nada.

Mientras miraba, meditó. ¿Y si por algún motivo había interpretado incorrectamente el radiofaro de aterrizaje? ¿Si se trataba tan sólo de la más simple de las estaciones automáticas y este mundo no sólo carecía de mecánicos, sino también de medios para los viajeros orgánicos?

Si Luke estaba muerto, quedaría abandonada allí sin la idea de... Esta vez se produjo un ruidoso estrépito a su derecha. Giró en el asiento, disparó instintivamente a través de la portilla agrietada y se vio recompensada con el olor a materia vegetal húmeda y quemada. La boca de la pistola siguió centrada en el punto carbonizado. Con optimismo, alcanzaría a la cosa. Afortunadamente no lo hizo.

-¡Soy yo! -gritó una voz algo más que temblorosa. Leia había estado a punto de acertarle-. Somos Artoo y yo.

-¡Artoo Detoo! -Threepio salió gateando de la carlinga y se acercó para saludar a su achaparrado compañero-. Artoo, me alegro de... -calló y continuó con tono distinto-: ¿Qué piensas cuando me haces esperar así? Cuando recuerdo la angustia que me has causado...

-Luke, ¿estás bien?

Comenzó a trepar por la parte dañada del caza y se sentó junto a la carlinga abierta.

-Sí. Aterricé detrás de usted. Temía que Artoo y yo no lográramos encontrarla.

-Y yo temía que tú... -Leia calló y bajó los ojos, incapaz de sostener la mirada del

muchacho-. Te pido disculpas, Luke, cometí un error al tratar de aterrizar aquí.

Incómodo, Luke también apartó la mirada.

-Nadie podía prever la perturbación atmosférica que nos obligó a bajar, Leia.

La princesa miró la selva.

-Logré rastrear el emplazamiento de ese radiofaro mensajero antes de que mis instrumentos quedaran totalmente inutilizados -apuntó ligeramente hacia atrás y hacia la izquierda-. Está por allí. En cuanto lleguemos a la estación, buscaremos a la persona que está a cargo de ella y acordaremos la salida de este mundo.

-Si es que hay una estación -dijo Luke suavemente- o alguien a cargo de ella.

-Pensé que podría ser una estación totalmente automatizada -reconoció-, pero no sé qué más podemos hacer.

-De acuerdo -dijo Luke con un lento suspiro-.

Sentados aquí no ganaremos nada. Antes creía en los milagros, pero ahora no. Aquí nos pueden devorar con la misma facilidad que en el camino. La princesa parecía abatida.

-¿Entonces te has topado con seres de carne y huesos?

-No. En realidad, encontré muy poca vida. El único animal de cierto tamaño con el que me topé -explicó con una ligera sonrisa- me miró y salió corriendo como un bantha que ve un fantasma -giró y comenzó a entrar en la carlinga-. Emprendamos la marcha mientras haya luz. Le ayudaré a preparar la mochila.

Se acomodó con cuidado junto a ella. Mientras quitaba el pestillo a su asiento, Luke se dio cuenta del reducido espacio en que se movían. Torpemente apoyada contra él, la princesa no parecía reparar en lo próximos que estaban. Pero a causa de la humedad, el calor de su cuerpo era casi palpable para Luke, que tuvo que procurar concentrarse en lo que hacía.

La princesa salió de la carlinga, se detuvo en el morro del caza y estiró las manos hacia él:

-Luke, pásame la mochila.

El joven le tendió la mochila.

-¿Pesa mucho? -le preguntó mientras se la entregaba.

La princesa se la colocó en la espalda, pasó ambos brazos por las correas y acomodó el peso antes de apretarlas.

-El peso del cargo público era mucho mayor -respondió-. En marcha.

Se deslizó ágilmente por el costado, se dejó caer, apoyó los pies, dio dos pasos en dirección al lejano radiofaro... y comenzó a hundirse.

-¿Luke...? ¿Threepio...?

-Tómelo con calma, princesa. -Bordeó cuidadosamente el mismo lado y caminó sobre el ala intacta, frente a ella.

-¡Luke! -Ya estaba hundida hasta las rodillas en un estiércol gris. En todo caso, comenzaba a hundirse con más rapidez.

Luke intentó sujetarse con la mano izquierda y extendió la derecha desde el borde del ala.

-Inclínese hacia mí. Artoo, engánchate a la nave. Threepio, dame la mano.

La princesa le obedeció y el movimiento provocó sonidos chapoteantes en la ciénaga. Agitó su mano buscando la de él y golpeó el blando terreno a muchos centímetros de la mano de Luke.

Luke se irguió, corrió hasta la carlinga, cogió su bastón, volvió a acomodarse apresuradamente en posición inclinada sobre el ala y le extendió el palo.

-Inclínese hacia mí -repitió-. Threepio, si Artoo y tú no os cogéis con fuerza, me hundiré con ella.

-No se preocupe, señor -le aseguró Threepio.

Artoo agregó un silbido.

Ahora la princesa estaba hundida hasta la cintura. Durante el primer intento, no logró coger el palo. La segunda vez sus dedos lo cubrieron y lo sujetó también con la otra mano.

Luke cogió con ambas manos la punta del palo, se sentó en el ala y se echó hacia atrás. Sus pies resbalaron y rasparon el metal liso.

-¡Artoo, Threepio... empujad!

Después de cogerla con firmeza, la tierra no estaba dispuesta a renunciar a su premio. Con todos los músculos del cuerpo tensos, Luke luchó por tirar y contrarrestar simultáneamente la fuerza. Intentó concentrar todo su peso en los brazos, en un tirón desesperado.

Se oyó un ruido cansado y absorbente y la princesa salió despedida hacia arriba. Luke dio un breve respiro a sus brazos agotados y los agitó un momento.

-Después podrás jugar a motores de juguete -lo amonestó la princesa-. *Ahora* tira.

La furia momentánea le dio energías para sacarla por completo de la ciénaga. Luke se agachó, le ofreció una mano y después ambos se sentaron en el borde del ala.

Cubierta de las costillas hacia abajo en un envase de barro verdigris y trozos de algo semejante a paja seca, la princesa no parecía nada regia. Leia golpeó inútilmente el barro, que se secaba rápidamente y adquiría la consistencia de un cemento fino. No dijo nada y Luke intuyó que ningún comentario sería demasiado bien recibido.

-Vamos -propuso simplemente.

Cogió su bastón y avanzó hasta la parte de atrás del ala. Se asomó y tanteó el terreno, que no dio muestras de tragar su bastón. Pero se sostuvo con una mano del borde del ala mientras bajaba. Sus pies se hundieron medio centímetro en la marga esponjosa. Pero la tierra de ese sitio no parecía distinta de la arcilla movediza que había estado a punto de engullir a la princesa.

Leia se dejó posar suavemente a su lado y poco después atravesaban intermitentes manchones de vegetación apenas conocida. Las ramas y los arbustos bloqueaban las piernas cansadas y a veces las espinas los pinchaban con denuedo, pero la suposición de Luke de que el terreno de debajo de la vegetación más alta era el más firme resultó correcta: tenía apreciable consistencia, pues ni siquiera los pesados androides se hundían en el estiércol.

De vez en cuando, la princesa golpeaba o empujaba con repugnancia la parte inferior de su cuerpo, que ahora estaba sólidamente cubierta por la sustancia en que se había hundido. Se mostraba excepcionalmente silenciosa. Luke no sabía si su silencio se debía al deseo de conservar las fuerzas o a la perturbación por su situación en ese momento. Prefería pensar lo primero. Por lo que sabía, Leia no solía sufrir de estados de perturbación.

Con frecuencia se detenían, trazaban círculos y luego orientaban la aguja de la brújula de rastreo para asegurarse de que todavía marchaban hacia el emplazamiento del radiofaro.

-Aunque sea una estación automática -comentó Luke varios días después en un intento de alegrarla-, alguien la instaló aquí y tienen que mantenerla. Aunque el mantenimiento no sea muy constante. Vi algunas ruinas bastante grandes cerca del lugar donde nos posamos. Es posible que los nativos vivan en ellas o que estén vacías, pero el radiofaro *podría* ser de utilidad para un puesto de investigación xenoarqueológica.

-Puede ser -reconoció entusiasmada-. Sí... eso explicaría por qué el radiofaro no figura en las listas. ¡Una minúscula avanzada científica sólo puede ser provisional!

-Y reciente -agregó Luke, estimulado por la verosimilitud de su hipótesis. La conversación sobre esa posibilidad logró que él, mejor dicho, que ambos, se sintieran mejor-. Si es así, aunque se trate de una estación automatizada que sólo se utiliza de vez en cuando tiene que contener un refugio de emergencia y provisiones de supervivencia. Caramba, hasta puede haber una transmisora planetaria subespacial para contactar con Circarpo IV cuando el equipo científico opera aquí.

-No sería bueno que anunciara mi presencia con un grito de socorro -observó la princesa y echó hacia atrás su cabellera morena. Agregó rápidamente-: No es que vaya a ser exigente. Estoy dispuesta a llegar como una crisálida.

Caminaron un rato en silencio hasta que otra pregunta surgió en la mente de Luke:

-Princesa, todavía me pregunto qué provocó el desconcierto de nuestros instrumentos. El enorme volumen de energía libre ascendente que atravesamos... los rayos que saltaban del cielo a la nave y de la nave nuevamente al cielo... nunca he visto nada semejante.

-Yo tampoco, señor -comentó Threepio-. Creí enloquecer.

-Y yo tampoco -reconoció la princesa pensativamente-. Jamás he leído nada sobre un fenómeno natural parecido. Varios gigantes gaseosos colonizados soportan tormentas mayores, pero nunca con tanto color. Y siempre están presentes las nubes tempestuosas. Nosotros estábamos por encima de la gruesa capa de nubes cuando ocurrió -vaciló y agregó-: Pero, por algún motivo, todo eso me resulta casi conocido.

Artoo lanzó un bip de asentimiento.

-Eso lleva a pensar que el que estableció ese radiofaro mensajero en esta zona también habría incluido un mensaje en la transmisión para advertir a las naves que se alejen del peligro.

-Sí -coincidió la princesa-. Es difícil pensar que una expedición científica, o de cualquier otro tipo, sea tan negligente. El olvido es casi criminal -agitó lentamente la cabeza-. Ese efecto... casi puedo recordar algo parecido -una tímida sonrisa-. Todavía tengo la cabeza ocupada por la conferencia.

Así debía ser, pensó Luke, ocuparse sólo de una cosa: llegar hasta el radiofaro mensajero y abrigar la esperanza de que hubiera algo más que un montón de maquinaria. Pero esto fue lo que dijo:

-Comprendo, princesa.

No era la fuerza sino un sentido humano más antiguo y más altamente desarrollado lo que le convenció a medias de que los observaban. De vez en cuando giraba rápidamente para escudriñar los árboles, la bruma que se extendía a sus espaldas y para mirar a ambos lados. Nada le devolvía la mirada, pero la sensación persistía.

En cierta ocasión, ella lo vio observar un matorral húmedo e insalubre.

-¿Estás nervioso? -era en parte una pregunta y en parte un desafío.

-Suponga que estoy nervioso -replicó-. Estoy nervioso, asustado y desearía que en este momento estuviéramos en Circarpo. *En cualquier lugar* de Circarpo en lugar de

atravesar a pie esta ciénaga.
La princesa se puso seria y dijo:
-Se aprende a aceptar cualquier acontecimiento que la vida te depara con el mejor de los espíritus -miró fijamente hacia adelante.
-Es exactamente lo que hago -confesó Luke-, los acepto con el mejor de los espíritus: nervios y miedo.
-Bueno, no es necesario que me mires como si todo fuera culpa *mía.*
-¿Es eso lo que di a entender? ¿Es eso lo que dije? -agregó Luke, con más fuerza de la que se proponía.
La princesa le miró atentamente y él maldijo su incapacidad de ocultar sus sentimientos. Llegó a la conclusión de que habría sido un espantoso jugador de cartas o un pésimo político.
-No, pero tú... -comenzó a responder apasionadamente.
-Princesa -la interrumpió con suavidad-, según el emplazamiento que usted ha trazado, aún nos queda un largo camino por recorrer. El hecho de que algo lleno de dientes y garras no se haya abalanzado sobre nosotros desde los árboles no significa que esos seres no existen aquí. Pero no tenemos tiempo de discutir entre nosotros. Además, ahora la responsabilidad es un asunto inútil. La ha remplazado la supervivencia. Y sobreviviremos si la fuerza nos acompaña.
No hubo respuesta. Este hecho, en sí mismo, era alentador. Siguieron avanzando y Luke le dedicó miradas de admiración cuando ella no lo veía. A pesar de que estaba despeinada y cubierta de polvo de la cintura hacia abajo, era hermosa. Luke sabía que estaba enojada, no con él sino por la posibilidad de que pudieran perder la conferencia programada con la resistencia circarpiana.
No hay noche más oscura que una cubierta de bruma y en Mimban todas las noches eran brumosas. Prepararon una cama entre las raíces bifurcadas de un inmenso árbol. Mientras la princesa encendía una hoguera, Luke y los androides construyeron un refugio para guarecerse de la lluvia extendiendo las dos capas de supervivencia entre las raíces macizas.
Se abrazaron para mantener el calor y miraron la noche que intentaba deslizarse alrededor de los bordes del fuego. A pesar de la bruma, la hoguera crujía tranquilizadoramente mientras los sonidos nocturnos cantaban en coro en torno a ellos. Éstos no se diferenciaban de los sonidos diurnos, pero todo lo que viste el manto de la noche, sobre todo en un mundo extraño, participa del misterio y del terror nocturno.
-No se preocupe, señor -aconsejó Threepio-. Artoo y yo haremos guardia. No necesitamos dormir y aquí afuera no hay nada que pueda devorarnos -algo que sonaba como una tubería rota barbotó es tentóreamente en la oscuridad y Threepio se sobresaltó. Artoo lanzó un bip burlón y los dos androides quedaron cubiertos por las sombras-. Muy gracioso -amonestó Threepio a su compañero-. Espero que uno de los carnívoros locales se atragante contigo y te rompa todos los sensores externos.
Artoo silbó, con poca convicción.
La princesa se apretó contra Luke. Él intentó consolarla sin parecer ansioso, pero a medida que la oscuridad se convertía en una negrura estigia y los sonidos nocturnos en gemidos y gritos sepulcrales, le rodeó instintivamente los hombros con un brazo. Ella no puso reparos. Luke se sintió bien al estar así, apoyado contra ella y tratando de ignorar el terreno húmedo sobre el que descansaban.

Algo emitió un grito de estridencias abismales y Luke despertó de su sueño. Nada se movía más allá del fuego agonizante. Con la mano libre arrojó varios fragmentos de madera sobre las ascuas y vio que el fuego se reavivaba.

Después miró por casualidad el rostro de su compañera. No era el rostro de una princesa y senadora ni el de una dirigente de la Alianza Rebelde, sino el de una niña aterida de frío. Húmedos y entreabiertos por el sueño, los labios parecían llamarle. Luke se acercó y buscó refugio del verde y el marrón húmedos de la ciénaga en esa rojez hipnótica.

Vaciló y se echó hacia atrás. Ella era una aristócrata y una dirigente rebelde. A pesar de todo lo que había logrado desde Yavin, él sólo era un piloto y, antes que esto, el sobrino de un granjero. Campesino y princesa, musitó disgustado.

Su misión consistía en protegerla. No aprovecharía esa confianza, a pesar de sus esperanzas imposibles. La defendería de cualquier peligro que surgiera de la oscuridad, que reptara desde el lodo o que cayera de las ramas nudosas bajo las cuales caminaban. Lo haría por respeto, admiración y, probablemente, por la más poderosa de las emociones: el amor no correspondido.

Incluso la defendería de sí mismo, decidió cansinamente. Cinco minutos después dormía profundamente...

Cualquier molestia se vio solventada por el hecho de que él despertó primero. Apartó sus brazos de los hombros de ella y le dio dos codazos con suavidad.

Al tercero, la princesa se irguió, con los ojos abiertos y fijos con súbito desvelo. Giró bruscamente para observarle. En ese momento recordó los acontecimientos de los últimos días y se distendió ligeramente.

-Lo siento. Creí que estaba en otra parte. Me asusté un poco -comenzó a revolver su mochila de supervivencia y Luke hizo lo mismo.

Threepio les ofreció un alegre saludo.

Mientras el sol cubierto por las nubes salía detrás de ellos y calentaba ligeramente las brumas, compartieron un magro desayuno de cubitos concentrados de emergencia.

-El inventor de estos cubitos -Leia hizo una mueca de disgusto y mordió un pedacito de un cubito rosado- debió ser en parte máquina. No les dio el más mínimo sabor.

Luke intentó ocultar el espantoso gusto que sentía en ese momento.

-Bueno, no sé. Sirven para mantenerse con vida, no para proporcionar buen gusto.

-¿Quieres otro? -le ofreció un cubito azul, que tenía la consistencia de una esponja muerta.

Luke lo miró y sonrió con asco.

-Ahora... no. Estoy satisfecho.

La princesa asintió maliciosamente y luego sonrió. Luke también le sonrió.

El largo día nunca resultaba totalmente agradable, pero los trajes y las capas térmicas los mantenían abrigados. Al acabar la mañana, hacía el suficiente calor para que se desabrocharan las capas, doblaran la tela delgada en pequeños rectángulos y las guardaran en los bolsillos del traje.

Las escasas brechas en la bruma nunca duraban lo bastante para que pudieran ver el sol naciente, aunque Threepio y Artoo les aseguraron que estaba allí. El astro atacaba insistentemente la bruma y, de mera semioscuridad, elevaba el nivel de luz a

una especie de crepúsculo completo.
-Nos estamos acercando al radiofaro -les comunicó Leia alrededor del mediodía.
Luke se preguntó cuántas horas habían dormido. Seguramente, los días y las noches eran largos en Circarpo/Mimban.
-Princesa, hemos de estar dispuestos a no encontrar nada. Tal vez no haya una estación de radiofaro.
-Lo sé -reconoció serenamente-. Pero tendremos que buscar. Podemos avanzar en una espiral creciente a partir del sitio que tracé y abrigar esperanzas.
Adelante se extendía una larga muralla de árboles y de vegetación menor. Se internaron en ella sin vacilar y cambiaron la facilidad del paso por un terreno seguro en el cual caminar.
-Discúlpeme, señor.
Luke miró hacia adelante y a su derecha. Ambos robots se habían detenido y See Threepio estaba apoyado contra algo.
-¿De qué se trata, Threepio?
-Señor, discúlpeme, pero no estoy apoyado contra un árbol -replicó el androide-, pues esto es metal. Pensé que valía la pena llamar su atención sobre este asunto. Existe una posibilidad... -un fuerte bip le interrumpió y miró disgustado a Artoo-. ¿Así que hablo demasiado? ¿Qué quieres decir, segundo de la fábrica?
-¡Metal... *es metal!* -la princesa estaba junto a los robots y esperaba que Luke se abriera paso entre la maleza.
-Artoo, trata de quitar parte de la maleza -el androide pequeño activó una pequeña llama cortadora y la utilizó para abrir una senda a través de la selva-. Es una pared... tiene que serlo -murmuró Luke mientras avanzaban paralelamente a la superficie metálica cubierta de señales del bosque.
Ciertamente, el metal terminó y abandonaron los árboles para entrar en una calzada modestamente despejada. Desembocaba en una calle pavimentada con tierra y arcilla apisonadas. Los edificios bordeaban ambos lados de la presuntuosa calleja y se erguían decididos hacia las nieblas arremolinadas. Unos cálidos brillos amarillos surgían de las luces ocultas tras las ventanas herméticamente cerradas e iluminaban y dibujaban las elevadas aceras de metal, entoldadas contra la bruma y la lluvia.
-Demos gracias a la fuerza -murmuró la princesa.
-En primer lugar -comenzó a decir Luke-, encontraremos un sitio donde lavarnos. Después… -avanzó un paso. Una mano le cogió del hombro y le hizo detenerse. Miró con curiosidad a Leia-. ¿Qué ocurre?
-Piensa un instante, Luke -le apremió suavemente-. Esto es algo más que el simple emplazamiento de un radiofaro mensajero. Mucho más -con cautela, se asomó en la esquina de la pared metálica y observó la calle. Ahora algunas figuras recoman los andenes metálicos. Otras cruzaban la calle pulida por la bruma-. También es demasiado importante para ser un puesto científico.
Luke dirigió su atención a las calles cubiertas y observó las figuras, la tosca forma de las estructuras.
-Tiene razón. Es una gran instalación. Quizá alguna compañía de Circarpo...
-No -hizo un gesto brusco-. Mira aquello.
Dos figuras se balanceaban en el medio de la calle. Usaban armadura en lugar de ropa suelta, armadura ceñida de color blanco y negro. Una armadura demasiado conocida.

Ambos hombres llevaban los cascos con indiferencia. A uno de ellos se le cayó, se agachó para recogerlo y lo pateó accidentalmente calle arriba. Su compañero le reprendió. El torpe imperial lanzó una maldición, cogió su casco y los dos continuaron su camino zigzagueante.

Luke había abierto los ojos tanto como Leia.

-Tropas imperiales de asalto aquí. Y los circarpianos lo ignoran, pues en caso contrario los de la resistencia nos lo habrían dicho.

Ella asentía exaltada.

-¡Si los circarpianos se enteran, se retirarán del Imperio más rápido de lo que un burócrata puede citar formularios!

-¿Y quién les informará sobre esta violación? -inquirió Luke.

-Nosotros... -la princesa calló y se mostró preocupada-. Luke, ahora tenemos dos motivos para necesitar ayuda.

-*Shhhhh* -chistó Luke.

Retrocedieron en la oscuridad. En la esquina cercana apareció un grupo numeroso de hombres y mujeres. Conversaban serenamente y no fue la charla inaudible lo que llamó la atención de Luke y Leia. Vestían ropas extrañas, monos de una tela negra y reflectora que encajaban en las botas altas que hacían juego.

El mono concluía en un gorro que cubría la cabeza del que lo usaba. Algunos miembros del grupo tenían la capucha puesta y ajustada y otros la llevaban plegada contra la espalda. En los cinturones anchos colgaban y se balanceaban diversos tipos de equipo que Luke no reconoció.

Evidentemente, la princesa sabía de qué se trataba.

-Son mineros -le informó y miró bajar a un grupo por uno de los andenes metálicos-. Llevan trajes de mineros. El Imperio extrae algo valioso de este planeta y los circarpianos no saben absolutamente nada.

-¿Cómo está tan segura? -preguntó Luke.

La princesa parecía convencida.

-Tendrían aquí su propia instalación y no habría tropas. Evidentemente, el Imperio no quiere que nadie se entere de la existencia de esto.

Artoo silbó suavemente para mostrar que estaba de acuerdo.

La conversación resultó imposible cuando el aire se cubrió súbitamente a causa de un aullido lejano y violento. Parecía que un desfile de demonios pataleaba debajo de la superficie.

El ruido se prolongó durante varios minutos y después cesó. El haberlo comprendido transformó la expresión de la princesa.

-¡Minería energética! -explicó jadeante a Luke-. Utilizan aquí grandes generadores -hizo una pausa para meditar y agregó-: Esto podría explicar la perturbación atmosférica que nos obligó a bajar. *Sabía* que había leído algo sobre este efecto. Es necesario aislar especialmente una nave para que atraviese una zona en que funciona una perforadora energética. Los derivados, incluidas las cargas excesivas, se desvían hacia el cielo. Pero los materiales radiactivos... si este mundo sustenta una raza nativa, ese tipo de minería es ilegal.

-¿Desde cuándo la legalidad importó alguna vez al Imperio? -preguntó Luke amargamente.

-Desde luego, tienes razón.

-No podemos seguir aquí -prosiguió Luke-. En primer lugar, tenemos que conseguir algún alimento sólido. Esos concentrados no logran mantenerle a uno con vida durante mucho tiempo si no se ingieren algunas proteínas. Además -agregó y miró el fangoso aspecto de Leia-, tenemos que lavarnos. No podemos llamar la atención. Desde lo que ocurrió en Yavin y en la Estrella de la Muerte, los funcionarios imperiales intimidadores nos conocen muy bien y nos prenderían al vernos -estudió el traje de piloto de la princesa y luego el suyo-. No podemos andar por la ciudad con esta ropa. Creo que será mejor que pensemos en robar una muda.

-¿Robar? -objetó la princesa y se irguió-. ¿Robarle a un tendero probablemente honrado? Si por un segundo supones que una ex princesa de la casa real de Alderaan, una senadora, recurrirá a...

-Yo las robaré -afirmó Luke secamente Se asomó a la esquina metálica. La calle cubierta de bruma estaba desierta en ese momento y le hizo señas de que lo siguiera.

Se pegaron a las paredes de los edificios, intentaron pasar con toda rapidez ante las ventanas iluminadas y las puertas abiertas y se deslizaron furtivamente de sombra en sombra. Mientras avanzaban, Luke examinó apresuradamente cada uno de los escaparates. Al final se detuvo y señaló un cartel colocado encima de un umbral.

-Provisiones para mineros -cuchicheó-. Ésta es la tienda que nos interesa -mientras la princesa vigilaba los andenes, él intentó espiar por una oscura ventana-. Quizá esté cerrado -agregó con ilusión.

-Probablemente los únicos establecimientos abiertos a esta hora de la noche sólo venden bebidas alcohólicas -afirmó prosaica la princesa-. ¿Y ahora qué hacemos? -parecía incómoda.

A modo de respuesta, Luke la condujo hasta el fondo. Allí estaba la entrada trasera que había imaginado. Pero tenía el cerrojo echado, como sospechaba. Para complicar aún más las cosas, detrás del edificio se abría un ancho camino desbrozado de la selva y la ciénaga. Si por casualidad pasaba alguien, no tendrían dónde esconderse.

-¡Maravilloso! -exclamó la princesa mientras Luke probaba el portal cerrado-. ¿Cómo entramos? -señaló la puerta metálica sin juntas que, seguramente, tenía echado el cerrojo y se controlaba desde el interior. La parte de atrás del edificio carecía de ventanas, probablemente para frustrar intenciones como las que ellos tenían.

Luke cogió el sable de luz de su cintura y, con toda lentitud, ajustó los mandos de la empuñadura.

-Luke, ¿qué piensas hacer?

-Ignoro si esta ciudad es muy grande, pero una entrada ruidosa llamaría demasiado la atención. Intento no armar estrépito.

La princesa observó con interés, retrocedió un par de pasos y miró nerviosamente calleja arriba y abajo. Esperaba que en cualquier momento un pelotón de tropas de asalto enfurecidas giraría corriendo en la esquina hacia ella, alertado por alguna alarma oculta que, sin saberlo, habían apretado.

Sin embargo, mientras Luke activaba el sable sólo oyó los ruidos de la selva. En lugar del haz de energía blanca de más de un metro, el pomo lanzó un rayo corto y delgado como una aguja. Con la concentración digna de un maestro artesano, Luke avanzó y movió el rayo de energía a lo largo del reducido espacio visible entre la puerta y el mango. A un tercio del suelo, se oyó un claro chasquido y la puerta se deslizó, obediente, hasta abrirse. Luke volvió a ajustar el sable, lo desconectó y se lo acomodó

en la cintura.
-Adelante -dijo Leia-. Los androides y yo haremos guardia.
El joven hizo una señal de asentimiento con la cabeza y desapareció.
El objetivo principal de Luke estaba convenientemente situado cerca del fondo de la tienda. Dedicó varios minutos a revolver las estanterías hasta que encontró lo que quería. Cogió las ropas más usadas, corrió hasta la entrada trasera de la tienda y lanzó el botín a la princesa. Después cruzó el umbral de la puerta, se estiró hacia atrás y tocó el botón de *Cerrar.* Quitó el brazo mientras la puerta se cerraba a sus espaldas. Con suerte, el tendero tardaría varias semanas en descubrir la pérdida.
Satisfecho consigo mismo, Luke bajó al campo y comenzó a desabrocharse el traje de vuelo. Estaba parcialmente desvestido cuando se interrumpió al notar que la princesa estaba inmóvil y le observaba.
-Vamos, tenemos que darnos prisa.
Leia apoyó sus manos en sus bien formadas caderas, inclinó la cabeza de costado y lo miró significativamente.
-Ah -murmuró y sonrió a medias. Giró y siguió desvistiéndose. Como tuvo la sensación de que nada había cambiado a sus espaldas, echó una mirada furtiva y vio que la princesa todavía le observaba incómoda-. Princesa, ¿qué es lo que está mal?
Ella parecía molesta.
-Luke, me caes bien y nos conocemos hace tiempo, pero no estoy segura de poder confiar en ti… ahora.
El muchacho sonrió.
-Sabe que no habrá ninguna diferencia si las tropas de asalto nos encuentran aquí con nuestros trajes de vuelo -señaló con la mano-. Puede cambiarse en el monte.
Giró y siguió cambiándose de atuendo. Leia observó la selva cercana. Minúsculos puntos de luz amarilla, los ojos de seres desconocidos, se encendían y se apagaban entre los arbustos. Algunos ruidos extraños y desconcertantes le silbaban y atravesaban. Suspiró, comenzó a quitarse el traje de vuelo y se detuvo.
-Bueno, ¿vosotros dos qué miráis?
-Ah... lo siento, yo... -un insistente silbido-. Sí, Artoo, tienes razón.
Ambos androides se alejaron de la princesa.
Poco después, Luke pudo girar y estudiarla de modo evaluador. El traje sencillo y gastado le quedaba algo ajustado, pero le sentaba de un modo natural.
-¿Está bien? -preguntó Leia, evidentemente poco entusiasmada con su nuevo vestido-. ¿Y *tú* qué miras?
-Pienso que quizá algo con un dibu... -comenzó a decir. Tuvo que reaccionar rápidamente para esquivar la bota que ella le arrojó. Chocó contra la puerta metálica-. Lo siento -agregó como si hablara en serio y recogió la bota.
Luke se agachó sobre su traje anterior y comenzó a pasar varias cosas de éste y de la mochila a las bolsas del cinturón del uniforme de minero.
Abrió con cuidado una cajita, revisó rápidamente su contenido, la cerró y la guardó en un bolsillo.
-Tengo suficiente dinero imperial para sobrevivir algún tiempo. ¿Y usted?
Leia apartó la mirada.
-¿Qué haría una representante de la Alianza con dinero contante y sonante durante una misión diplomática?

Luke suspiró.
-Supongo que nos arreglaremos. ¿Qué opina de comer algo distinto de un concentrado?
Lo miró, visiblemente entusiasmada.
-Luke, podría ingerir media olla de comida china. ¿Estás seguro de que debemos hacerlo?
-En algún momento tendremos que mezclarnos con los demás. Mientras nos parezcamos o nos comportemos como desconocidos totales, nadie nos molestará.
Comenzaron a caminar hacia la calle principal después de enterrar las mochinas y los trajes de vuelo en una ciénaga espesa como jarabe.
Estaban a mitad de camino cuando la luz creciente hizo que Luke se detuviera.
-¿Qué sucede? -preguntó la princesa preocupada.
-Dos cosas -respondió Luke y la miró-. En primer lugar, su modo de caminar.
-¿Qué tiene de malo mi modo de caminar?
-Nada. Nada, pero éste es el problema.
Arrugó las cejas desconcertada.
-Luke, no te entiendo.
Se lo explicó lentamente:
-Camina como... como una princesa. No como una obrera. Hunda los hombros, despoje a su paso de confianza y distanciamiento. Tambaléese un poco. No tiene que caminar como un miembro de la familia imperial, sino como una cansada extractora de mineral. Y en segundo lugar...
Luke se estiró y le desbarató violentamente el complicado peinado.
-¡Eh! -gritó y forcejeó Leía.
Cuando Luke retrocedió, el pelo de la princesa Leia formaba un nebuloso laberinto de mechones indisciplinados alrededor de su cabeza y su rostro y el elaborado moño doble que había usado había desaparecido por completo.
-Así está mejor -comentó-, pero todavía hay algo que no está bien.
Un instante después, Luke se agachó, cogió un puñado de tierra húmeda y avanzó hacia ella.
-Oh, no -le advirtió, levantó ambas manos a la defensiva y retrocedió-. Durante días he vivido en el fango. ¡No permitiré que me cubras con esa inmundicia!
-Como prefiera, Leia -arrojó el barro y éste chocó contra el suelo con un ruidoso chapoteo-. Hágalo *usted* misma.
La princesa vaciló. Después, con saliva, las manos y el mínimo de tierra indispensable, logró borrar de su cara todo rastro de maquillaje y ensuciarse lo menos posible.
-¿Qué tal? -preguntó con cautela.
Luke aprobó.
-Ahora está mucho mejor, parece alguien que ha pasado demasiado tiempo en el desierto, sin agua.
-Gracias -murmuró-. También comienzo a sentir que es así.
-Es necesario. Quiero que salgamos con vida de este mundo.
-No lo lograremos si no encontramos esa comida de que hablaste.
Luke tuvo que apresurarse para alcanzarla mientras Leia avanzaba hacia la calle...

CAPITULO III

Conversaron en voz baja mientras recorrían el andén metálico hacia los edificios más iluminados. De las brumas se materializaron cada vez más mineros y también comenzaron a aparecer otras figuras.

-La ciudad empieza a despertar -comentó Leia-. Es probable que en la mina hagan tres turnos rotatorios. Parece que uno de los turnos acaba de terminar.

-No sé -confesó Luke-. Tendrá que hacer algo respecto a su modo de andar. Arrastre un poco más los pies.

Ella asintió e intentó obedecer. Luke hizo un esfuerzo para no mirar las caras con las que se cruzaban, temeroso de que alguna les devolviera la mirada.

-Todavía va demasiado rígida. Relájese. Así, así es mejor.

Se detuvieron ante una estructura bastante tranquila y bien cuidada que se anunciaba como una taberna.

-*Parece* bastante pacífica -Luke giró-. Threepio, Artoo y tú esperaréis aquí. Carece de sentido buscarnos problemas. Buscad un rincón oscuro y quedaos quietos allí hasta que regresemos.

-No tendrá que insistir, amo Luke -respondió fervorosamente el androide alto y dorado-. Vamos, Artoo.

Ambos androides se dirigieron a un estrecho pasadizo existente entre la taberna y el edificio lindante.

-Princesa, ¿qué opina? ¿Corremos el riesgo?

-Estoy desfallecida... hemos perdido bastante tiempo -apoyó la mano en el picaporte. Las puertas dobles se abrieron inmediatamente.

Y les asaltaron inmediatamente un torrente cegador de luz y un ensordecedor ruido mezclado con girones de conversación. Como ya se habían expuesto, no les quedaba otro remedio que entrar con tanta indiferencia como pudieran mostrar.

El interior de la taberna estaba ocupado por reservados bajos llenos de febril humanidad. La miasma del incienso narcótico y de otros humos estuvo a punto de asfixiar a Luke, que luchó por no toser.

-¿Qué te ocurre? -la princesa parecía preocupada pero no afectada por la viciosa atmósfera-. La gente te mira.

-Es... el aire -explicó e intentó respirar normalmente-. Tiene algo. Una serie completa de algos.

La princesa sonrió entre dientes.

-¿Demasiado para ti, piloto de caza?

A Luke no le avergonzaba reconocerlo. Cuando recuperó el resuello para volver a hablar, le dijo:

-Leia, soy básicamente un muchacho del campo. No he tenido mucha experiencia con las diversiones rebuscadas.

Ella olisqueó el aire, valorándolo.

-Yo no diría que estos aromas son rebuscados. Densos, sí, pero no complicados.

En algún lugar próximo al centro del remolino humano encontraron milagrosamente una mesa desocupada. La princesa se concentró en la tabla de la mesa cuando el

camarero humano se acercó. No era menester que se preocupara. El camarero ni siquiera los miró.

-¿Qué desean? -preguntó de manera sencilla y sin concederles importancia.

Luke notó que el hombre fumaba mientras trabajaba.

-¿Qué plato recomiendan esta noche? -le preguntó e intentó hablar como alguien que acaba de pasar diez horas en las entrañas de la tierra.

-Filete Kommerken, corte del flanco y otovergios... Además de las guarniciones de costumbre.

-Para dos -agregó Luke y cortó aquí la conversación.

Su respuesta pareció satisfacer al camarero.

-De acuerdo -dijo con la misma ligereza y se mezcló con los parroquianos.

-No hizo ninguna pregunta -susurró exaltada la princesa y elevó la mirada hacia Luke.

-No. Quizá sea más sencillo de lo que supuse.

Luke comenzaba a sentir algo parecido a esperanza, pero después su expresión se ensombreció.

-¿Qué pasa, Luke?

Hizo un gesto y ella dirigió la mirada hacia la barra.

Algo de tamaño humano, flaco y cubierto totalmente por una piel ligera y de color verde acosaba débilmente a un minero grueso y pesado. Ese ser tenía ojos grandes y nocturnos y una cresta de piel más alta y más oscura que le cubría desde la coronilla hasta la mitad de la espalda. La piel simplemente curtida de algún animal desconocido cubría su región pélvica y de su cuello colgaban varios collares ruidosos decorados con adornos primitivos.

Poco después el ser comenzó a emitir suplicantes maullidos con voz aguda que se quebraba. El extraño sonsonete estaba henchido de un inequívoco indicio de desesperación.

-Por favor, señor -suplicó-, ¿un traguito? ¿Vickerman, vickerman?

El fornido minero respondió a esa lastimera demanda extendiendo un ancho pie y pateando la cara del nativo. Luke se estremeció y apartó la mirada. La princesa lo observó de soslayo.

-¿Qué ocurre, Luke?

-No soporto que maltraten a nadie de semejante manera -murmuró-, sea humano, animal o extraño -la miró con atención-. ¿Cómo puede mirar?

-Vi mi mundo entero, a varios millones de personas, destruido -respondió con gélida naturalidad-. Nada de lo que haga la humanidad me sorprende, salvo el hecho de que todavía alguien pueda sorprenderse -volvió su cínica mirada a la escena que se desarrollaba junto a la barra.

-¡Las botas! -gritó el minero al aborigen mientras sus compañeros reían satisfechos-. Las botas, ¿de acuerdo?

El extraño ser que gemía y suplicaba contorsionó la cabeza con un movimiento que no parecía natural, miró al hombre y se limpió la sangre de la cara.

-¿Vickerman, vickerman?

-Sí, vickerman -admitió el minero y comenzó a hartarse del juego-. Las botas.

Sin más, el nativo se dejó caer sobre la barriga. Una lengua sorprendentemente larga y parecida a una serpiente se asomó y comenzó a chupar la mugre y el barro de

las botas del hombre.
-Estoy a punto de marearme -murmuró Luke con una voz que apenas se oía. La princesa se limitó a encogerse de hombros.
-Luke, tenemos nuestros demonios y nuestros ángeles. Tienes que estar preparado para ocuparte de ambos.
Cuando la princesa volvió a mirar hacia la barra, el nativo había terminado su degradante tarea y, con ansia, levantaba las manos con las que formaba bocina.
-¿Ahora, ahora habrá vickerman?
-Sí, seguro -respondió el minero.
Se estiró sobre la barra, cogió una botella de extraña forma y accionó un botón que tenía al costado. Una parte de la sección superior de la botella se llenó de un líquido oscuro. Dejó de llenarse con un chasquido.
El minero giró para mirar al expectante nativo, inclinó la botella y derramó el espeso licor rojo en el suelo en lugar de dejarlo caer en las manos que formaban bocina. Mientras los hombres y las mujeres que ocupaban la barra se divertían a costa de aquella desdichada criatura, ésta cayó en posición inclinada y agitó esa lengua sorprendente, parecida a la de una rana, para lamer el alcohol antes de que se perdiera entre las grietas y los huecos del suelo.
Incapaz de seguir mirando, Luke dejó correr su furiosa mirada por la amplia cámara cargada de humo. En ese momento vio más bípedos de piel verde. Muchos suplicaban con aire de frenética esperanza y otros se dedicaban a realizar alguna tarea degradante.
-No reconozco esta raza.
-Yo tampoco -dijo la princesa-. Seguramente son nativos de este mundo. El Imperio no es famoso por la delicadeza con que trata a los aborígenes no aliados.
Luke estaba a punto de responder pero ella le hizo un gesto para que se callara. El camarero había llegado con la comida.
La carne tenía un color extraño y las verduras también. Pero todo estaba caliente y tenía buen sabor. Tres espitas surgieron como una flor del centro de la mesa. Luke llenó su vaso con el contenido de una de ellas y lo paladeó, desconfiado:
-No está mal.
Mientras tanto, la princesa probó con cautela la carne. Arrugó la boca al masticar y tragar.
-No es lo que pediría si pudiera elegir...
-Pero no podemos -afirmó Luke.
-No... no podemos. Nosotros... -calló, se quedó con la mirada fija y Luke se volvió para ver qué ocurría a sus espaldas.
El camarero seguía allí y le observaba. En cuanto reparó en que ella también lo miraba, giró y se alejó.
-¿Crees que sospecha? -preguntó preocupada.
-¿Cómo va a sospechar? Las ropas que lleva son correctas y ni siquiera yo la reconocería.
Relativamente tranquilizada, Leia se inclinó sobre el plato y siguió comiendo.
-Mira hacia allá -susurró la princesa.
Luke giró y miró furtivamente en la dirección señalada.
El camarero conversaba con un hombre alto y cortés vestido con el uniforme de

funcionario imperial.
-¡Claro que sospechan! -murmuró agitada. Comenzó a ponerse de pie-. Es suficiente, Luke, salgamos de aquí.
-No podemos salir apresuradamente, sobre todo si nos observan -respondió-. Princesa, no se asuste.
-Luke, he dicho que me marcho -nerviosa, comenzó a girar para retirarse.
Sin comprender qué hacía, Luke se estiró, le dio una sonora bofetada en la cara y mientras las cabezas giraban en dirección a ellos, dijo a gritos:
-¡No habrá favores para ti hasta que *yo* haya terminado de comer!
Leia se llevó una mano a la mejilla ardiente. Muda y con los ojos desorbitados, volvió a sentarse con lentitud. Luke atacó frenéticamente su filete mientras el imperial uniformado se acercaba lentamente a ellos, seguido a cierta distancia por el camarero.
-Si tiene algún problema... -comenzó a decir.
-No, ningún problema -le aseguró Luke y sonrió forzadamente. El hombre no se marchó-. Quizá yo pueda ayudarle.
-No. No caben dudas de que usted es un minero -la mirada oleosa del burócrata se posó ahora en Leia-. Su compañera es quien me llama la atención.
Leia no levantó la mirada.
-¿Por qué? -preguntó Luke alegremente-. ¿Qué problema hay?
-Bueno, se viste como una minera -respondió el hombre-, pero como dijo Elarles -señaló al camarero-, sus manos parecerían indicar otra profesión.
Sorprendido, Luke también reparó en las manos de la princesa: suaves, delicadas, sin callos, indudablemente las manos de cualquiera menos de una trabajadora manual. Los años que Luke había pasado en la granja de su tío habían dotado su cuerpo, incluidas sus manos, para hacerse pasar por simple minero, pero la princesa Organa probablemente había dedicado el tiempo a manipular cintas de libros, nunca una excavadora o una deshuesadora.
Luke pensó frenéticamente.
-No, ella... Bueno, la compré -Leia se estremeció y lo miró un instante antes de volver a concentrarse decididamente en la comida-. Sí, es mi criada, gasté todos mis ahorros en ella -intentó hablar con tono indiferente y se encogió de hombros antes de volver a ocuparse de la comida-. Desde luego, no es gran cosa -los hombros de la princesa temblaron-. Pero era lo mejor que podía pagar. Y suele ser divertida, aunque a veces se desmanda y tengo que pegarle.
El burócrata asintió comprensivamente y sonrió por primera vez.
-Lo comprendo, joven. Lamento haber interrumpido su comida.
-No se preocupe -replicó Luke mientras el hombre volvía a su mesa.
La princesa le miró furiosa.
-Te has divertido, ¿verdad?
-No, claro que no. Tuve que hacerlo para salvarnos.
Leia se frotó la mejilla.
-¿Y esa historia de la criada?
-Fue la primera cosa lógica que se me ocurrió -insistió Luke-. Además, da una razón de su persona tan válida como cualquier otra -parecía satisfecho-. Nadie la pondrá en duda en cuanto se corra la voz.
-¿En cuanto se corra la voz? -se levantó-. Luke Skywalker, si crees que actuaré

como tu criada hasta que...

-Eh, querida... ¿te encuentras bien? -preguntó una voz nueva.

Luke observó a la anciana que había aparecido junto a la princesa. La vieja apoyó una mano firme en el hombro de la princesa y ejerció una presión suave pero inflexible. Todavía algo azorada, la princesa se sentó lentamente.

Luke miró con prevención a la mujer mientras ésta acercaba una silla a la mesa.

-No nos conocemos. Y no recuerdo haberla invitado a que se reuniera con nosotros. Hágame el favor de dejarnos solos a mi criada y a mí.

-Oh, muchacho, no os molestaré -insistió la mujer con un tono que sugería sutilmente que sabía algo que ellos ignoraban. Ladeó la cabeza hacia la princesa-. No me sorprende que no nos conozcamos. Vosotros dos sois forasteros aquí, ¿no?

Esa afirmación pareció arrancar a la princesa de su parálisis. Miró sorprendida a la vieja y apartó la mirada... hacia cualquier lado con tal de no ver esos ojos maliciosos y acusadores.

-¿Qué la lleva a decir algo tan ridículo? -tartamudeó Luke.

La anciana se acercó con aire de conspiradora.

-La vieja Halla tiene buen ojo para los rostros. No sois residentes en esta ciudad y no os he visto en ninguna de las otras cuatro. Aunque este mundo está enfermo y decrépito, conozco a todos los enfermos y los decrépitos que lo habitan. Sois nuevos para mí.

-Llegamos... vinimos en la última nave -pretextó a ciegas Luke.

La mujer le sonrió sin convicción.

-¿Es verdad? Intentáis engañar a la vieja Halla, ¿no? No, muchacha y muchacho, no os asustéis. Tienes el rostro tan pálido como el interior de la barriga de un soldado. Así que sois forasteros... Eso es bueno, bueno. Necesito desconocidos. Os necesito para que me ayudéis.

La princesa giró para mirarla inquisitivamente.

-¿*Usted* quiere que la ayudemos?

-Sorprendida, ¿no? -cacareó Halla.

-¿Que la ayudemos a qué? -preguntó Luke desconcertado.

-Simplemente que me ayudéis -replicó, indiferente y enigmática-. Vosotros me ayudáis, yo os ayudo. Sé que necesitáis ayuda porque en este mundo no hay desconocidos pero vosotros estáis aquí. ¿Queréis saber cómo estoy enterada de que sois desconocidos? -se inclinó sobre la mesa y agitó un dedo malicioso ante Luke-. Joven, lo sé porque la fuerza es poderosa en ti.

Luke le sonrió de manera triste.

-La fuerza es una superstición, un mito en que la gente cree ciegamente. Se utiliza para asustar a los niños.

-¿De verdad? -Halla se echó hacia atrás y cruzó los brazos satisfecha-. Bueno, chico, la superstición es poderosa en ti. Mucho más fuerte que en cualquiera de las personas con las que me he topado en esta olvidada palada de tierra.

De pronto, Luke la observó atentamente.

-¿Qué ocurre, Luke? -preguntó la princesa al ver la expresión que había demudado su rostro.

El muchacho la ignoró.

-Ha dicho que su nombre es Halla -la mujer asintió lentamente una sola vez-. Usted

también está rodeada por un poco de la fuerza.

-Más que un poco, pimpollo -aseguró indignada-. ¡ Soy una maestra en la fuerza, una maestra!

Luke continuó en silencio.

-¿Quieres una prueba? -prosiguió la vieja-. ¡Mira!

Se concentró en una coctelera de especias situada en el centro de la mesa, debajo de una de las espitas, y la hizo temblar ligeramente. Rebotó dos veces contra la mesa y se movió varios centímetros hacia la izquierda. Halla se recostó en la silla, respiró profundamente y se secó el sudor de la frente.

-¿Lo ves? ¡Vaya, *un poco de la fuerzal*

-Estoy convencido -confesó Luke y dirigió una curiosa mirada a la intrigada princesa, mirada que decía que no estaba en absoluto impresionado por esos trucos de salón-. Está rodeada por un montón de fuerza.

-Si quiero, puedo hacer otras cosas -anunció Halla orgullosa-. Dos manipuladores de la fuerza... estamos destinados a unir nuestras manos, ¿eh?

-No estoy tan segura -comenzó a decir la princesa.

-No te preocupes por mí, bonitilla -le aconsejó Halla. Se estiró para tocar la mano de la princesa. Leia la retiró insegura. Halla la observó, sonrió y le cogió fuertemente la muñeca-. Crees que estoy loca, ¿no? Crees que la vieja Halla está loca.

La princesa negó con la cabeza.

-No... no he dicho eso. Jamás lo dije.

-Ah, pero lo pensaste, ¿no? -como Leia no respondió, Halla se encogió de hombros. Si estaba ofendida no lo hizo notar-. No importa, no importa.

La vieja liberó la muñeca de la princesa. Leia retiró lentamente la mano y con la otra se frotó la muñeca.

-¿Por qué quiere ayudarnos? -preguntó, con decisión Luke-. Siempre que, en virtud de lo hablado, supongamos que necesitamos ayuda y que sus deducciones sean correctas.

-Muchacho, te responderé en nombre de lo hablado -contestó burlonamente-. Decidme qué necesitáis de mí.

-Ahora escuche, vieja -comenzó Luke con tono amenazador.

Halla no se dejó intimidar.

-Eso no va conmigo, pañales. No querréis que se publique a voz en grito que sois forasteros aquí, ¿no? -levantó ligeramente la voz al decir la última frase; Luke le pidió que se callara y miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie la había oído.

-Está bien. Puesto que sabe que somos forasteros, también sabe qué necesitamos. Tenemos que salir de este planeta -la princesa le lanzó una mirada de advertencia, pero Luke la ignoró-. No, cálmese. Ella está rodeada por la fuerza -volvió a concentrarse en la anciana-. A propósito, ¿quién es usted?

-Sólo la vieja Halla -declaró secamente la mujer-. Y vosotros queréis salir de Mimban. No me consideráis una estúpida, ¿verdad? -frunció astutamente el ceño-. Decidme, ¿cómo llegasteis aquí? No lograréis convencerme de que vinisteis en la nave regular de provisiones.

-¿Nave regular de provisiones? -respondió Leia sorprendida-. ¿Quiere decir que en Circarpo conocen la existencia de esta instalación?

-Escucha, mujer, ¿acaso dije de dónde venía el transporte? -Halla bufó

burlonamente-. Los circarpianos... ¡vaya provincianos! Tienen este sitio a sus espaldas y ni siquiera saben que existe. No, el gobierno imperial dirige directamente la mina y las ciudades.

-Lo sospechábamos -reconoció Luke.

-Controlan el espacio a lo largo de muchos diámetros planetarios -prosiguió Halla-. Los circarpianos tienen una colonia bastante importante en Diez. Si una nave pasa cerca, lo cierran todo. Cierran la mina, el radiofaro de aterrizaje y todo lo demás.

-Creo comprender por qué no nos detectaron -agregó Luke. Leia levantó una mano como amonestación y le miró significativamente. Luke rechazó sus advertencias-. O confiamos o no confiamos en Halla. Sospecha lo suficiente para entregarnos a los intimidadores locales cuando le venga en gana -miró abiertamente a la anciana-. Viajábamos de Circarpo Diez a Cuatro por negocios.

-Querrás decir que veníais de la base rebelde de Catorce -le corrigió Halla presuntuosamente-. Demasiada confianza... -como a Luke se le atragantó la respuesta, ella le restó importancia al asunto-. No te preocupes, muchacho, el único gobierno que reconozco es el mío. Si quisiera vender a los rebeldes, ¿crees que esa base seguiría allá?

Luke se tranquilizó a la fuerza y le sonrió.

-Viajábamos en un par de cazas de un solo asiento. Si los instrumentos de aquí son normales, no están calibrados para reconocer una nave tan pequeña. Seguramente por ese motivo no sonó la alarma. Bajamos sin que nos detectaran.

-¿Dónde están vuestras naves? -preguntó Halla preocupada-. Si se encuentran cerca, es probable que las encuentren muy pronto.

Luke hizo un gesto de indiferencia que apuntaba, en líneas generales, hacia el nordeste.

-Afuera, en alguna parte, a varios días de caminata. Eso si el estiércol que hace las veces de terreno todavía no las ha tragado.

Halla lanzó un bufido de satisfacción.

-¡Bien! La gente no se aleja demasiado de las ciudades. No es probable que descubran las naves. ¿Cómo lograsteis aterrizar sin campo ni radiofaro?

-¡Aterrizar! -ironizó la princesa-. ¡Qué gracioso! Nos metimos en algún tipo de efecto de distorsión de campo, apostaría que provocado por la minería energética. Liquidó nuestros instrumentos de a bordo. Supongo que una nave necesita protección especial para atravesar una atmósfera afectada por ese tipo de energía excedente. Pero fue una verdadera suerte que lo lográramos, porque de lo contrario nos habríamos posado en el centro del campo de los imperiales - concluyó.

-Verá, Halla -dijo Luke-. Tiene que ayudarnos a encontrar el modo de salir de este mundo.

-Muchacho, eso es casi imposible. Piensa en otra cosa. Estáis aquí ilegalmente y sin documentación adecuada. En cuanto alguien os la solicite y no podáis mostrarla os meterán en la cárcel local para interrogaros. El jefe local es una bestia llamada Grammel -miró a uno y luego a otro solemnemente-. Un hombre que conviene evitar.

-Está bien -accedió Luke sin dificultades-. Si no podemos marcharnos a través de los canales normales tendrá que ayudarnos a robar una nave.

Por primera vez desde que se reunió con ellos, Halla enmudeció.

-¿Algo más, muchacho? -logró preguntar por último-. ¿El manto con el que Grammel

juró su cargo? ¿Quizá las dualidades del emperador? ¿Robar una nave? Muchacho, estás loco.

-Entonces estamos en compañía digna de confianza -comentó satisfecha la princesa.

Halla se giró hacia ella.

-Bonitilla, ya he tenido bastante contigo. No estoy muy segura de necesitar *tu* ayuda.

-¿Tiene idea de quién soy? -comenzó a preguntarle la princesa. Se contuvo a tiempo-. Eso no importa. Lo importante es que usted no puede hacerlo, ¿verdad? -Halla comenzó a poner reparos, pero la princesa la interrumpió desafiante-. *¿Puede* hacerlo?

-No se trata de que no pueda, bonitilla -replicó Halla cuidadosamente-. Se trata de que los riesgos que conlleva hacerlo merezcan la pena... -guardó silencio y por último miró de mala gana a Luke-. De acuerdo, muchacho y señora, os ayudaré a robar la nave -Luke miró entusiasmado a la princesa, que seguía observando a Halla-. Pero con una condición.

La princesa asintió maliciosa y preguntó formalmente :

-¿Cuál?

-Vosotros me ayudáis primero.

-No creo que tengamos muchas opciones -replicó Luke-. ¿Para qué necesita nuestra ayuda?

-Para encontrar algo -dijo Halla-. Muchacho, tiene que ser sencillo si combinamos tu conocimiento de la fuerza con el mío. Pero se trata de algo que no puedo hacer sola y que no puedo confiar a nadie. Sé que puedo confiar en vosotros porque si intentáis traicionarme os delataré a Grammel.

-Sensato -opinó la princesa afablemente-. Ha dicho que la tarea será sencilla. ¿Qué hemos de encontrar?

Halla miró a su alrededor con intensidad tragicómica antes de concentrarse en ellos.

-Chicos, ¿oísteis hablar alguna vez del cristal Kaibur?

-Por ahora, va bien -reconoció Leia sin convicción.

-Vuestra ignorancia no me sorprende -agregó Halla-. Sólo unas pocas personas que han explorado Minaban han oído hablar del cristal. Los xenoarqueólogos circarpianos conocieron su existencia durante la primera y única expedición de reconocimiento que hicieron a este planeta. Finalmente llegaron a la conclusión de que se trataba de un mito, de una exagerada historia local fabulada por los nativos para conseguir por medio de halagos que les dieran más alcohol. Prácticamente se olvidaron del asunto. Pero cuando el equipo de minería se estableció aquí, figuraba en los archivos imperiales. Según el mito, el cristal está situado en el templo de Pomojema, una modesta deidad local, al decir de los verdefayes.

-Todo parece verosímil -estaba dispuesto a reconocer Luke-. ¿Dónde se encuentra el templo?

-Muy lejos de aquí, también de acuerdo con la información que he logrado reunir procedente de los nativos -prosiguió Halla-. Este mundo está atiborrado de templos. Recordad que Pomojema es un dios de tercera categoría, por lo que nadie se ha interesado demasiado en encontrar su templohogar.

-Templos, dioses, cristales -musitó la princesa-. De acuerdo, supongamos que ese lugar legendario existe -agregó y apuntó con un dedo acusador a Halla-. ¿Se supone que

el cristal Kaibur es... una enorme piedra preciosa de algún tipo?

-De algún tipo -confesó Halla con su sonrisa socarrona-. Interesada a pesar de todo, ¿no es así?

La princesa apartó la mirada.

-Nos interesa todo lo que contribuya a que salgamos de aquí -afirmó Luke-. He de reconocer que esta historia del cristal es bastante seductora. ¿De qué tipo de piedra se trata?

-¡Bah! Muchacho, menos aún me importaría el tipo de collar que podría hacerse con ella alguna noble caprichosa -miró significativamente a la princesa antes de continuar-. Lo que más me interesa es determinada propiedad que se le atribuye.

-Más cuentos -agregó la princesa-. Halla, ¿cómo puede estar tan absolutamente convencida, tan segura de que los xenoarqueólogos no tenían razón y de que sólo se trata de una leyenda nativa?

-¡ Porque tengo pruebas! -espetó Halla triunfalmente.

Cogió la parte superior de su traje, sacó un paquete de tela aislante y lo desenrolló sobre la mesa. Contenía una diminuta caja de metal. Con la uña del dedo meñique de la mano derecha tiró varias veces de la cerradura de combinación en miniatura. La tapa se abrió con un casi imperceptible chasquido.

Luke se acercó para ver bien. La princesa hizo lo mismo.

Vieron una astilla de algo que parecía vidrio rojo y que brillaba con suavidad. El color era más profundo y rico que el del corindón rojo. Poseía un lustre vitreo que semejaba miel cristalizada.

-Bueno, ¿ahora estáis convencidos de que digo la verdad? -les preguntó Halla después de un prolongado silencio.

Todavía escéptica, la princesa se apoyó en la silla y miró de soslayo a Halla.

-Puede ser un pequeño fragmento de vidrio radiante, de plástico o un silicato común tratado para que brille. ¿Espera que lo acepte como prueba?

-¡Es un fragmento del mismo cristal Kaibur! -insistió Halla, ofendida por la incredulidad de Leia.

-Claro que sí -afirmó la princesa-. ¿Cómo lo consiguió?

-Me lo proporcionó un verdefaye, a cambio de una botella de alcohol.

Leia la miró afectadamente.

-¿Intenta decirnos que uno de los habitantes primitivos y supersticiosos se separaría de un fragmento de una piedra preciosa medio legendaria de uno de sus propios templos a cambio de una mísera botella de alcohol?

-No era el templo ni el dios de *sus* antepasados -replicó Halla con moderado desdén-. Y aunque lo fuera no importaría. Mire a los pobrecillos -señaló a los pordioseros degradados y reptantes que suplicaban a los parroquianos la posibilidad de cumplir los actos más serviles a cambio de un trago de alcohol-. Harían cualquier cosa salvo matarse por un trago. Son capaces de realizar las tareas más inmundas durante días por la décima parte de una botella.

-Quizá tenga razón -tuvo que reconocer Leia de mala gana-. Esto podría ser un fragmento de lo que usted afirma que es y de donde usted dice que proviene. Todavía no comprendo por qué tiene tantas ganas de buscarla, sobre todo si insiste en que el potencial de esta joya no le interesa.

-Todavía no comprendes, ¿verdad? -murmuró Halla. Giró bruscamente para mirar a

Luke-. Tócala, muchacho.
Luke vaciló y paseó su mirada de la princesa a Halla. Ésta sacó la piedra de la caja y se la ofreció formando un cuenco con la mano.
-Mira, no está caliente -dijo-. Vamos, tócala y cree. ¿Tienes miedo?
Luke seguía vacilando.
-Yo la tocaré -se ofreció la princesa y extendió un dedo, pero Halla la puso fuera de su alcance.
-No, no es para ti. Para ti tocarla no significaría nada -volvió a ofrecérsela a Luke-. Vamos, muchacho, no te hará daño.
Luke se mordió el labio inferior y rozó cautelosamente la astilla con un dedo. La tocó.
La sensación al tacto era exactamente igual a lo que parecía: un fragmento de vidrio brillante y sin calor. Pero las sensaciones que lo recorrieron no provenían de su dedo, no fueron transmitidas por los nervios de su piel. Retiró el brazo rápidamente, como si hubiese contactado una corriente activa.
-Luke, ¿qué pasa? -preguntó la princesa súbitamente preocupada. Miró a Halla con aire acusador-. ¡Le ha hecho daño!
-No, boquita pintada, no le hice daño. Su asombro y sorpresa lo han exaltado tanto como a mí la primera vez que toqué este cristal.
Leia miró a Luke.
-¿Qué sentiste?
-Yo... no *sentí* nada -le informó con serenidad, totalmente convencido de la sinceridad de la anciana-. Lo experimenté. Esto -señaló el fragmento de mineral rojo- aumenta la percepción que uno tiene de la fuerza. Amplía y aclara... creo que proporcionalmente a su tamaño y densidad -observó a Halla atentamente-. Si el cristal es mucho mayor que este fragmento, el que lo posea tendrá tal dominio de la fuerza que podrá hacer prácticamente cualquier cosa, cualquier cosa.
-Coincido contigo, muchacho -afirmó Halla. Guardó el fragmento de mineral en la caja, cerró la tapa y después volvió a envolverla en la tela suave. Se la entregó a Luke-. Para demostrarte que hablo en serio, guárdala. Vamos, cógela.
Luke cogió la caja y después la guardó en el bolsillo.
-Creo que no tenéis más remedio que ayudarme -agregó Halla- y sin tardanza.
-¿Quién lo dice? -protestó la princesa.
-Nadie lo dice, bonitilla. Los hechos lo dicen. Al tocar el fragmento, Luke provocó una minúscula pero perceptible agitación de la fuerza. Yo la sentí. Quizá no fue más allá de esta taberna o tal vez afectó a los seres sensibles que se encuentran en la otra mitad de la galaxia. Dentro del gobierno imperial hay seres sensibles a la fuerza que podrían percibir semejante agitación. Sin embargo -prosiguió al tiempo que se encogía de hombros-, como he dicho, la sensación tal vez no fue más allá de mí misma. Pero, Luke, ¿puedes correr ese riesgo? Si ambos formáis parte de la Alianza Rebelde, y a esta altura estoy bastante convencida de que es así, los imperiales se interesarán realmente por Luke. Por lo que he oído, no les gusta pensar que en el bando rebelde hay alguien capaz de manejar la fuerza. Además, muchacho, sabes qué tipo de daño podría provocar un maestro de la fuerza con todo el cristal en sus manos. ¿Puedes correr el riesgo de que el Imperio sea el primero en encontrarla? -puso una expresión que parecía pedir disculpas-. Lo siento, pero tenía que hacer algo para llevaros más allá del punto sin

retorno. No podía correr el riesgo de que los primeros colaboradores realmente confiables se alejaran de mí, ¿verdad?

-Tiene razón, Leía -dijo Luke a su compañera-. No podemos correr el riesgo de que el cristal caiga en manos de los imperiales.

-Si estás en lo cierto, Luke...

-Además, Leia, no tenemos alternativa. Necesitamos a Halla para que nos ayude a salir del planeta y, de todos modos, no colaborará con nosotros hasta que encontremos el cristal -la miró esperanzado-. ¿De acuerdo?

-Vaya, vaya, ¿qué significa esto? ¿Un minero que pide permiso a su criada? -ninguno de los dos pudo aguantar su mirada astuta-. Tomadlo con calma, chicos. Al margen de quiénes seáis, no os delataré -miró a su alrededor-. Éste no es el lugar más adecuado para hacer negocios. Bien, si habéis terminado la cena, será mejor que conversemos en otra parte.

Luke asintió con la cabeza.

-Es hora de que tranquilicemos a Artoo y a Threepio.

-Un momento -Halla estiró una mano, como si parara algo-. Creí que se trataba de vosotros dos únicamente.

Luke sonrió.

-Son dos androides que adquirí... podríamos decir que heredé.

-Ah, si es así, está bien.

Mientras pagaba, Luke echó una mirada en dirección al funcionario imperial. El hombre no se mostró interesado en ellos, ni siquiera los miró. Evidentemente, la historia de la criada le había convencido.

Una vez afuera y cerrados los paneles metálicos de la puerta doble, Leia pateó violentamente las espinillas de Luke. Él trastabilló, tropezó en el estrecho andén y cayó en la trinchera cubierta de barro que lo separaba de la calle más sólida. Cuando recuperó el sentido, la miró sorprendido.

-Ahora te pareces más a un minero -le sonrió la princesa-. Es por la bofetada que me diste en la taberna. ¿Nada de rencor?

Luke se sacudió el barro de las manos, las limpió contra el pecho y después le sonrió.

-Nada de rencor, Leia.

Luke se estiró y extendió una mano. La princesa se agachó, se agarró con la mano izquierda a un poste y estiró la derecha para ayudar a Luke.

Su precaución de nada le sirvió. Luke tiró con fuerza y ella se zambulló bruscamente en la trinchera. Permaneció sonriente mientras ella giraba y se miraba preocupada.

-¡Mírame! ¡Mira lo que me has hecho!

-Para que se parezca más a una criada -respondió afablemente-. Sabe que aquí no podemos ser demasiado pulcros.

-De acuerdo, pero en ese caso... -Luke esquivó el primer puñado de estiércol que ella le arrojó, recibió parte del segundo y luchó con la princesa.

Halla observó divertida hasta que varios hombres corpulentos salieron de la taberna. Se detuvieron, atraídos también por el encuentro pugilístico que se celebraba en medio del barro. Estaban todos demasiado borrachos para ser peligrosos y, cuanto más miraban, más se serenaban.

CAPITULO IV

-¡Por nuestras almas y nuestra salud, deteneos! -dijo Halla a los dos contendientes.

Cubiertos de barro, ni Luke ni la princesa oyeron la advertencia, que angustiada, les musitaba Halla.

Uno de los hombres se inclinó hacia la derecha, escupió algo a través de la barba y comentó:

-Muchachos, se supone que una criada no debe devolver los golpes.

-Por algún motivo, no parece correcto -coincidió su compañero.

-Además -agregó el primer hombre-, luchar en público va contra las leyes de la ciudad, ¿no es así?

-Así es -coincidió otro hombre-. Quizá podamos arreglarlo antes de que el centinela nocturno los prenda. Les haremos una buena pasada -se agachó hacia Luke-. Aguanta, jovencito. No permitiremos que ella te haga daño.

Sonrientes y burlones, los cinco bajaron del andén. Como descubrió que todos los participantes la ignoraban, Halla se escabulló entre las sombras.

-Señora, ¿podemos hacer algo? -le dijo una voz en el oído.

La anciana se sobresaltó. Threepio se sobresaltó.

-¡Tú, refugiado de una tienda de segunda mano, no tienes derecho a asustarme de semejante manera!

-Discúlpeme, pero mi amo y la dama...

-Ah. ¿Tú eres Threepio? -el androide asintió-. Entonces aquél debe de ser Artoo -un bip surgió desde una difusa forma cercana-. Sospecho que, de momento, nada podemos hacer -miró hacia la calle-. Quizá esos mocetones sólo estén jaraneando.

Dos hombres separaron a Leia de Luke. Gracias a ello pudieron verla claramente por primera vez. Su chanza inicial desapareció bruscamente a medida que exteriorizaban sentimientos menos afables.

-Ya está bien -murmuró un individuo con pecho de barril y bigote a lo manchú-. Indudablemente, ésta no es una criada androide.

Leia reparó en las miradas de los mineros. Algunas de las hebillas y correas de la ropa ajustada se habían soltado mientras luchaba con Luke. A pesar de la capa de barro que los cubría, las zonas al descubierto llamaban incómodamente la atención. Sentía que algo reptaba sobre su cuerpo, bajo la ropa.

Ignoró el barro, intentó unir los extremos sueltos de su atuendo, se irguió como una reina y anunció con temblorosa dignidad:

-Muchísimas gracias. Es un asunto privado. Ahora espero que tengan la amabilidad de dejarnos resolver nuestras diferencias.

-*Muchísimas gracias, es un asunto privado* -repitió uno de los hombres con tono remilgado.

Los demás rieron a carcajadas. El hombre de la barba la miró maliciosamente.

-Amada, no eres una ciudadana registrada -señaló su hombro-. No llevas la tarjeta con el nombre ni nada que se le parezca. Luchar en la vía pública es ilegal. Las leyes mineras dicen que, siempre que podamos, debemos arrestar a todo el que transgreda la ley. Acércate y deja que te detenga -estiró una sólida garra.

La princesa dio un rápido paso atrás y siguió mirándolos furiosa, pero su confianza se disolvía como la nieve en un hornillo.

-No puedo decirles quién soy, pero si alguno llega a ponerme la mano encima, tendrá que responder por ello.

Pecho de barril se acercó. Su voz carecía de humor y no le sonrió:

-Pollita marina, pondré algo más que una mano encima de ti...

Una forma esbelta se interpuso entre la princesa y su aspirante a aprehensor.

-Escuche, amigo, ésta es una discusión privada que podemos resolver por nuestra cuenta.

-Hijito, no soy tu amigo -respondió serenamente el hombre, extendió una mano y empujó a Luke hacia atrás-. Apártate. Tu discusión ya no tiene importancia.

La princesa lanzó una exclamación de sorpresa. Uno de los hombres se había deslizado a sus espaldas y la había sujetado del pecho con el brazo izquierdo. Luke se acercó rápidamente y dejó caer con fuerza el borde la mano sobre el puño del otro. El minero dio un grito de dolor, retrocedió y se sujetó la muñeca.

En la calle remaba un silencio mortal. Ahora todos estaban concentrados en Luke, no en la princesa. Los únicos sonidos de la bruma provenía de la selva distante.

-El hijito quiere jugar -afirmó tajantemente el hombre al que Luke había golpeado en la muñeca-. Se niega a ser detenido en público.

El hombre agitó el antebrazo derecho. Se oyó un chasquido y de debajo de la manga del mono surgió un estilete de doble hoja. El plano de las hojas estaba nivelado con el dorso del puño. La luz difusa que provenía de las protegidas ventanas de la taberna reflejó, de modo siniestro, ambas cuchillas mientras el hombre avanzó agazapado hacia Luke.

La princesa no pronunció palabra; se limitó a mirar. Halla, Threepio y Artoo hicieron lo mismo, protegidos por la sombra.

-Vamos, hijito -le apremió el hombre e hizo una señal con la mano no armada para que Luke se acercara. Después agitó el arma y las hojas gemelas surgieron de la manga vacía. Movió la pierna derecha y después la izquierda. De la suela de cada bota surgió un par de hojas dobles-. Vamos, bailemos. Haré que dure.

Luke intentó mirar las ocho hojas a la vez y, al mismo tiempo, distraer a su agresor.

-La dama y yo discutíamos algo. No necesitamos ayuda de nadie.

-Demasiado tarde, hijito -el hombre sonrió-. Ahora tú y yo estamos enredados.

Los compañeros del minero miraban, reían socarronamente y de vez en cuando se codeaban. Evidentemente, disfrutaban de cada uno de los movimientos.

El hombre de las cuchillas se abalanzó sobre Luke con el brazo izquierdo, siguió el movimiento errado mientras Luke retrocedía con una patada lateral giratoria, luego trazó un arco y se estiró con el brazo derecho. Las hojas dobles produjeron sonidos *sibilantes* en el denso y húmedo aire de la noche.

-No queremos problemas -declaró Luke y, de mala gana, acercó la mano al pomo de su sable de luz.

-En un par de minutos no tendrás que preocuparte por ello -le aseguró su agresor.

Se lanzó con un grito sobre Luke, que esquivó ágilmente las patadas y los movimientos de los brazos.

-¡Cuidado, Luke! -gritó la princesa... demasiado tarde.

Otro de los hombres se había acercado a la espalda de Luke y en ese momento le

sujetó ambos brazos a los costados. El portador de las cuchillas se acercaba con displicencia, sin sonreír, y realizaba movimientos entrelazantes con los puños. Las hojas resplandecían tanto como sus ojos.

-Muchacho, eres un bailarín avezado, ¿no? Estoy harto de seguirte.

-Cárgatelo despacio, Jake -pidió uno de los espectadores-. Es un chico parlanchín.

-He dicho que no queremos problemas -repitió Luke y mantuvo la vista fija en las hojas entrelazadas que se aproximaban mientras volvía a llevar la mano derecha a su cintura. Apretó el botón de la empuñadura del sable.

Una vez activado, el haz de energía azul de un metro de longitud que apuntaba hacia atrás se materializó a través del muslo derecho del hombre que lo sujetaba. Con un aullido el hombre soltó a Luke, cayó al suelo y se agarró a la pierna.

El hombre de las navajas se quedó inmóvil un instante y luego avanzó. Luke describió con el sable una serie compleja de arcos y círculos entrelazados en la semioscuridad, movimientos que hicieron vacilar a su agresor. El hombre caído emitía un gemido constante.

Luke se lanzó contra el portador de las navajas lo suficiente para hacerlo retroceder.

-Ahora, todos ustedes... despejen.

En lugar de irse, el cuarteto de torva expresión mostró más hojas y otras armas de mano. Comenzaron a realizar maniobras para rodear a Luke, aunque se mantuvieron fuera del alcance de ese haz de luz saltarín y letal.

Leia igualó las distancias cuando saltó sobre la espalda del hombre que estaba más cerca y le arañó la cara. Los tres restantes siguieron atenazando a Luke con sus armas, probaron su velocidad y reflejos con pericia profesional, conversaron entre sí y compararon las habilidades de Luke mientras decidían cuál era el mejor modo de atraparlo. Si esperaba que su cuarto compañero se les reuniera, se decepcionarían. Estaba ocupado con la princesa, que los maldecía a todo pulmón.

Halla observaba preocupada cuando un movimiento calle arriba desvió su atención de la pelea. Un grupo de figuras ágiles vestidas con armadura blanca y negra se acercaba al trote rápido hacia la taberna. Dejó de mirar a los imperiales que se acercaban para observar una vez más la contienda, que había llegado a un punto muerto.

Un hombre se abalanzó sobre Luke desde atrás. Éste esquivó la punta eléctrica que el hombre esgrimía y, simultáneamente, giró hacia abajo. Una mano se soltó, cortada y cuidadosamente cauterizada a la altura del puño, para detenerse en el barro y jadear allí lentamente. Enmudecido, el hombre cayó de espaldas y observó su muñón carbonizado.

Ahora los imperiales estaban cerca. Halla abandonó su escondite, indicó a Artoo y Threepio que la siguieran, se internó en el acceso entre los edificios y desapareció en la oscuridad de la noche. Después de detenerse un segundo y ver que nada ganarían si se dejaban atrapar, los dos androides la siguieron.

Los agresores que quedaban siguieron acechando a Luke, aunque con más cautela. Después de despachar a su único oponente con una juiciosa presión en el lugar adecuado, la princesa pensaba ocuparse de otro cuando algo brillante como el sol y ruidoso estalló en medio de ellos y los atontó. Todos giraron, parpadearon a causa del persistente resplandor y vieron que varios rifles de energía les apuntaban.

-Levantad las armas -ordenó bruscamente el sargento que estaba a cargo del grupo. Bajo la pálida luz se divisaban tres marcas angulares en la manga de la armadura. Unas marcas semejantes cruzaban su casco-. En nombre del emperador, quedáis detenidos

por luchar con armas en la vía pública.
En cuanto los mineros guardaron o envainaron sus diversas armas, Luke desconectó el sable. Dos soldados se acercaron y recogieron el pequeño arsenal. La princesa reparó en que su única víctima recuperaba la conciencia y le asestó una soberana patada.
-¡Eh, usted, deténgase! -ordenó el sargento.
-Lo siento -respondió dulcemente Leia.
Los hicieron marchar por la ciudad custodiados por un pelotón armado. Luke aprovechó la oportunidad para observar las estructuras circundantes. Muy pocas eran distintas de las que ya había encontrado. Llegó a la conclusión de que en una ciudad como ésa, la intercambiabilidad era una necesidad económica.
Los habitantes que se toparon con ellos se apretaron contra las paredes de los edificios, susurraron entre sí y de vez en cuando señalaron a los desdichados sinvergüenzas. Evidentemente, los espectadores tenían idea de lo que les esperaba.
Luke deseaba tenerla.
-¿A dónde cree que nos llevan? -preguntó en un murmullo a la princesa.
-A la cárcel local. ¿A qué otro sitio podrían llevarnos?
Luke señaló hacia adelante:
-Si es aquel edificio, estoy impresionado.
Se aproximaban a un sólido y formidable zigurat de arquitectura mimbanita antigua. De piedra gris y negra, era exactamente igual que las ruinas que Luke había visto mientras buscaba la nave de la princesa. A pesar de su forma aproximada de huso, el edificio se remontaba por encima de las estructuras más recientes y sencillas de la ciudad minera.
-No se trata de una cárcel común -comentó suavemente mientras atravesaban el ancho arco de piedra que cubría la entrada. Preguntó descaradamente al soldado que estaba a su lado-: ¿Qué es este lugar?
El soldado provisto de casco se volvió hacia él y le dijo:
-Los presos y los que violan las leyes tienen que dar respuestas en lugar de hacer preguntas.
Sorprendentemente, mientras bajaban por un pasillo de piedra bordeado de tuberías modernas y componentes electrónicos, el soldado ofreció de manera voluntaria cierta información:
-Este edificio es uno de los viejos templos erigidos por los nativos de este mundo.
La sorpresa de Luke era auténtica.
-¿Se refiere a esos lamentables desgraciados que mendigan un trago?
El hombre rió inesperadamente.
-Vaya, está usted de buen humor. Lo necesitará. ¿Si los verdefayes construyeron *estol* Usted debe pasar todo el tiempo en las minas. Pero yo no -el soldado se mostró orgulloso-. Siempre intento superarme a mí mismo. Como usted sabe -comenzó a explicar-, además de los verdefayes, este mundo alberga varias razas semiinteligentes. Algunas están más degeneradas que las otras. La raza que construyó estos lugares -señaló con el fusil el tejado de piedra que se arqueaba en lo alto- ha desaparecido hace mucho tiempo. Al menos, en lo que respecta a lo que la investigación imperial pudo determinar.
Giraron en otra curva y Luke se maravilló del tamaño de la estructura.
-Este edificio ha sido adaptado para albergar los despachos de las minas y el cuartel

general imperial en Mimban -agitó la cabeza de un lado a otro-. Los mineros saben muy poco de lo que no se refiere a su trabajo.

-Es verdad -reconoció Luke y no sintió remordimientos al maldecir a todos los mineros. No habían sido demasiado hospitalarios con él desde su llegada-. Nosotros somos de otra ciudad -agregó como medida de seguridad.

La breve camaradería del soldado desapareció y respondió con frialdad:

-Puede ser cierto o no. Los perturbadores contumaces mienten mucho. El hecho de que el Imperio tolere aquí una cantidad limitada de desorden como válvula de seguridad para ustedes no es motivo suficiente para abusar del privilegio. Ponen las cosas difíciles a sus compañeros -señaló hacia adelante, al soldado que cargaba la bolsa de armas confiscadas-. Cuando se incluyen artefactos de matar, se convierte en algo más que en un asunto de indisciplina laboral. Presentarán denuncias. Es una pena. Espero que reciba lo que se merece.

-Gracias -respondió secamente Luke.

Uno de los mineros gruñó.

-No ha sido culpa nuestra. El espada y la mujer nos provocaron.

-Callen -ordenó el sargento-. Ya tendrá oportunidad de dar su versión de los hechos al capitán-supervisor Grammel.

Esas palabras lograron que Luke y Leía se agitaran violentamente. Grammel era el hombre contra el cual Halla les había advertido.

-Quizá se muestre generoso -prosiguió filosóficamente el sargento-. Aquí es difícil encontrar buenos trabajadores. Tal vez les deje la mayoría de los dedos.

-Me gustaría haberle hecho más preguntas a Halla sobre Grammel -murmuró Luke.

-Sí, Halla -la princesa parecía desalentada-. No se deslomó tratando de salvarnos, ¿verdad?

-¿Qué podía hacer contra los imperiales? -replicó Luke.

-Supongo que tienes razón. Pero pensé que intentaría algo -Leia se encogió de hombros-. Supongo que no puedo culparla por haberse salvado a sí misma.

-Además, Threepio y Artoo lograron escapar -agregó Luke suavemente.

-Eh, si ahí atrás sigue la chachara, yo mismo me ocuparé de arrancar algunos dedos -amenazó el sargento.

-¿Le gustaría permanecer enterrado bajo un metro de barro durante una hora? -inquirió la princesa.

-No -reconoció serenamente el sargento-. ¿Le gustaría que su linda lengua fuera quemada con un barrenedor de poca potencia?

Leia se serenó. Ya tenían bastantes problemas. Nada ganaría provocándolos aún más. Fijó su mirada en el centro de la espalda del sargento e intentó enloquecerlo. El sargento no mostró la más mínima señal de estar afectado. Probablemente sólo había hueso puro bajo el casco, se dijo Leia.

Giraron en la última curva y entraron en una gran cámara. Después del espartano interior y exterior de piedra gris, los sibaríticos muebles que allí había resultaban sorprendentes. Utilizaban pródigamente pieles auténticas y artificiales. Allí estaban muchos de los bienes materiales que Luke habría asociado con un mundo mucho más desarrollado que Mimban. Sin embargo, no se lucían, lo que demostraba que el habitante de la cámara los consideraba como su equipo natural.

Al otro lado de la cámara, se veía a un hombre sentado tras un escritorio funcional y

poco impresionante.
-Tráigalos, sargento.
Su voz aburrida sonaba quebrada y cascada. Luke pensó que el hombre había sufrido algún trastorno en las cuerdas vocales.
Ante un gesto del sargento, los siete detenidos -incluido uno que cojeaba y tenía la pierna burdamente vendada- fueron trasladados por el cuarto y se detuvieron frente al escritorio.
Luke pensó que lo más impresionante de Grammel era la reacción que los mineros experimentaron en su presencia. Nada quedaba de su jactancia y fanfarronería. Permanecían con la vista fija en el suelo, en las paredes, en sus compañeros... miraban cualquier cosa menos al hombre sentado tras el escritorio. Agitaban inquietos los pies.
Sin que se notara, Luke intentó observar al personaje que provocaba un servilismo tan temeroso en hombres tan aguerridos como los cinco mineros. Grammel apoyó la cabeza en las manos y los codos sobre el escritorio mientras los escrutaba.
Grammel no añadía ninguna nota de color a cuanto le rodeaba. Su rostro era pálido como una cáscara de huevo y la imagen del oficial imperial quedó aún más deslucida cuando se irguió y mostró una modesta barriga que se curvaba suavemente debajo de su esternón como una congelada catarata de cebo que rompía y caía por debajo de la cintura en una maraña de uniforme.
Sin embargo, el uniforme de color gris y plata estaba inmaculado e impecable, como si intentara camuflar la barriga que contenía. Por encima del cuello alto y apretado asomaba la garganta hasta una mandíbula cuadrada y bordeada por un bigote caído. La línea de vello facial armonizaba con la expresión agria que el capitán-supervisor mostraba... habitualmente, supuso Luke. Unos ojos ínfimos y penetrantes atisbaban desde debajo de las cejas parecidas a un lomo de granito, destacadas por un desordenado cabello negro y gris.
Luke llegó a la conclusión de que ese rostro reía en muy contadas ocasiones y, cuando lo hacía, era por motivos erróneos.
Grammel comenzó a estudiar uno por uno a los miembros del grupo inquieto. Luke reparó en los mineros e intentó concentrarse únicamente en una mancha del suelo cubierto de piel.
-Así que éstos son los perturbadores que quiebran la paz para luchar con armas asesinas -observó con desaprobación. Una vez más, esa voz hirió los oídos de Luke como una máquina oxidada a la que no lubrican hace mucho tiempo. Llena de chirridos y quejidos agudos, se adecuaba perfectamente a Grammel.
El sargento avanzó a paso vivo e informó: -Sí, capitán-supervisor. Pido permiso para llevar a los dos heridos a la enfermería.
-Concedido -respondió Grammel. Aunque no sonrió, su ceño permanente se aflojó lo suficiente para que sus labios se enderezaran un poco-. Durante un tiempo, se encontrarán mejor que los que permanezcan aquí.
El minero que había perdido la mano y el que cojeaba fueron retirados de la estancia bajo guardia. Grammel siguió examinando a los que quedaban. Cuando llegó a Luke y a la princesa, contorsionó la boca como si alguien lo hubiese pinchado con un alfiler.
-A ustedes dos no les reconozco. ¿Quiénes son? -Rodeó el escritorio y se detuvo al lado de Luke-. ¡Usted, muchacho! ¿Quién es?
-Sólo un minero contratado, capitán-supervisor -tartamudeó Luke e intentó

mostrarse convenientemente aterrorizado. No le resultó difícil. Tampoco le molestaba una ligera humillación verbal si su vida pendía de un hilo.

Grammel se acercó a la princesa para observarla. Sonrió cautelosamente, como si el esfuerzo le produjera dolor.

-¿Y usted, querida mía? Supongo que también es minera.

-No - Leia no lo miró. Gesticuló brevemente hacia Luke-. Soy su... criada.

-Es verdad -agregó Luke rápidamente-. Es tan sólo mi...

-Puedo oír, muchacho -murmuró Grammel. La miró y le pasó un dedo por la mejilla-. Bonita mujer... -Ella se apartó-. Y además, belicosa -miró a Luke-. Muchacho, le felicito por su buen gusto.

-Gracias, señor.

Leia lo miró enfadada pero, ¿qué otro comentario podía hacer?

-Probablemente sus modales concuerdan con su incompetencia -le dijo la princesa.

Grammel se limitó a asentir satisfecho.

-Modales, incompetencia -repitió-. Palabras extrañas en boca de una criada -llamó al sargento, que permanecía muy cerca en posición de firmes-: ¿Qué identificación tenían estos dos?

-¿Identificación, capitán-supervisor? Supusimos que la normal, señor.

-Sargento, ¿no han registrado las identificaciones? -preguntó Grammel lentamente.

El sargento, que sólo logró dar la impresión de un hombre que transpira bajo la armadura, explicó poco convencido:

-No, señor. Lo supusimos.-Nunca suponga, sargento. El universo está lleno de personas muertas que vivieron mediante supuestos -giró amablemente hacia Luke y Leia-. Por favor, ¿me muestran sus tarjetas de identidad?

Luke fingió buscar entre la ropa e intentó mostrarse desconcertado cuando la inexistente tarjeta no se materializó. La princesa hizo esfuerzos por imitarlo.

-Seguramente la perdimos durante la refriega -declaró y trató de cambiar rápidamente de tema-. Esos cinco... ahora tres... nos atacaron sin que los provocáramos y...

-¡Es una mentira! -protestó enérgicamente uno de los mineros. Buscó compasión en Grammel pero no la encontró.

-Usted -le dijo Grammel con toda serenidad-, cállese.

El hombre obedeció con presteza.

Un soldado entró en la cámara y preguntó con tono zalamero:

-¿Capitán-supervisor?

La interrupción pareció irritar a Grammel.

-Sí, ¿qué desea?

El soldado se acercó al escritorio y susurró unas palabras al oído de Grammel. Éste se mostró sorprendido.

-Sí, lo veré -dijo en voz alta y caminó hacia la puerta.

Entró una figura pequeña y encapotada y comenzó a hablar con Grammel. De vez en cuando, Luke logró distinguir alguna palabra. Se agachó y susurró a la princesa:

-Leia, esto no me gusta nada.

Ella respondió, tensa:

-Luke, tienes un modo maravilloso y evocador de reducir las situaciones más fatales e incómodas a lo meramente mundano.

Luke parecía ofendido. El capitán-supervisor concluyó su diálogo con la diminuta figura, que hizo una rápida reverencia y abandonó la estancia. Ociosamente, Luke se preguntó si lo que había bajo el capote era humano o, quizá, uno de los nativos. El retorno de la voz de Grammel interrumpió sus especulaciones.

-Vosotros, los mineros, iniciasteis la refriega -declaró con un tono severo y excluyó marcadamente a Luke y a Leia de dicha categoría.

-Oh, capitán-supervisor -comenzó a decir servilmente el más corpulento de los tres-, nos provocaron. Sólo intentábamos defender la ley de la ciudad que se refiere a las refriegas callejeras.

-¿Mediante su transgresión y el ataque a esta señorita? -replicó Grammel.

-No era algo serio -agregó el hombre-. Al principio, sólo queríamos divertirnos un poco.

-La *diversión* os costará a cada uno la paga de medio período de tiempo -declaró Grammel-. Seré indulgente con vosotros -los tres hombres apenas se animaban a mostrarse esperanzados-. Aquí las leyes mineras son poco exigentes y os conceden bastante libertad en términos de esparcimientos -los miró furioso-. Sin embargo, la agresión con intento de asesinato no corresponde a la idea que el Imperio tiene del ocio productivo. Al margen -agregó luego de una pausa- de lo que yo pueda pensar personalmente.

Envalentonado, uno de los mineros decidió tentar su suerte. Avanzó y anunció:

-Capitán-supervisor Grammel, apelo la sentencia.

Grammel miró al hombre del mismo modo que un botánico observaría una nueva especie de maleza.

-Tiene derecho a ello. ¿Sobre qué base recurre?

-Brevedad... brevedad del juicio e informalidad de las circunstancias -logró finalmente decir.

-Muy bien. Puesto que aquí la ley imperial soy yo, analizaré su apelación -Grammel se interrumpió un instante y agregó afablemente-: Su apelación ha sido rechazada.

-Entonces apelo al representante del Departamento Imperial de Recursos que está a cargo de las operaciones mineras -replicó con viveza el hombre-. Quiero que la sentencia se recurra de otro modo.

-Desde luego -coincidió Grammel. Se acercó a la pared situada detrás del escritorio. Cogió de su sitio una larga y delgada barra de plástico y apretó el interruptor de uno de los extremos mientras rodeaba el escritorio-. La conversación ha sido grabada -informó a todos.

Tocó otro interruptor y la barra mostró una línea móvil de palabras a través de su superficie encerada. Cuando la grabación terminó, levantó la barra y hundió bruscamente un extremo del plástico rígido en el ojo izquierdo del minero discutidor.

Sangre y carne salieron a chorros mientras el hombre caía al suelo aullando. Uno de sus aterrorizados compañeros se agachó a su lado e intentó restañar el flujo de sangre de la cuenca ocular destrozada. Bajaba en torrente constante por el rostro del hombre y la pechera de su mono.

-Vosotros tres estáis despedidos -les informó Grammel ligeramente, como si nada anormal hubiese ocurrido-. ¿Sargento?

-¿Capitán-supervisor?

-Lleve a estos tres a las celdas de contención traseras. Sus dos compañeros se reunirán

con ellos en cuanto se hayan recuperado. Que se sienten y piensen un rato. Registre sus nombres y claves de identificación para que puedan pagar las multas con más facilidad. A no ser -concluyó locuazmente y se golpeó la palma de la mano con la barra grabadora- que algún otro quiera apelar la sentencia.

Mientras los dos mineros transportaban y arrastraban a su compañero desmayado hasta la salida bajo guardia, Grammel les apuntó con la barra.

-Sabed que todavía tiene el ojo. Ha quedado permanentemente grabado aquí. Traedlo cuando se recupere y permitiré que vuelva a verlo.

El sargento aguardó la salida de los guardianes y los mineros y luego volvió a hacer guardia junto a la puerta.

-Me desagradan los detalles burocráticos -explicó Grammel afablemente a Luke y a la princesa-, pero éste es un mundo prácticamente desconocido e inexplorado y yo no puedo perder tiempo. A veces mis decisiones deben de ser rápidas y contundentes. Sólo el grado de capacidad que tienen para idear degradaciones más complejas para sí mismos distingue a los animales humanos que trabajan aquí de los nativos. Durante milenios, ese tipo de inventiva ha sido un rasgo persistente y lamentable de la humanidad. Como seguramente lo comprenden, estoy convencido de que ustedes dos serán más sensatos que esos tipos inferiores que acaban de dejarnos.

Se sentó en el borde del escritorio y comenzó a golpearse la pierna con la barra de punta roja. Luke estaba nervioso.

-Ya se lo dije, capitán-supervisor -repitió-. Seguramente perdimos nuestras tarjetas de identidad durante la refriega. Debieron de caer en el barro. Si nos permite regresar allí, estoy seguro de que las encontraremos. A menos que -agregó con fingida preocupación- alguien se acercara después de la pelea y las robara.

-Ah, creo que ninguno de nuestros laboriosos ciudadanos haría algo semejante -comentó Grammel y giró. Miró atentamente por encima del hombro-. En realidad, tampoco creo que esté allí. Me parece que ustedes dos no tenían tarjeta alguna de identidad que perder. Por lo que me han dicho, son más que desconocidos en esta ciudad. Son forasteros para la mina, para la presencia imperial aquí, para este mismo mundo. No logro imaginar cómo llegaron sin ser detectados, sin autorización y enteros -apretó los dientes y agregó peligrosamente-: No obstante, lo *averiguaré.* Siempre averiguo lo que deseo saber.

-Es extraño -intervino la princesa-, pues me parece que usted tiene una capacidad de aprendizaje excesivamente limitada.

Su comentario no desconcertó a Grammel. En todo caso, los meditados insultos de la princesa parecían satisfacerle.

-Jovencita, hace un rato me llamó incompetente. Ahora me denigra intelectualmente. No soy inteligente, pero tampoco incompetente ni carezco de educación. Adquirí un estilo aprendiendo cómo obtener respuestas a mis preguntas. Pero su comentario sobre mis modales es realista -echó hacia atrás el pie izquierdo y la pateó en el muslo izquierdo con la punta de la bota.

Gimiendo de dolor, la princesa se sujetó debajo de la cadera y cayó de rodillas. Detuvo con la mano derecha la caída mientras con la otra se sostenía el lugar lastimado. Luke se enfureció interiormente pero siguió mirando hacia adelante con toda decisión. No era el momento ni el lugar de morir.

-Sin embargo, *soy* honrado -agregó Grammel mientras la miraba.

Volvió a mover la pierna y pateó el brazo derecho de la princesa, con el que sostenía el cuerpo. Leia cayó, rodó y se sentó sin dejar de sujetar la pierna izquierda. El capitán-supervisor lanzó una fuerte patada que la alcanzó en el nacimiento de la columna vertebral, aunque no con la fuerza suficiente para paralizarla. Leia gimió mientras se llevaba ambas manos a la parte más estrecha de la espalda y cayó de costado, posición en la que permaneció quejándose.

Grammel volvió a echar hacia atrás la pierna. Incapaz de soportarlo, Luke se interpuso entre ambos y dijo rápidamente:

-Capitán-supervisor, si le dijera la verdad no me creería.

La propuesta era tan intrigante que, por el momento, Grammel se olvidó de la princesa.

-Joven, siempre estoy dispuesto a escuchar.

Luke lanzó un suspiro de desconsuelo y se mostró abatido.

-Somos delincuentes fugados de Circarpo -confesó pesarosamente-. Allá nos buscan por extorsión y chantaje -señaló el cuerpo caído de la princesa-. La chica es mi compañera y señuelo. Nosotros... cometimos el error de comprometer a algunas personas que resultaron ser más importantes de lo que suponíamos. No somos delincuentes muy importantes, pero logramos que algunas personas muy influyentes estén furiosas con nosotros -calló.

-Continúe -le apremió evasivamente Grammel.

-Circarpo todavía mantiene la condena a muerte para muchos delitos -prosiguió Luke-. Es un mundo febril, al estilo de la empresa privada.

-Sé todo lo que hay que saber sobre Circarpo -aclaró con impaciencia el capitán-supervisor.

Luke se apresuró a continuar con el relato.

-Robamos una pequeña nave vital. Habíamos oído hablar de las pequeñas colonias de Doce y Diez.

-Y entonces intentaron huir hacia allí -intervino Grammel-. Bastante lógico.

-Con la esperanza de encontrar un modo de salir del sistema -concluyó Luke a toda velocidad. Su entusiasmo era sincero porque hasta el momento Grammel no había rechazado de plano la historia-. Incluso -agregó como medida de seguridad- pensamos unirnos a los rebeldes si eso nos ayudaba a eludir el procesamiento.

-Ambos seríais traidores bastante despreciables -comentó Grammel-. Los rebeldes se habrían burlado de ustedes. No alistan delincuentes en sus filas. Es extraño puesto que, técnicamente, son los peores delincuentes. Quienquiera que les viese se daría cuenta de que ellos jamás les aceptarían.

Luke sabía que, afortunadamente, la princesa estaba demasiado dolorida para reírse.

-Jovencito, opino que su historia, aunque verosímil, es una falsedad inteligentemente tramada -Luke se quedó helado-. Pero... *podría* ser verdad. Si es así, si son lo que afirman ser, quizá hasta podamos doblegar un poco las leyes para ustedes. Admiro la inventiva en los demás. Quizá descubramos que pueden hacer algo aquí, en Mimban. El Imperio tiene muchos revoltosos que trabajan en las minas. Ya han encontrado a cinco. Desde luego -concluyó-, siempre podré devolverles a Circarpo para que les procesen.

-¡Oh, no, capitán-supervisor! -gritó Luke, cayó de rodillas y se agarró desesperadamente a las perneras de Grammel-. Por favor, no lo haga, nos ejecutarán. ¡Por favor, trabajaremos hasta reventar, pero no nos envíe allá! -sollozaba

abiertamente.
-Aléjese de mis botas -ordenó con repugnancia Grammel.
Mientras Luke retrocedía obedientemente, el capitán-supervisor se agachó para cepillarse los pantalones en el lugar que Luke había tocado.
Luke se secó las lágrimas con esfuerzo e intentó no mostrarse demasiado esperanzado mientras estudiaba a Grammel. A lo largo del diálogo, la princesa se había sentado. Todavía se frotaba la parte más estrecha de la espalda con una mano y evitaba cuidadosamente la mirada de Grammel.
-Como ya afirmé, todo lo que me ha dicho es posible pero improbable -continuó el capitán-supervisor. Miró a Luke de un modo extraño-. Sin embargo, hay algo que me interesa. Si es honrado conmigo en este sentido, lo tomaré como una señal de su buena fe.
-No comprendo, capitán-supervisor -reconoció Luke en el vacío.
-Me han dicho -prosiguió Grammel- que tiene en su poder una gema pequeña...
Luke quedó helado.

CAPITULO V

-Gran capitán-supervisor -logró decir al fin-, creo que no comprendo a qué se refiere.
-Por favor -solicitó Grammel y por primera vez mostró un indicio de auténtica emoción-, no juegue conmigo. Les observaron mientras conversaban con una *persona local* -pronunció las últimas palabras con verdadero asco-, cuya presencia aquí las leyes imperiales apenas toleran. Ella siempre permanece del lado seguro de la ilegalidad. A pesar de mis sentimientos personales, su deportación ilegal e innecesaria irritaría a algunos sectores del populacho que la consideran divertida. Además, resultaría costoso. Les vieron mientras le mostraban una piedrecita roja y brillante. ¿Quizá algo que ustedes adquirieron durante su estancia ilegal en Circarpo?
Los pensamientos de Luke eran un torbellino. Indudablemente algún informante de Grammel -con toda probabilidad la diminuta figura encapotada con la que el capitán-supervisor había conversado hacía algunos minutos- había visto el fragmento de cristal Kaibur que Halla les había ofrecido. Pero el espía no había visto que Halla lo sacaba y se lo mostraba a Luke.
¡Entonces Grammel y el espía suponían que la piedra era algo que Luke había traído y mostraba a Halla! Esto estaba bien en lo que concernía a la anciana, pensó. Ahora no tenía que mezclarse en el asunto.
Durante un instante terrible, Luke pensó que Grammel podía ser un ser sensible a la fuerza con los conocimientos y la capacidad de operar el cristal o, al menos, de percibir sus propiedades especiales. Pero un apresurado análisis sólo reveló que la mente de Grammel estaba dominada por el vacío insípido y rutinario asociado con los humanos normales. Nada podía sospechar sobre la verdadera importancia del fragmento. Sin embargo, Luke se resistió a entregar el precioso trozo a un servidor del Imperio.
Grammel no era una persona dada a perder tiempo.
-Vamos, joven. Usted parece una persona sensata. Seguramente no valdrá la pena

buscarse más problemas.
-En realidad -insistió Luke y buscó frenéticamente evasivas-, no sé de qué me habla.
-Bueno, si insiste... -respondió Grammel, no muy satisfecho. Dirigió su atención a la princesa, que continuaba en el suelo y se frotaba las heridas-. ¿Quizá la joven es algo más que un socio comercial? ¿Significa algo para usted?
Luke se encogió rebuscadamente de hombros.
-No significa nada para mí.
-De acuerdo -agregó el capitán-supervisor-. Entonces lo que va a ocurrir ahora no le preocupará.
Llamó por señas al sargento. El soldado cubierto con la armadura se acercó y se agachó sobre la princesa. Leia se estiró para cogerle la mano, deslizó una pierna debajo de la de él y, simultáneamente, tiró y pateó. Mientras el soldado caía al suelo estrepitosamente, corrió hacia la puerta y gritó a Luke que la siguiera.
Por más que movió la llave y el pomo de la puerta, ésta no se abrió.
-Querida mía, pierde el tiempo -le dijo Grammel-. Debió tratar de coger su arma. Nos abren exclusivamente la puerta a mí, a algunos miembros selectos de mi personal y a los soldados que tienen el resonador adecuado incorporado a la armadura. Sospecho que usted no se incluye en ninguna de estas categorías.
Irritado, el sargento se había puesto de pie y avanzaba hacia ella con los brazos abiertos. Leia comenzó a correr, tropezó y cayó al suelo. Grammel se situó encima de ella y cerró el puño de la mano derecha.
-¡No! -exclamó Luke en el último momento.
Grammel interrumpió el movimiento de la mano en el aire mientras le miraba.
-Eso está mejor -aconsejó a Luke-. Mejor ser sensato que obstinado. Desde luego, encontraría la piedra, pero usted consideraría desagradable el descubrimiento.
Luke desabrochó un bolsillo y lo abrió.
-¡No puedes! -declaró una voz. Giró y vio que la princesa le observaba. Evidentemente, ésta había terminado por creer al menos una parte de la historia de Halla. Aunque quizá, se corrigió, ella jugaba su papel de ladrona de poca monta que no desea separarse de los bienes duramente ganados.
-No tenemos otra escapatoria.
Mientras Grammel no pidiera nombres, Luke pensaba que carecía de sentido ofrecérselos voluntariamente, fueran falsos o auténticos. Desenrolló la tela, sacó la cajita y se la entregó al expectante administrador.
Grammel la estudió e hizo una pregunta para la cual Luke no estaba preparado.
-¿Cuál es la combinación?
Durante un instante, Luke quedó aterrado. Si confesaba que ignoraba la combinación, se vendría abajo su mentira cuidadosamente elaborada. Por ello corrió el único riesgo posible:
-Está abierta.
Tanto él como Leia contuvieron la respiración mientras Grammel tocaba la pequeña cerradura. Se oyó un leve chasquido. Luke no se había molestado en averiguar la combinación cuando Halla le entregó la caja.
El capitán-supervisor Grammel miraba fascinado el resplandeciente fragmento de color carmesí.
-Muy bonita. ¿Qué es?

-No sé -mintió Luke-. No tengo la menor idea de qué tipo de gema es -Grammel lo miró severamente-. Digo la verdad... no soy gemólogo ni químico -pronunció estas palabras con más facilidad.

-¿Es natural el brillo o responde al estímulo externo? -inquirió Grammel y movió la gema en la caja con un dedo tanteador.

-No tengo la menor idea. Brilla desde que la tenemos, por lo que supongo que es una propiedad natural de la piedra.

El capitán-supervisor le sonrió de un modo que a Luke no le agradó.

-Si sabe tan poco, ¿por qué la robó?

-No he dicho que la robáramos -Grammel rió burlón y Luke, que cumplía su papel de buena gana, adoptó una actitud defensiva-. De acuerdo, la robamos. Era bonita y nunca había visto algo parecido. Cualquier cosa bonita y rara probablemente también es valiosa.

-Me ha dicho que su campo de trabajo era la extorsión, no el robo -agregó Grammel.

-La cosa me intrigó y como tuve la posibilidad de guardármela, lo hice -respondió Luke con un toque de envalentonamiento beligerante.

Evidentemente, era el enfoque adecuado.

-Sensato -reconoció Grammel. Volvió a concentrarse en el fragmento-. Yo tampoco la reconozco. En tanto gema, no es muy impresionante... Carece de facetas y ni siquiera está recortada para tallarla. Pero tiene razón al decir que es rara. La propiedad brillante la destaca -bruscamente, dejó de girarla con el dedo y alejó la mano-. No es dañina, ¿verdad?

-Hasta ahora, no -respondió Luke y fingió una súbita preocupación. ¡Que Grammel sudara un poco!

-¿Han sufrido alguna consecuencia nociva desde que la tienen en su poder?

-No hasta que nos trajeron aquí.

Esa frase estuvo a punto de provocar la risa del administrador.

-Creo que la haré analizar por un especialista antes de llegar a una conclusión -prosiguió lentamente, apoyó la caja en el escritorio y se alejó. Miró a Luke amistosamente-. Desde luego, ha sido confiscada. Puede considerarla como multa por haber participado en la refriega.

-Nosotros fuimos los agredidos -protestó Luke en beneficio de las apariencias.

-¿Acaso discute mi sentencia? -preguntó torvo Grammel.

-¡No, capitán-supervisor!

-Está bien. Veo que usted es un joven inteligente. Lástima que su compañera abra la boca prescindiendo de su cerebro -Leia le miró enfadada pero tuvo la sensatez de guardar silencio-. Creo que podremos arreglar algo. Mientras tanto, ustedes dos están ilegalmente en este mundo, desafiando el intento imperial de mantener en secreto esta instalación. Por este motivo quedarán retenidos hasta que pueda comprobar su historia.

Luke comenzó a hablar, pero Grammel lo hizo callar con un gesto.

-No, no se preocupe por los nombres. Creo que, de todos modos, me ofrecería un alias. Tomaremos las impresiones rutinarias, retratos naturales y el resto de la información pertinente. En Circarpo tengo contactos legales y otros que no lo son tanto. Si me envían información en el sentido de que ustedes dos son delincuentes de poca monta conocidos en ese mundo, y a juzgar por su historia tienen que ser conocidos, se

comprobará lo que han declarado y adoptaremos nuestras relaciones de acuerdo con ello... no necesariamente en detrimento suyo. Si resulta que nadie desentierra información sobre ustedes o dicha información está en contradicción con lo que me han contado, tendré que suponer que todo es pura invención. En ese desdichado caso, me veré obligado a recurrir a métodos poco delicados para obtener la verdad -Luke habría preferido cualquier tipo de mueca a cambio de la expresión vacía e inhumana que Grammel adoptó al pronunciar esas palabras-. Pero no hay motivo que nos impida ser cordiales hasta ese momento. ¡Sargento!

-¡Capitán-supervisor! -respondió el suboficial acercándose rápidamente.

-Ocúpese de que los escolten hasta la zona de confinamiento.

-¿A qué celda, señor?

-La celda preventiva de máxima seguridad -respondió Grammel con expresión indescifrable.

El sargento dudó.

-Señor, esa celda ya está ocupada. Sus ocupantes son peligrosos... ya han mandado tres hombres a la enfermería.

-No importa -insistió Grammel con indiferencia-. Estoy seguro de que estos dos se las arreglarán. Además, los presos no luchan entre sí. Al menos, no lo hacen con demasiada frecuencia.

-¿De qué habla? -inquirió la princesa y se puso de pie-. ¿Con qué nos va a enjaular?

-Ya lo descubrirá -le aseguró Grammel afablemente. Algunos soldados entraron en la estancia y rodearon a Luke y a Leia-. Por favor, traten de mantenerse con vida hasta que pueda comprobar su historia. Me apenaría que me hubiesen dicho la verdad y no lograran sobrevivir lo suficiente a la compañía de su celda para poder ser liberados.

-¡Hemos *sido* sinceros con usted! -insistió Luke con voz desesperada.-¡Sargento!

El suboficial condujo a ambos prisioneros hasta la salida. Grammel ignoró las súplicas de Luke, que quería averiguar a dónde los enviaban.

Una vez que partieron y la habitación recuperó su tranquilidad, el capitán-supervisor dedicó varios minutos a estudiar el fragmento de cristal brillante. Luego apretó un botón situado detrás del escritorio. Se abrió otra puerta y una diminuta figura encapotada entró en la estancia por segunda vez.

-¿Es esto lo que viste, Bot? -preguntó Grammel y señaló la caja abierta apoyada en el escritorio. Un gesto de asentimiento de la forma encapuchada-. ¿Sabes de qué se trata?

Esta vez obtuvo un movimiento negativo.

-Yo tampoco -admitió Grammel-. Creo que el joven subestima su exotismo. Jamás he visto ni oído hablar de algo remotamente parecido a esto. ¿Y tú?

Otra sacudida de un lado a otro por parte del cráneo encapuchado.

Grammel observó la puerta cerrada que Luke y Leia habían atravesado.

-Esos dos *podrían* ser lo que el muchacho dijo. No estoy seguro. Tengo la sensación de que su historia es demasiado clara, demasiado adecuada. Casi como si evaluara sus respuestas de acuerdo con lo que yo quiero oír. No logro decidir si es un maleante inepto o un embustero divinamente bueno. Y hay algo más. Parecía casi seguro de que la muchacha y él contactarían con los rebeldes en Diez o Doce. Ninguno de nuestros agentes lo ha logrado.

La figura emitió un ronquido a modo de frase y Grammel asintió con la cabeza.

-Sé que los rebeldes saben distinguir a los verdaderos traidores de los nuestros, pero la confianza del muchacho no deja de preocuparme. Parece excesiva en un criminal de poca monta. Y la muchacha mostró más bríos que los que suelen tener normalmente las de su tipo. Estoy desconcertado, Bot. Pero creo... creo que en todo esto puede haber algo importante. No dispongo de los datos para enlazarlo todo... por ahora. Quizá signifique mucho para nosotros.

Satisfecha, la figura asintió enérgicamente.

Grammel tomó una decisión.

-Tendré que ponerme en contacto con una autoridad superior. La idea de compartir esto no me agrada, pero no veo otro camino -ladeó desdeñosamente la cabeza en dirección a la puerta-. De todos modos, les sonsacaremos la verdad antes de que alguien importante pueda llegar aquí.

Abandonó el escritorio, avanzó hasta la pared situada detrás y tocó un pequeño interruptor. Un trozo de pared desapareció y dejó al descubierto una pantalla vacía de color dorado. Grammel accionó otro mando. Un panel rebosante de diales y botones se deslizó fuera de la pared, debajo de la pantalla reflectora. Hizo otras sintonizaciones y luego habló por un fonocaptor vocal sobresaliente:

-Tengo primera prioridad para la comunicación en el espacio profundo con el gobernador Bin Essada, en el mundo territorial administrativo de Gyndine.

Miró a la forma encapotada en busca de coincidencia y se vio recompensado por una señal de asentimiento.

-Despachamos la llamada -declaró monótonamente una voz de computadora.

Durante un instante apareció la estática visual, pero la pantalla se despejó con consoladora velocidad. A juzgar por las distancias imperiales, Gyndine no estaba demasiado lejos.

El retrato que apareció en la pantalla correspondía a un individuo moreno y voluminoso, cuya característica más destacada era una sucesión de papadas que caían escalonadamente en la pechera de su camisa. El pelo negro y ensortijado, tocado de blanco en las sienes y teñido de naranja en un dibujo espiral que aparecía sobre la coronilla, coronaba el rostro como las algas marinas en un guijarro desgastado por las aguas. Los ojos oscuros bizqueaban sin parar y las pupilas rosadas se mostraban siempre sensibles a la luz.

-Tengo trabajo -gruñó el gobernador Essada con voz porcina de contralto-. ¿Quién llama y para qué?

Con ese semblante presuntuoso y potente en la pantalla, Grammel perdió gran parte de su acostumbrada seguridad. Sus palabras sonaron serviles y temblorosas.

-Sólo soy yo, gobernador, un humilde servidor del emperador, el capitán-supervisor Grammel.

-No conozco a ningún capitán-supervisor Grammel -agregó la voz.

-Señor, estoy a cargo de la colonia minera secreta de Circarpo V -explicó Grammel esperanzado.

Essada hizo una pausa y levantó la vista de la cinta que observaba.

-Conozco las operaciones imperiales en ese sistema -respondió con circunspección-. ¿Cuál de sus asuntos exige primera prioridad conmigo? -la enorme masa se inclinó hacia adelante-. Capitán-supervisor Grammel, mejor que sea importante. Ahora me acuerdo de usted.

-Sí, señor -Grammel inclinó repetidas veces la cabeza ante la pantalla-. Se trata de un asunto que incluye a dos desconocidos que, de algún modo, aterrizaron secretamente aquí. Los desconocidos y un extraño fragmento de cristal que tenían en su poder. Las personas no son importantes, señor, pero como usted es muy famoso como experto en radiaciones poco comunes, pensé que quizá...

-No me haga perder tiempo con halagos, Grammel -le advirtió Essada-. Desde que el emperador disolvió el senado, los gobernadores regionales estamos sobrecargados de trabajo.

-Comprendo, señor -agregó Grammel rápidamente y se apresuró a coger la minúscula caja que contenía la piedra. La levantó para que el fonocaptor visual de la estancia pudiera captarla-. Aquí está.

Essada la observó.

-Es extraña... Nunca he visto algo parecido, Grammel. ¿La radiación se genera desde el interior?

-Sí, señor, estoy seguro.

-Yo no -replicó el gobernado-, pero reconozco que parece ser así. Hábleme de las personas que la tenían.

Grammel se encogió de hombros.

-No son importantes, probablemente se trata de un par de ladrones de poca monta que la robaron, señor.

-¿Un par de ladrones de poca monta penetraron y aterrizaron secretamente en Circarpo V? -preguntó el gobernador incrédulamente.

-Eso creo, señor. Un muchacho y una joven...

-Una joven -repitió Essada-. Hemos oído unos rumores provenientes de Circarpo IV acerca de una importante reunión que los dirigentes clandestinos preparaban para... ¿ha dicho una joven? ¿Acaso es morena, vehemente y algo sarcástica?

-Es la misma persona, señor -tartamudeó sorprendido Grammel.

-¿Los ha identificado?

-No, señor. Sólo los encarcelamos. Están encerrados junto a los...

-¡Que el caos se apodere de sus detalles, Grammel! -gritó Essada-. Déme una representación visual de ambas personas.

-En un instante -repuso un Grammel aliviado. Cogió la barra grabadora de plástico del escritorio y la sostuvo inseguro ante la pantalla-. Señor, esto todavía no ha sido transferido. ¿Cree que podrá vislumbrar las imágenes de la barra?

-Puedo vislumbrar muchas cosas, Grammel, en las profundidades huecas de su alma. Colóquela junto a su fonocaptor visual.

El administrador accionó el interruptor y situó el tubo largo y cristalino junto al panel de la pantalla. Tocó el panel de recuperación y en la sustancia de la barra aparecieron retratos bidimensionales. Hizo una pausa y luego movió la barra para mostrar imágenes de tamaño natural de ambas personas.

-Por la fuerza, podría ser ella, podría ser -murmuró agitado el gobernador Essada-. Al joven no le conozco pero quizá también es importante, estoy satisfecho.

-¿Importantes, señor? ¿Los conoce?

-Espero recibir honores parciales por su captura y ejecución posterior... Al menos, por la de ella -Essada miró atentamente al desconcertado oficial-. Grammel, no deben sufrir daños ni heridas hasta que la autoridad pertinente vaya a buscarlos.

-Como usted ordene, señor -respondió un aturdido capitán-supervisor-. Pero no entiendo. ¿Quiénes son y por qué han llamado la atención de alguien tan...?

-Grammel, sólo le exijo servicios, no preguntas.

-Sí, señor -acató con gravedad la indicación del administrador.

Essada dio un giro más ligero a la conversación.

-Ha hecho bien al contactarme directamente, aunque no por los motivos que supone. En cuanto esos dos estén en manos imperiales, usted se convertirá en coronel-supervisor Grammel.

-¡Gobernador! -Grammel perdió completamente el aplomo-. Señor, es demasiado generoso. No sé qué decir...

-No diga nada -aconsejó Essada-. Así resulta más soportable. Manténgalos con vida, Grammel. El hecho de que usted vaya al infierno o gane la gloria depende del modo en que cumpla estas órdenes. Además de mantenerlos con vida y sanos, cuenta con mi autorización para mantenerlos a raya del modo que prefiera.

-Sí, señor. Señor, ¿me permite...?

Pero el gobernador Essada ya se había olvidado de Grammel.

-Una persona determinada considerará importante esta información. Sí, será bueno para mí -bruscamente reparó en que las comunicaciones seguían abiertas-. Con vida, Grammel, recuérdelo.

-Pero, señor, ¿no puede decirme...?

La pantalla quedó vacía.

Durante varios segundos, que parecían eternos y cargados de presagios, el capitán-supervisor permaneció inmóvil ante el oscuro rectángulo. Después guardó en su sitio la pantalla y el panel de mandos y giró hacia la figura encapuchada que reptaba de detrás de la masa protectora de una silla de forma libre situada al otro lado de la estancia.

-Bot, parece que hemos tropezado con algo mucho más importante que lo que cualquiera de los dos imaginó. «¡Coronel-supervisor!» -observó el cristal que sostenía en la mano y olvidó toda posible naturaleza letal ante la visión del futuro brillante que aparecía ante sus ojos-. Hemos de tener cuidado.

La figura encapotada movió vigorosamente la cabeza...

CAPITULO VI

-Toma las cosas con calma -se quejó Luke y liberó su brazo de la sujeción del soldado que los escoltaba por el largo y estrecho pasillo de piedra. Mientras avanzaban, Luke se dedicó a observar las húmedas y chorreantes paredes. Algunas de ellas estaban cubiertas de musgo oscuro. La humedad omnipresente de Mimban se filtraba incluso por las viejas paredes-. Cabía pensar que el gobierno imperial pudo invertir algún dinero en alojamientos modernos -murmuró.

-¿Para qué si los primitivos de este mundo nos legaron estructuras tan útiles? -preguntó el suboficial que caminaba delante de ellos.

-Han convertido un templo, un lugar de culto, en oficinas y cárcel -declaró furibunda la princesa.

-El Imperio hace lo que cree necesario -observó el suboficial con un tono flemático

que habría satisfecho a sus superiores-. Me han dicho que esta empresa minera es costosa. El Imperio es lo bastante inteligente para ahorrar en todo lo que puede -concluyó orgulloso.

-Sin duda eso incluye su paga y sus beneficios del retiro -agregó maliciosamente la princesa.

-Basta de charla con presos -ordenó el disgustado suboficial, molesto por el giro que había tomado la conversación.

Rodearon una cerrada curva. En el extremo del pasillo, una red de barrotes cruzados en diagonal formaba una malla irrompible.

-Aquí tenéis vuestro nuevo hogar -informó el suboficial-. En su interior podréis meditar sobre lo que el Imperio os depara para el futuro.

El suboficial pasó la palma de la mano sobre la pared, a su derecha, y en el centro de la parrilla metálica apareció un elipsoide sin barrotes.

-En marcha -ordenó el soldado situado junto a Luke y lo aguijoneó con el fusil.

-Me dijeron que tendríamos compañía -agregó Luke mientras avanzaba de muy mala gana hacia el espacio abierto.

Sus palabras provocaron risas considerables entre los soldados reunidos.

-La encontrarás muy pronto -el suboficial sonrió socarronamente- o ésta te encontrará a ti.

En cuanto ambos presos entraron en la celda, el suboficial volvió a pasar la mano por la fotoplaca y los barrotes desmaterializados reaparecieron con un poderoso sonido metálico.

-Ha dicho compañía -repitió uno de los soldados que se retiraban mientras ascendían por el pasillo. La tropa siguió riendo.

-Por algún motivo, no me causa gracia -murmuró Luke. Cada uno de los barrotes en ángulo era tan ancho como su antebrazo. Golpeó uno con la uña y resonó como una campana. Anunció-: No son huecos sino macizos. Esta celda fue diseñada para contener algo más que personas comunes. Me pregunto qué...

La princesa jadeó, señaló una de las esquinas y comenzó a retroceder hacia la pared más próxima. Dos montículos macizos y peludos estaban agazapados junto a la parte trasera de la celda, bajo la única ventana. La piel subía y bajaba, lo que demostraba que rodeaba a algo vivo.

-Cálmese... cálmese -aconsejó Luke, se acercó a ella y apoyó ambas manos en sus hombros. Leia se recostó contra él-. Todavía no sabemos quiénes son.

-No sabemos *qué* son -susurró temerosamente la princesa-. Me parece que están despertando.

Una de las enormes formas se irguió, se desperezó y emitió un gruñido semejante al carraspeo de un volcán. Giró y los vio.

Luke abrió desmesuradamente los ojos. Empezó a dirigirse hacia la figura. La princesa estiró una mano para retenerlo pero él la apartó.

-¿Estás loco, Luke? Te despedazarán.

Siguió avanzando lentamente hacia la expectante figura. Era un poco más alta que él, pero mucho más corpulenta. Sus brazos, cubiertos de pelo, llegaban hasta el suelo de la celda y las manos se arrastraban por la piedra. Un largo hocico sobresalía del centro del rostro y ocultaba la boca, si es que ésta existía. Un par de inmensos ojos negros le miraban ansiosos.

-Luke, no hagas eso... vuelve aquí.
De la figura a la que Luke se aproximaba surgió un quejumbroso gruñido-retumbo parecido a un manantial subterráneo enfurecido. La princesa calló y preocupada se apretó contra la fría pared de piedra, y empezó a deslizarse hacia el rincón más lejano.
Luke observó con precaución a la sólida criatura. Tenían que entablar amistad rápidamente o Leia y él no necesitarían preocuparse por salir de Mimban, salvo en fragmentos. Se estiró y tocó un brazo de determinado modo. Su mirada no se apartó en ningún momento de los globos de color negro azabache que lo observaban.
Con sorprendente velocidad aquel ser retrocedió un paso y parloteó algo. Superaba varias veces el peso de Luke. La pálida luz de los iluminadores, cerrados herméticamente en el techo de la celda, brillaban en los músculos de los hombros, semejantes a cables, encima de los brazos doblemente largos.
Un par de manos del tamaño de placas se estiraron para coger a Luke, que respondió con un suave murmullo. El ser agitó la cabeza, balanceó el hocico y volvió a retumbar. Luke pronunció un galimatías en voz más alta.
La bestia se estiró, cogió a Luke con ambas manos y lo elevó por encima de su cabeza, como si se dispusiera a estrellarlo contra el suelo de piedra. La princesa gritó. El ser acercó a Luke a su cuerpo, lo acercó... y plantó un besó húmedo en cada una de sus mejillas antes de dejarlo delicadamente en el suelo.
La princesa miraba incrédula al afectuoso agresor de Luke.
-Pero si no te arrancó la cabeza. Tú... -miró a Luke con admiración-, tú le *hablaste.*
-Sí -reconoció Luke con modestia-. En Tatooine, en la granja de mi tío, estudié muchas cosas sobre algunos mundos. Era mi única evasión y un entretenimiento educativo -señaló al ser que posaba su macizo y largo brazo sobre su cabeza y lo sacudía amistosamente y dijo-: Éste es un yuzzem.
-He oido hablar de ellos, pero es la primera vez que veo a uno.
-Como son originales -le explicó Luke-, pensé que nosotros debíamos ser los primeros en saludar y aproveché las pocas palabras que aprendí de su idioma -chapurreó con aquel ser, que le devolvió el parloteo-. En otro sitio podría haberme matado, pero parece que todos los presos son aliados.
El yuzzem giró, tropezó y chocó contra la pared. Se agachó y comenzó a sacudir a su compañero soñoliento. El segundo yuzzem rodó hasta despertar y se lanzó furioso sobre el primero. La mano maciza no logró alcanzarlo, pero chocó con la pared con fuerza suficiente para dejar una marca en la roca. Rodó hasta sentarse, comenzó a parlotear con quien le había despertado y se sostuvo la cabeza con una mano.
-¡Claro! -exclamó Leia cuando lo comprendió-. ¡Están borrachos! -el segundo yuzzem logró ponerse de pie. La miró con cara de pocos amigos-. No fue una ofensa -agregó rápidamente.
-Por lo que logré entender, el yuzzem con el que hablé se llama Hin. El que está apoyado contra la pared es Kee y le gustaría estar en otra parte -chapurreó con Hin y escuchó la respuesta-. Creo que dijo que estaban trabajando para la operación del gobierno imperial, que hace alrededor de una semana se hartaron y comenzaron a romper cosas. Desde entonces permanecen encerrados aquí.
-Ignoraba que los imperiales contrataran no humanos.
-Aparentemente, estos dos no tuvieron otra posibilidad -explicó Luke al tiempo que

escuchaba a Hin-. Los imperiales les caen tan mal como a nosotros. He intentado convencerlo de que no todos los humanos somos como los imperiales. Creo que lo he logrado.

-Eso espero -afirmó Leia y miró a los seres de músculos macizos y largos brazos.

-Hin y Kee son jóvenes, aproximadamente de nuestra edad y no tienen mucha experiencia en asuntos imperiales. Al firmar se metieron en... bueno, supongo que no se la puede llamar esclavitud, aunque servidumbre con contrato de aprendizaje es una expresión demasiado suave. Al final, cuando protestaron, un funcionario de la mina esgrimió un montón de documentos y se burló de ellos. Por ello cogieron sus herramientas y trataron de llenar la mina en vez de vaciarla. Según Hin, el único motivo por el cual Grammel no los liquidó inmediatamente es que cada uno realiza el trabajo de tres hombres y a que estaban desenfrenadamente borrachos. Es evidente que los yuzzem sufren prolongadas resacas -agregó innecesariamente-. Hin cree que los imperiales les darán otra oportunidad. Pero no está seguro de desearla. Están aquí porque no caben en las celdas normales. Acerqúese a saludarles -como la princesa titubeara, Luke se acercó a ella y murmuró-: No hay problema. Creo que podemos confiar en ellos. Pero será mejor que no les digamos quiénes somos.

La princesa asintió, se acercó y les ofreció la mano. Ésta desapareció dentro de una garra peluda. Hin le dedicó un parloteo.

-Lo mismo digo, estoy segura -afirmó y ganó confianza rápidamente.

Kee aulló y ambos humanos miraron al otro yuzzem que barbotó con Luke.

-Dice que durante la semana pasada alguien ha utilizado una perforadora minera sobre su cabeza.

Leia comenzó a alejarse y se aproximó a la única ventana. Desde allí se divisaba el panorama de las luces de la ciudad, oscurecidas por la bruma, y estaba cubierta por la misma configuración de barrotes gruesos situados en diagonal.

-Conozco a alguien a quien me gustaría darle una perforadora -murmuró desconsolada.

-Se refiere a Halla -declaró Luke-. No podía ni puede hacer nada por nosotros. Si yo estuviera en su situación, probablemente también huiría.

Leia sonrió encantadoramente y lo miró a los ojos.

-Luke, sabes que no es cierto. Eres demasiado leal y responsable para tu propio bien -volvió a contemplar los tejados de la ciudad lejana envueltos en la bruma-. Si no hubiésemos perdido el control de nosotros mismos delante de la taberna, no habríamos llamado la atención de los mineros. Y ahora no estaríamos aquí. La culpa es mía.

Luke apoyó una mano solidaria en su hombro.

-Vamos, Leia... princesa. Nadie tiene la culpa de este embrollo. Además, es divertido perder de vez en cuando el control.

Ella volvió a sonreír agradecida.

-Luke, te aseguro que la rebelión es afortunada al contar contigo. Eres un buen muchacho.

-Sí -desvió la mirada-. Suerte para la rebelión.

Había chachara al otro lado de la celda. Leia miró inquisitivamente a Luke.

-Kee dice que alguien se acerca -tradujo.

Junto con los dos yuzzem dirigieron su atención al pasillo. Las pisadas se acercaron rápidamente. Aparecieron varios soldados de las tropas de asalto, dirigidos por un

Grammel angustiado, que pareció relajarse al ver a sus presos.
-¿Vosotros dos estáis desarmados? -Luke asintió-. Bien -declaró Grammel notoriamente aliviado. Su mirada se dirigió a los yuzzem y retornó a Luke-. Veo que comparten cordialmente la celda... por ahora. Estoy satisfecho. Sospechaba que tendría que cambiarles, pero si los yuzzem soportan su presencia será mejor que se queden. Aquí estaréis más seguros. Sucede que alguien se ha interesado por vuestro caso.
Luke miró a la princesa sin comprender; ella le devolvió una mirada del mismo signo.
-Sí, apostaría a que uno de los intimidadores de Circarpo -afirmó Luke con absoluto descaro.
-No exactamente -otra de esas enigmáticas sonrisas a medias que congelaban el alma de Luke-. Un representante imperial vendrá a interrogarles personalmente. Para mí, eso es suficiente. Sé cuándo debo mantenerme al margen. Por ese motivo no estableceré contacto con nuestras fuentes en Circarpo hasta que él me diga que lo haga.
-Ah -fue todo lo que Luke pudo decir. Estaba satisfecho y preocupado a la vez; satisfecho porque, evidentemente, aún no comprobarían la historia de que eran delincuentes fugados de Circarpo y preocupado porque no lograba imaginar lo que Grammel pudiese haber comentado con otra persona para desconcertar a un representante imperial. ¿En qué punto cometieron un error y revelaron algo?- ¿Por qué un representante imperial se interesa tanto por nosotros? -preguntó en busca de información.
-Eso es lo que me gustaría saber -replicó Grammel-. Se acercó a los barrotes -. ¿Le molestaría decírmelo?
-No sé de qué me habla -respondió Luke y se alejó de los barrotes.
-Podría lograr que me lo dijera -Grammel se enfureció-, pero he recibido órdenes de... -tuvo que obligarse a abandonar los barrotes-, de dejarles tranquilos. No permitan que esto les dé confianza. Tengo la impresión de que ese representante, que es alguien muy importante, tiene planes personales respecto a ustedes, planes que serán más desagradables que cualquier cosa que yo, con mi sencillez, podría inventar.
-Usted o algún funcionario imperial -Luke se encogió de hombros y simuló la actitud indiferente del sabio de la calle-. A nosotros nos da lo mismo, siempre que no nos deporten a Circarpo. Me gustaría saber por qué han armado tanto alboroto por nosotros.
Grammel meneó lentamente la cabeza.
-No me impresionan. Desearía realmente que me dijeran quiénes son y a qué se debe todo esto -metió una mano en el bolsillo y sacó la cajita que contenía el fragmento del cristal Kaibur-. Pero supongo que no lo harán -concluyó con un suspiro y volvió a guardarse la caja en el bolsillo-. Puesto que ahora mis manos están atadas, no puedo obligarles como me gustaría. Debo reconocer que no llego a comprender lo que el gobernador Essada ve en ustedes.
-Un gobernador imperial... -Leia se agachó, retrocedió, respiró agitadamente y se llevó ambas manos al rostro. La transpiración brillaba en su frente.
Grammel la miraba con suma atención.
-Sí... ¿por qué le preocupa tanto? -bruscamente miró a Luke-. ¿Qué ocurre aquí?
Luke lo ignoró y se acercó a la princesa para consolarla.

-Tómelo con calma, Leía, quizá no signifique nada.
-Luke, los gobernadores imperiales no se interesan por los ladrones comunes -murmuró tensa. Algo le apretaba la garganta-. Volverán a interrogarme... como aquella vez... aquella vez.
Se alejó y se apoyó en la pared trasera de la celda.
Aquella vez en la Estrella de la Muerte. Unos gusanitos negros reptaban por su cerebro. Las exigencias de otro gobernador, el ya fallecido Moff Tarkin, y la máquina que se deslizaba en su celda de confinamiento. La implacable máquina negra, ilegal, confeccionada por retorcidos científicos imperiales que desafiaron todos los códigos, tanto legales como morales. Se situó por encima de ella y bajó, los miembros metálicos dispuestos a actuar eficazmente y sin emociones, en respuesta a una programación inhumana.
Gritaba, gritaba, gritaba para no detenerse más...
Algo la golpeó con fuerza. Parpadeó, giró y vio que Luke la observaba preocupado. Se deslizó hasta sentarse contra la pared. Hin se había acercado despacio. El macizo yuzzem de ojos negros se agachó solícito a su lado. Un largo brazo la tocó con curiosidad y el hocico prolongado flexible la olisqueó...
-Se recuperará, Hin -explicó Luke al extraño en su idioma, en tanto ayudaba a Leia a secarse las frías lágrimas-. Sólo se trata de la fama que el Imperio tiene en cuanto a su crueldad -respondió a Grammel. La explicación resultó poco convincente a sus propios oídos.
Grammel volvió a acercarse a los barrotes.
-A ella ya la sometieron a interrogatorio. Algo sabe -insistió agitado-. ¿Quién es ella? ¿Quiénes son? ¡Díganmelo! -golpeó los barrotes con el puño-. ¡Díganmelo! -luego adoptó un tono suave y zalamero-. Tal vez pueda interceder en su nombre ante quien quiera sea el representante imperial. Quiero obtener de esto lo más que pueda, ¿me oyen? Serán mi billete de salida de este mundo perdido. ¡ Quiero marcharme, quiero el ascenso que Essada me prometió y, si puedo conseguirlo, quiero más cosas! Díganme quiénes son y qué saben. Negociaré con ustedes. ¡Denme algo que pueda utilizar, información para no estar desarmado ante su inquisidor.
Luke dirigió a Grammel una mirada llena de compasión.
-¿Quiénes son? -gritó Grammel furioso ante su impotencia por no poder hacer nada salvo suplicar, actitud a la que no estaba acostumbrado-. ¿Por qué son tan importantes para él? ¡Díganmelo o haré desmembrar a la mujer ante sus ojos a pesar de lo que Essada ordenó! ¡ Hable, hable, hable... *ay*!
Una garra inmensa había atravesado los barrotes y cogido a Grammel del cuello... casi. El capitán-supervisor apenas logró librarse mediante un esfuerzo desesperado. Otra garra pasó después de la primera. Un soldado atento se había dejado caer sobre una rodilla y disparado su rifle. A pesar de que el disparo era para atontar, el rayo que alcanzó a Kee en un costado lo hizo trastabillar por el suelo. En la gruesa piel apareció una raya negra y chamuscada. Kee rodó, se tocó la zona quemada, jadeó suavemente y miró a través de los barrotes. Hin se acercó a su compañero herido, revisó la herida y miró acerbamente a Grammel. Luego se acercó a los barrotes.
Grammel permaneció fuera de su alcance, sin sonreír, mientras Hin se lanzaba sobre su cuello. Una mano inmensa se agitó a pocos centímetros mientras el capitán-supervisor se frotaba el cuello. El yuzzem agarró los barrotes, tiró en dirección

contraria, apretó y apretó.
El capitán-supervisor observaba con interés académico al tiempo que serenaba al suboficial que estaba a su lado.
-Ya no hay peligro, Puddra. No pueden romper los barrotes. Ni una docena de yuzzem podría hacerlo.
A pesar de su confianza pareció que Hin, en un esfuerzo supremo, logró doblar ligeramente uno de los barrotes. Después se quedó inmóvil y jadeó profundamente. Agarrado a los barrotes y tembloroso de ira, dirigió a Grammel una mirada de odio puro.
A su pesar, Grammel suspiró ligeramente.
-Como puede ver, es como le dije -comentó al suboficial.
-¿Se encuentra bien, capitán supervisor? -preguntó el hombre desde detrás de la armadura.
-Perfectamente, Puddra -aseguró al subordinado. Arrugó ostentosamente la nariz-. Desde luego, si exceptuamos el olor -se dirigió a Luke con amabilidad-: Ustedes deben de ser especiales. Todo el que puede soportar el olor de un yuzzem... -arrugó la cara y agitó la cabeza con desconcierto burlón-: Sobrevivir con semejante tufo durante algo más que unos minutos exige *alguna* cualidad especial.
Hin agradeció estas palabras aullando desenfrenadamente contra el capitán-supervisor.
-Adelante, enfurécete -Grammel se burló de Hin con ganas-. En cuanto logre convencer al director de la mina de que no merece la pena que vosotros dos seáis rehabilitados para el trabajo, yo mismo os desarmaré. Naturalmente, después de desodorizaros a fondo.
Giró para marcharse. Mientras lo hacía, Hin emitió un sonido extraño. Éste se vio acompañado por un potente *paf* que provenía del largo hocico. El enorme globo de saliva alcanzó a Grammel en la nuca, por encima del alto cuello del uniforme. El capitán-supervisor se limpió el escupitajo y lo miró malévolamente por encima del hombro.
-Vaya, caricatura de hombre. Será pronto, muy pronto, te lo prometo.
Dirigió un gesto brusco a la tropa y desaparecieron en masa pasillo arriba.
Hin se separó de los barrotes y retrocedió para observar a la princesa. Ésta se había desmayado y Luke la sostenía con un brazo. Se oyó un gruñido y Luke comentó con voz irónica:
-Sí, nuestro carcelero es un príncipe, ¿no?
A modo de respuesta, Hin cogió un cascajo del suelo. Lo hizo rodar entre dos largos dedos, lo pulverizó sin esfuerzo y dejó que el polvo cayera nuevamente al suelo.
-Hin, espero que un día puedas hacer eso con él -coincidió Luke mientras miraba al yuzzem-. Pero sospecho que por ahora nuestras posibilidades de salir de aquí, para no hablar de atrapar al capitán-supervisor, no son muchas.
Se oyó un gemido y la princesa se estiró hacia Luke. Él le cogió las manos y ella abrió los ojos sorprendida. Miró insegura a su alrededor y entonces notó que Hin la observaba curiosamente con sus enormes ojos.
-Lo siento, Luke -la ayudó a ponerse de pie-. La idea de volver a sufrir nuevamente un interrogatorio imperial... perdí el control.
-Es comprensible. No volverá a sufrir otra sesión. Me ocuparé de ello.
La princesa le sonrió. ¿Para qué destruir tanta confianza con simples datos?

Luke se había acercado a la única ventana existente y tiraba de los barrotes con intenciones exploratorias.

-Son tan sólidos como parecen -gruñó-. Por aquí no hay salida.

-Probablemente los yuzzem ya lo han probado -agregó razonablemente la princesa.

Un pequeño sector del muro de piedra se abrió y ella dio un salto. La carrera de ambos yuzzem hasta la pared relajó a Luke. Antes de que el panel de piedra volviera a deslizarse hasta su sitio, introdujeron en la celda unas bandejas metálicas lisas que contenían varios cuencos y platos de algo humeante..

Hin y Kee no dejaron dudas respecto al contenido de los platos. Cada uno cogió un cuenco y comenzó a engullir su contenido.

-Los modales de los yuzzem en la mesa no me parecen muy refinados -observó Luke-. Creo que, si queremos comer algo, tendremos que apresurarnos, pues de lo contrario no nos dejarán bocado.

Intercambiaron una mirada y analizaron el contenido de las dos bandejas restantes. Luke olisqueó el contenido de un cuenco, se encogió de hombros y probó una cucharada.

-Es una especie de cocido -afirmó-. No está mal como alimento para la cárcel.

-Recuerda que Grammel tiene órdenes de mantenernos sanos -agregó Leia-, hasta que llegue el representante del gobierno imperial.

Luke hizo una pausa entre un bocado y otro para comentar, esperanzado:

-Si llegamos a tener la posibilidades de escapar, al menos lo haremos con el estómago lleno.

Luke terminó la comida, se levantó y avanzó hasta los barrotes que cerraban la celda. Observó a través del pasillo el punto lejano en la pared de piedra donde estaba emplazado el mando de entrada a la celda. Leia lo observó serena.

Si pudieran alcanzar con algo el interruptor fotosensible encajado en la pared... meditó. Su mirada recorrió la celda. Las bandejas en que había llegado la comida eran de un metal liso y no maleable. Imposible unirlas. El resultado no serviría para llegar al distante interruptor. Y éste, evidentemente, se encontraba fuera del largo alcance de los dos yuzzem.

-Tenemos que apoyar una mano u otra cosa en ese interruptor -murmuró frustrado.

-U otra cosa, Luke, muchacho.

Todos se sorprendieron al oír esa voz inesperada, sobre todo los nerviosos yuzzem. Hin se lanzó hacia la ventana pero, afortunadamente, Luke llegó antes.

-No, Hin... es una amiga -el yuzzem habló atropelladamente y discutió con él, pero, al final, se apartó. Luke corrió hasta la abertura, se asió a los barrotes y se puso de puntillas para mirar hacia afuera. Un rostro arrugado y sonriente lo observaba con alegría-. ¡Halla! -exclamó casi a gritos-. ¡Al fin y al cabo, no nos olvidó! -intentó ver detrás de ella-. ¿Y Threepio y Artoo Detoo?

-Tus androides están bien, muchacho. En cuanto a mí, jamás olvido a un socio. Además, os necesito. Así que no os emocionéis. Es el cristal lo que busco -su sonrisa desapareció y lo miró con seriedad-. ¿Le dijiste a ese gusano de Grammel algo sobre mí?

-No -le aseguró Luke. Se oyó una tos y Luke reparó en que la princesa lo miraba-. Bueno, no exactamente -se corrigió-. Cree que *nosotros* intentábamos venderle a *usted*

el fragmento de cristal.
Halla rió entre dientes.
-Por eso no me cogieron para interrogarme. Grammel siempre interpretó mal las cosas. Supongo que se ha quedado con el fragmento.
-Lo siento -Luke parecía abatido-. No pudimos evitarlo.
-No te preocupes, muchacho. Pronto tendremos el cristal entero. En cuanto salgáis de aquí.
-¿Cómo lo haremos? ¿Tiene algo para volar la pared?
-Vamos, muchacho, sería una pérdida de tiempo. ¿Qué haríais, huir de aquí? -hizo una pausa al comprender-. Dime, apuesto que desde esta ventana no puedes ver hacia abajo, ¿no es así?
-No, sólo veo en línea recta -reconoció Luke.
-Muchacho, estoy en una saliente de aproximadamente diez centímetros de ancho, sobre una trinchera de cuarenta metros de profundidad. Del otro lado hay una barrera que detectaría cualquier arma de energía o explosivos que alguien intentara pasar. ¿O acaso creíste que me apretaba tanto contra la pared porque me gusta tu aliento?
-¡Halla, está loca! ¿Qué ocurrirá si resbala?
-Luke, muchacho, sólo un pequeño chapoteo. En cuanto a lo primero, puesto que todos parecen convencidos de que estoy loca, no veo nada malo en comportarme así. Sólo una vieja chalada como yo se deslizaría por esta saliente. Eso significa que vosotros no no podríais hacerlo. No, muchacho. La única salida de este lugar es desandar el camino por el que entrasteis.
Un gruñido poderoso y exuberante sonó a espaldas de Luke. Hin se acercó, apoyó una mano en el hombro de Luke y miró implorante a Halla. Luego Luke y él ejecutaron un rápido intercambio de gruñidos. Hin retrocedió hacia el interior de la celda y entabló un diálogo con Kee mientras Halla miraba indecisa.
-¿Qué significa todo eso? -preguntó Halla a Luke-. No entiendo ese parloteo de monigotes.
Luke hizo de intérprete:
-Hin ha dicho que si usted logra sacarnos de la celda, Kee y él se ocuparán de hacernos salir del edificio.
-¿Crees que pueden lograrlo? -preguntó Halla al tiempo que se mordía los labios.
Luke parecía confiar.
-No me gustaría apostar en contra de un par de yuzzem desesperados. Y hay algo más. Si los ayudamos a huir, nos ayudarán a buscar el cristal.
-Serían muy útiles -reconoció Halla de inmediato-. Puedo comprender el motivo por el que se sumarían a nosotros. En cuanto se fuguen de la cárcel, no habrá esperanzas de indulgencia por parte de Grammel.
-¿Cómo nos sacará de aquí?
Halla se acomodó en su precaria posición sobre la caída a pico y respondió con orgullo:
-Ya te dije que soy una maestra de la fuerza. Apártate, jovencito.
Como no sabía qué esperar, Luke obedeció. La princesa se cruzó de brazos y se mostró simultáneamente escéptica y preocupada.
Halla cerró los ojos y pareció entrar en una especie de trance. Luke sintió la agitación, supo que ella manipulaba la fuerza de un modo que él jamás lograría hacerlo.

No precisamente de un modo superior... sino... distinto. Su mayor preocupación consistía en que debido a la alteración de su estado ella podría perder el asidero en el exterior del templo. Pero permaneció allí como si estuviera congelada, con el ceño fruncido, concentrada.

Luke oyó un jadeo y giró para mirar hacia donde señalaba la princesa. Una de las bandejas metálicas de comida se había elevado y flotaba perezosamente en el aire. Comenzó a avanzar hacia los barrotes. Luke volvió a mirar a Halla. Se trataba de un simple truco de salón, pero de un truco que él jamás habría logrado repetir. La levitación no era un arte que él dominara con soltura. Pero parecía lo único que Halla era capaz de hacer. Recordó la coctelera de especias de la mesa de la taberna y contuvo la respiración.

Sudada y con el rostro contorsionado por el esfuerzo, Halla movió la bandeja. Ésta chocó contra los barrotes. Luke se estremeció y pensó que quizá fuera demasiado ancha para pasar a través de alguna de las aberturas. Pero la bandeja giró, se niveló con los barrotes y pasó con un chirrido apenas perceptible. Revoloteante, siguió deslizándose por el pasillo.

Halla apenas respiraba y todo su ser estaba consagrado al tremendo esfuerzo que realizaba. Luke vio que la bandeja caía, recuperaba su altura anterior y volvía a caer antes de proseguir pasillo arriba.

-Muchacho -llegó el eco de la voz de la anciana-, tienes que ayudarme. -Halla seguía con los ojos cerrados.

-No puedo, Halla -repuso tenso-. No sirvo para esto.

-Pues tendrás que hacerlo, muchacho. No podré resistir mucho más -mientras terminaba de hablar la bandeja cayó, produjo un repiqueteo al chocar contra el suelo y volvió a elevarse.

Luke cerró los ojos e intentó concentrarse únicamente en la bandeja, ignorar la celda, a la princesa, todas las cosas excepto ese plano flotante y chato de metal con forma. Una voz conocida pareció recordarle algo.

«No te esfuerces tanto, Luke», decía la voz. «Recuerda lo que te enseñé. Relájate, relájate, deja que la fuerza opere a través de ti. No intentes forzar a la fuerza.».

Luke intentó obedecer y dejó que otros pensamientos, unos pensamientos agradables, inundaran su mente. Por su ser fluyó un sentido de bienestar general y sonrió. La bandeja recuperó firmemente su altura anterior y continuó a paso rápido por el pasillo.

La princesa paseaba constantemente su mirada de Luke a Halla. La bandeja chocó contra la pared del pasillo y comenzó a rebotar a lo largo de ésta. Finalmente llegó al mando encajado en la pared, se apoyó contra ésta y cubrió el hueco. Se oyó un chasquido muy débil. En el centro de los barrotes de la celda apareció un elipsoide.

Halla emitió un prolongado y hondo suspiro, se tambaleó y estuvo a punto de caer. Se sujetó al mismo tiempo que la bandeja caía al suelo. Hin y Kee lanzaron una exclamación, al igual que la princesa.

Luke se inclinó hacia adelante y levantó bruscamente las cejas. Algo detuvo a la bandeja apenas a un centímetro del resistente suelo de piedra y la bajó suave y silenciosamente hasta éste.

Los dos yuzzem fueron los primeros en atravesar la brecha. La princesa los siguió inmediatamente. En cuanto pasó, giró y llamó a Luke:

-¿Qué esperas? ¡Vamos!
Pero Luke estaba junto a la ventana.
-¿Se encuentra bien, abuela?
-Me repondré -dijo Halla con gracia, mientras en su rostro todavía se notaban las huellas del esfuerzo-, si no me llamas abuela tan a menudo. Muchacho, sin tu ayuda no lo habría podido hacer. Tu dominio es bueno.
-No tan bueno como su guía -respondió él gentilmente-. Usted me enseñó el camino. Tuve suerte. He tenido buenos maestros.
Se estiró a través de las barras y le acarició la mano.
-Eres amable, Luke, muchacho. Cerca de aquí hay un enorme garaje y taller de mantenimiento de velocímetros terrestres. Al salir de este mausoleo, gira a la derecha hasta pasar algunas cooperativas administrativas prefabricadas. Continúa hasta encontrar un torrente adaptado. Gira nuevamente a la derecha y sigue el torrente. Pasarás junto a otros edificios mayores. Finalmente, llegarás al depósito. El garaje es la gran estructura situada a la izquierda. Te espero allí con los dos androides.
-¿Qué ocurrirá cuando lleguemos allí?
-¿Ocurrir? Muchacho, tendremos que robar un velocímetro terrestre o un gran reptador. ¿O crees que iremos andando hasta donde está el cristal? ¡En este planeta, no! Te espero allí.
-De acuerdo -respondió Luke.
-¡Date prisa, Luke! -gritó la princesa, que temía que en cualquier momento apareciera un pelotón de soldados.
Como Luke no respondió, Leia entró apresuradamente en la celda, lo cogió de un brazo y tiró de él. Luke salió voluntariamente, aunque todavía miraba hacia la ventana que Halla ya había abandonado.
Más adelante se oyó una tremenda conmoción, que hizo lanzar a Luke voces de preocupación.
-¿Qué ocurre? -preguntó la princesa e intentó ver al otro lado de los ángulos que aparecían ante ellos.
-Se trata de los yuzzem.
-Parece que se están divirtiendo -ironizó Leia después de que un estrépito especialmente violento retumbara por el pasillo.
-Deberíamos tratar de escabullimos en silencio.
-Que un yuzzem sea silencioso... si quieres, también puedes pedir un escuadrón de naves con alas en forma de Y -se burló ella. Cogió la bandeja, la pasó por la cerradura de la celda y después la deslizó hacia el interior-. Esto les obligará a pensar -anunció satisfecha-. No preocupará a Grammel, pero tal vez inquiete a algunos de sus soldados. Quiero que todo el que me persiga esté tan nervioso como sea posible.
Comenzaron a subir por el pasillo.
Hin y Kee esperaban en la segunda curva. El primero se encontraba encima de los cuerpos abatidos de tres soldados. Utilizaba un androide para golpear con él a un cuarto soldado. El androide que sostenía de una pierna se hacía papilla aproximadamente a la misma velocidad que el hombre.
Kee tenía en su poder un montón de armas que, evidentemente, había arrebatado a los soldados retirados del servicio activo. Luke cogió la pistola que le arrojaron y lo mismo hizo Leia, mientras los dos extraños seres se armaban a sí mismos.

Kee adoptó rápidamente una actitud de alerta, giró y se lanzó hacia una puerta alejada.

-¡No, ahora no! -protestó Luke. Se estiró y regresó con dos puñados de pelo castaño. Esto no pareció afectar en lo más mínimo al corpulento yuzzem-. Me lo temía.

Kee sólo tardó unos instantes en aplastar la puerta y entrar. Los demás le siguieron.

La gran sala era un centro de comunicaciones, probablemente el más importante de todo el complejo. Kee corría y disparaba a tontas y a locas con el rifle que sostenía en una mano maciza mientras utilizaba la otra para demoler tantos instrumentos como operarios, sin preocuparse de que el blanco fuera inorgánico o protestara.

Luke arremetió detrás de él y gritó en yuzzem:

-¡Kee, tenemos que salir de aquí! ¡Escúchame!

Fue inútil. El ser no estaba para escuchar razones. Luke abandonó la sala. Mientras lo hacía, un rayo de energía chocó contra la pared, encima de su cabeza. Se dejó caer sobre una rodilla, giró, disparó y abatió a un soldado imperial que se encontraba en un pasillo secundario. Leia alcanzó a otro en el estómago y el restante par corrió a protegerse al tiempo que disparaba.

-¡Luke, los soldados regulares comienzan a aparecer! -gritó-. No podemos seguir aquí... tenemos que salir.

-Ya me había dado cuenta -respondió Luke nerviosamente. Se pegó contra la pared y golpeó y empujó a Hin para llamar su atención-. ¡Vamos, Hin! ¡Para variar, usa la cabeza en lugar del trasero!

El corpulento yuzzem protestó peligrosamente. Luke no se intimidó.

-Sé que este lugar apesta. A mí también me gustaría volarlo y marcharme pero ocurre que nos superan numéricamente.

Hin mostró sus filosos caninos y cogió a Luke del cuello. El muchacho miró decididamente su semblante velludo. Bruscamente, la mano se retiró, Hin asintió lentamente y emitió un gruñido de disculpas.

-De acuerdo -Luke suspiró-. Ve a buscar a Kee. -Otro rayo quebró la piedra sobre sus cabezas y Luke giró para devolver la ráfaga. El pasillo comenzaba a llenarse de tropas imperiales de asalto. Luke retrocedió y gritó-: ¡Vamos, Leia!

La princesa corrió a reunirse con él mientras Luke la cubría. Luego ambos cubrieron la retirada de los yuzzem.

Mientras Kee salía de la sala de comunicaciones, una terrible explosión derribó el marco de la puerta a sus espaldas. El humo y las llamas salieron a borbotones del portal destrozado y le chamuscaron la piel trasera, pero eso contribuyó a cubrirlos de las tropas que se acercaban.

Hin tenía una sorpresa para Luke y se la ofreció esperanzado.

-¡Mi sable de luz! ¿Dónde lo encontraste?

El yuzzem explicó que el soldado que se había apropiado del sable ya no volvería a necesitarlo.

Luke acomodó nuevamente la reliquia familiar en su cinturón mientras los cuatro corrían hacia la fachada del edificio y dejaban a sus espaldas confusión y sangre por partes iguales...

CAPITULO VII

Grammel corría por el pasillo y varios soldados le pisaban los talones. El capitán-supervisor terminó de abrocharse los pantalones y gritó al grupo de soldados reunidos:

-Por las lunas dobles, ¿qué pasa aquí?

-¡Agáchese, agáchese, señor! -gritó frenéticamente uno de los suboficiales.

-¿Para qué, imbécil? -rugió Grammel-. ¿No comprendes que no les interesa matarte sino huir? -Sacó la pistola de la cartuchera y detuvo al sargento que estaba a su lado-. Entra ahí -ordenó al suboficial mientras señalaba la sala de comunicaciones con la pistola- y diles que cierren todas las salidas. Nadie entrará ni saldrá del complejo sin mi autorización personal.

-¡Sí, capitán-supervisor!

Mientras el sargento corría hacia la sala, Grammel condujo por el pasillo humeante al ahora numeroso grupo de soldados armados.

Poco después el sargento abandonó la sala y gritó que las comunicaciones estaban interrumpidas y que todos los que se encontraban dentro estaban muertos o agonizantes. Pero Grammel ya no podía oírle. El sargento corrió tras él.

Luke levantó una mano y los cuatro aspirantes a evadidos se detuvieron.

-Allí está la salida -les informó señalando un recodo.

Delante aparecían las puertas dobles transparentes que conducían al ahora atractivo terreno húmedo del exterior. Un soldado desarmado escribía en un escritorio situado a un lado de la puerta.

-Todavía no han hecho sonar la alarma -murmuró Luke.

-No tardarán mucho -declaró la avispada princesa-. No está solo -señaló a los dos guardianes que flanqueaban la salida.

Además de un par de fusiles pesados, cada guardián estaba armado con diversos artefactos.

Luke se apoyó contra la pared y se detuvo a pensar: les separaba de la puerta un buen trecho, y además en espacio abierto.

-Podríamos cubrir a los yuzzem -propuso la princesa-. Si pueden abatir al hombre del escritorio antes de que haga sonar la alarma...

-No -objetó Luke-. Es demasiado peligroso. Si los dos guardianes son buenos tiradores, Hin y Kee morirán. Pero si usted y yo dejamos las armas y simulamos que uno de los dos tiene dificultades... Bueno -agregó Luke pensativo-, podríamos armar alboroto, quizá lograr que uno o ambos se alejen de los botones de las alarmas...

Hin y Kee escucharon un minuto más la chachara de los dos humanos y luego cruzaron una mirada. Hin gruñó y Kee movió afirmativamente la cabeza.

Un chillido ensordecedor hizo que Luke y Leia dieran un salto. Los dos yuzzem agitaron sus brazos desgarbados, esgrimieron sus rifles como juguetes y arremetieron en el recodo como una avalancha informe.

La táctica carecía de refinamiento pero dio resultado. Los tres guardianes quedaron momentáneamente paralizados al ver a los dos gigantes que se abalanzaban sobre ellos. En el escritorio, el soldado uniformado apretó temblorosamente dos botones... pero ninguno de ellos era el adecuado.

Hin se ocupó del primer guardián antes de que éste pudiera levantar el arma pesada. El fusil se disparó y abrió un bostezante agujero en el suelo. Hin comenzó a

desmembrar al soldado sin molestarse en quitarle la armadura.

Kee cogió el escritorio y la consola de comunicaciones y la dejó caer sobre el aterrado soldado sentado detrás. El otro guardián logró levantar su arma pesada y apuntar al desbocado yuzzem más cercano.

-¡Kee, cuidado! -gritó Luke mientras Leia y él dejaban el recodo y cruzaban el hueco.

Un rayo de energía ionizó el aire encima del yuzzem y luego estalló en la pared más lejana. Luke derribó al guardián con una ráfaga de su pistola.

La princesa ya había llegado a la puerta doble y tiraba frenéticamente del picaporte manual.

-¡No sirve, Luke! Seguramente se pone en marcha por control remoto. Probablemente desde allí -señaló el escritorio destrozado.

Luke miró a su alrededor y comenzó a tocar el cuerpo del soldado al que había disparado. En la cintura del hombre había varias latas metálicas lisas del tamaño de una mano; las quitó cuidadosamente.

Hin decidió actuar por su cuenta y arrancó el casco al hombre que había matado. Se cubrió el puño con él y comenzó a golpear las puertas transparentes. A pesar de la inmensa fuerza del yuzzem el material de aspecto frágil se negó a ceder.

-No dará resultado, Hin -le informó Luke finalmente y se detuvo a su lado-. Material de seguridad... jamás lo atravesarías. Colócate detrás del recodo. Usted también, princesa.

Leia no discutió. Junto a los dos yuzzem, corrió a protegerse en el recodo desde el cual habían lanzado el ataque.

Luke giró el dial situado en la parte superior de la lata, giró el pequeño cilindro y ajustó un dial semejante situado en la parte inferior. Después de dejar la lata en la unión de las puertas dobles, corrió a reunirse con sus compañeros. Transcurrieron varios segundos.

La sacudida les produjo la sensación de que un rayo había caído detrás de ellos. En el recodo centelleó un fuego verde que se convirtió instantáneamente en un humo acre. Cuando atisbaron, descubrieron que ambas puertas y una parte de los cimientos del edificio habían desaparecido.

-Han mejorado esos artefactos -comentó Luke profesionalmente.

La princesa no esperó a que el humo desapareciera. Se dirigió vigorosamente hacia la libertad en medio de los cascajos humeantes. Hin y Kee la seguían a corta distancia.

Un disparo silbó por encima de la cabeza de Luke, que se agachó y titubeó. Leia había llegado al agujero donde antes se encontraba la puerta. Se detuvo, miró hacia atrás y agitó preocupada una mano.

-¡Vamos, Luke!

Pero Luke estaba ocupado. Arrodillado en el suelo mientras los rayos seguían pasando a su alrededor, activó las otras tres latas que había cogido. Un rayo de energía cayó peligrosamente cerca y le obligó a parpadear. Con toda rapidez hizo rodar cada lata pasillo abajó, se levantó y corrió como loco tras sus compañeros.

Grammel y el grupo de soldados frenaron sus pasos mientras las latas rodaban y rebotaban inocentemente hacia ellos. El pasillo quedó vacío con velocidad inhumana.

Luke atravesó el espacio de la puerta volada y contó para sus adentros. Al llegar a seis se echó al suelo y se cubrió la cara con ambos brazos. Tres explosiones titánicas

estallaron dentro del templo y arrojaron fragmentos *sibilantes* de metal moderno y piedra antigua por encima de su cabeza.

Cuando los escombros dejaron de caer, se puso de pie y siguió corriendo. Leia y los dos yuzzem abandonaron su escondite entre los árboles y se apresuraron a reunirse con él.

-Nada roto -les aseguró Luke en respuesta a una pregunta muda. Se quitó los restos de barro y polvo del mono-. Pero me siento sucio de la cabeza a los pies.

-Es extraño -agregó tensa la princesa-, pero así me sentía cada vez que Grammel me miraba -señaló a sus espaldas-. Ahora no nos perseguirán durante un par de minutos.

Luke se volvió. La entrada del templo se había derrumbado totalmente. Humo y llamas surgían de las grietas de las paredes y el tejado. Las sirenas y las alarmas comenzaban a sonar en la ciudad.

Al trote rápido y los yuzzem a la carrera para no quedar rezagados respecto a los humanos, se lanzaron en la dirección que Halla había indicado a Luke. Poco después encontraron el torrente y lo siguieron a toda velocidad. En pocos minutos alcanzaron el taller de mantenimiento, que era más grande e imponente de lo que Luke esperaba. Ya había oscurecido. El vasto y silencioso espacio abierto estaba atiborrado de enormes piezas de máquinas de minería y de transportadores portátiles en diversas etapas de reparación.

-No veo nada -susurró Luke.

A su lado, la princesa percibía el retorno de sus sospechas.

-¿Crees que se fue sin esperarnos?

Luke le dirigió una mirada molesta.

-Arriesgó su vida para sacarnos de la cárcel.

-Hasta los dementes pueden asustarse -fue la fría réplica de la princesa.

-Yo me asustaré si no salimos rápidamente de aquí -exclamó una voz que sorprendió a todos.

Halla surgió de las penumbras que cubrían un enorme cobertizo situado a la izquierda. Dos figuras, una humanoide y la otra no, la siguieron.

-¡Threepio...! ¡Artoo...!

-¡Amo Luke! -gritó Threepio-. Estábamos preocupados y temíamos que no pudieran escapar. ¡Aaah!

Threepio observaba las formas rechonchas y morrudas situadas detrás de Luke y la princesa.

-No te preocupes. Son Hin y Kee, un par de yuzzem. Son de los nuestros -Artoo lanzó un bip quejumbroso-. Ya sé que parecen feroces, Artoo, pero nos ayudaron a huir -un silbido de satisfacción.

Halla miraba a Luke con admiración.

-¿Qué hiciste, muchacho? -como añadida a su pregunta una ligera explosión sonó desde la dirección del cuartel general situado en el templo-. Parece que la mina misma está estallando.

-Simplemente, intenté retrasar un poco la persecución -explicó modestamente. Otro estallido hizo que todos se estremecieran reflexivamente. Una columna de llamas amarillas iluminó el cielo nocturno y atravesó la bruma-. Tal vez me excedí.

Halla los condujo al interior del cobertizo entre una larga fila de formas sólidas hasta llegar a un vehículo abierto montado sobre ruedas múltiples e hinchadas.

Subieron al aparato. Halla se acomodó tras los mandos.

-Al principio no sabía cómo lograría encender esta bestia -les explicó-. Tu amiguito se ocupó de resolverlo. Artoo, conecta el motor.

La achaparrada unidad de Detoo avanzó pesadamente. Extendió un brazo y colocó una pieza herramienta de sí mismo dentro de una ranura con clave y cerrada con llave. El motor rugió instantáneamente.

-A veces sirve para algo -se vio obligado a reconocer Threepio.

-¿Está segura de que podrá conducir un vehículo de este tamaño? -preguntó la princesa a Halla.

-No, pero puedo conducir cualquier cosa más pequeña y aprender con rapidez.

Halla tocó algo con el dedo y el reptador salió lanzado con una sorprendente aceleración para un vehículo tan voluminoso. Atravesaron bruscamente la entrada del cobertizo y estuvieron a punto de aplastar a varios mecánicos que se acercaban para investigar el ruido que el motor había producido. Los mecánicos se desbandaron y un hombre arrojó tras ellos su casco-gorra para expresar su malestar y frustración. Otros se apresuraron a informar a sus superiores.

Halla giró bruscamente el volante. Atravesaron una cerca de alambre. Poco después el terreno en pendiente se convirtió en pantano y selva. Situó al reptador de los pantanos sobre la ciénaga blanda y le hizo atravesar árboles y matorrales con implacable desconsideración por el hecho de si recorrían o no tierra sólida o turba sin fondo.

Después de rodar durante media hora en medio de una oscuridad total, únicamente interrumpida por los múltiples faros antiniebla del reptador, Luke apoyó una mano en el brazo de Halla.

-Creo que ahora podemos reducir la velocidad -dijo y contempló el camino que habían recorrido. Al menos suponía que era el camino que habían recorrido. Halla había hecho tantos giros y curvas frenéticas durante la desenfrenada huida que ya no estaba seguro.

-Sí, reduzcamos la velocidad -insistió la princesa-. Quizá Luke no dejó a nadie en condiciones de organizar una persecución inmediata.

Halla se apartó de los ojos un mechón de pelo gris y gradualmente puso el reptador en punto muerto. Utilizó una lámpara flexible situada en su lado de la cabina abierta del reptador y recorrió la bruma hasta una elevada mata de vegetación. Después de conducir el reptador hasta ella, apagó el motor y sólo dejó encendidas las luces interiores de la cabina.

-¡Ya está! -exclamó cansada, recostándose en el asiento del conductor-. Aunque estuvieran detrás de nosotros, hecho por el que apuesto en contra, las pasarían negras para encontrarnos aquí.

Las luces de la cabina brillaban misteriosamente en medio de la bruma suave y arremolinada.

Un parloteo quejumbroso sonó tras ellos.

-Kee pregunta si hay algo de comer -tradujo Luke. Un segundo gruñido-. Hin pregunta lo mismo.

-Jamás oí hablar de un yuzzem que no estuviera siempre hambriento -contestó Halla. Giró en el asiento y señaló la parte de atrás del roptador-. Allí hay un enorme armario de almacenamiento. Está lleno de raciones -se dio el lujo de exhibir una sonrisa presuntuosa-. Registré el taller a fondo antes de escoger este rompebarros. Los

motores están cargados a tope y podremos usarlos durante varias semanas. A bordo hay comida y equipo de sobra. El agua nunca ha sido un problema en Mimban siempre que te ocupes de matar las cosas que viven en ella antes de bebería.

-Estoy impresionada -reconoció la princesa-. ¿Cómo es posible que alguien como usted... quiero decir alguien no autorizado... lograra organizar el secuestro de un vehículo totalmente equipado y costoso como este reptador?

-Ciertamente, sois forasteros aquí -comentó Halla-. Aquí nada que sea mayor que un maletín personal está bajo vigilancia. No hay donde huir con algo grande. El único modo de salir del planeta es bajo la supervisión imperial y ellos controlan todo lo que aterriza y, sobre todo, todo lo que sale. Cualquiera podría conseguir un reptador como éste o un camión. ¡ Pero tratad de robar la pieza de una taladradora! No, el ladrón sólo puede huir hacia un único sitio, es decir a una de las cinco ciudades mineras... y caer en manos de Grammel.

La princesa hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

-Tengo hambre. ¿Y tú, Luke?

-Yo también -mientras la princesa se dedicaba a buscar algo para comer, Luke se dirigió a Halla-: ¿Cuánto tiempo calcula que tardaremos en llegar al templo donde se supone que está el cristal?

-Según lo que me dijo el nativo... Ah, será mejor que lo veas.

Se llevó la mano al seno y sacó un estuche pequeño. Estaba lleno de papeles. Los revolvió, escogió uno y lo desplegó ante Luke.

Este estudió el dibujo bajo la pálida luz de los iluminadores del tablero de mandos del reptador.

-No veo nada.

-No soy una artista -protestó ella- y el nativo tampoco lo era.

-No, no lo es -Luke observó a la enigmática anciana en medio de la bruma-. Halla, ¿qué es usted?

Esbozó una sonrisa que mostraba los dientes.

-Soy ambiciosa, muchacho. Con eso basta -cogió el mapa, observó algunos instrumentos del tablero y luego señaló en la oscuridad-. El viaje en reptador durará de una semana a diez días de tiempo local.

-¿Eso es todo? -preguntó Luke sorprendido-. ¿Está tan cerca de la mina? Yo diría que una nave descendente podría divisar el templo fácilmente.

-Aunque lo lograra en medio de esta sopa, no le atraería dirigirse al emplazamiento -respondió Halla-. Probablemente existen un centenar de templos en la vecindad inmediata de las ciudades mineras y también hay otros diseminados por la selva cercana.

¿Para qué interesarse por éste? Además, mil hombres podrían estar a cinco metros de un templo y pasarlo totalmente por alto.

-Comprendo -Luke se echó hacia atrás y meditó-. ¿Qué clase de lugar es? ¿Se parece al templo que la gente de Grammel utilizaba como cuartel general?

-Eso nadie lo sabe, ni siquiera los nativos. Ningún humano ha visto jamás el templo de Pomojema. Recuerda que los nativos que construyeron los templos adoraban a miles de dioses y de deidades. Cada uno contaba con su santuario. A pesar de que no están clasificados ni nada por el estilo, según los archivos que logré ver, Pomojema era un dios secundario, aunque se suponía que era capaz de otorgar a sus sacerdotes la

capacidad de realizar actos milagrosos. Curar a los enfermos y cosas semejantes. Naturalmente, se supone que la mitad de los dioses mimbanitas eran capaces de realizar milagros. Nadie quiere que el dios de su vecino sea más famoso que el propio. Pero en lo que respecta a Pomojema, estas leyendas podrían contener un fondo de verdad. El cristal Kaibur podría constituir la base de esas historias.

-Si ese Essada del que habló Grammel se apodera de él, se convertirá en una fuerza para la destrucción, no para curar enfermedades -murmuró Luke desconsolado.

Halla frunció el ceño.

-¿Essada? ¿Quién es Essada? -su mirada paseó de Luke a la princesa-. ¿Acaso hay algo que no me habéis dicho?

-El gobernador Essada -dijo la princesa y se movió incómoda al mencionar el nombre.

-¿Un gobernador? ¿Un gobernador imperial? -Halla se alteraba visiblemente. Luke asintió con la cabeza-. ¿Os persigue un gobernador imperial? -otra señal de asentimiento. Halla giró en el asiento y encendió el motor del reptor-. ¡Muchacho, queda anulada la expedición! ¡Se acabó! He oído decir que los gobernadores pueden ordenar la ejecución de los ciudadanos comunes. No quiero saber nada de nada en estas condiciones.

-¡Deténgase Halla! ¡Deténgase! -Luke forcejeaba con ella para tomar los mandos. Su fuerza superior prevaleció y apagó el motor-. Artoo, no vuelvas a encenderlo a menos que *yo* te autorice -se oyó un bip de respuesta.

Halla cedió y hundió cansadamente los hombros.

-Déjalo en paz, muchacho. Soy una anciana, pero todavía me queda algo de vida. Y no quiero desperdiciarla. Ni siquiera ante la posibilidad de hacerme con el cristal.

-Halla, tenemos que encontrar el cristal y tenemos que hacerlo antes de que Grammel nos atrape o antes de que este gobernador o sus representantes lleguen a Mimban.

-Grammel -murmuró maliciosamente-. Debió de reconocer la importancia que tiene el fragmento que te quitó. Seguramente lo comunicó a Essada.

-Así es -reconoció Luke-, pero no estoy tan seguro de que él o Essada hayan comprendido cuál es el valor del cristal. No podemos correr ese riesgo. Tenemos que ser los primeros en encontrarlo porque si nos capturan se enterarán por nosotros... por más que intentemos guardar el secreto.

-Tienes razón -aceptó Halla.

-Y si no podemos escapar con el cristal -prosiguió Luke implacablemente-, tendremos que destruirlo. No podemos permitir que quede en manos de los imperiales.

-Siete años, muchacho, siete años -murmuró Halla-. No puedo prometerte que, si lo encontramos, esté dispuesta a hacerlo polvo.

-De acuerdo -dijo Luke-. Digamos que, por el momento, no nos preocuparemos de eso. Lo único importante es encontrarlo antes de que Grammel nos encuentre a nosotros.

-De una semana a diez días -repitió la anciana-. Siempre que el terreno no esté excesivamente intransitable ni surjan problemas con los locales.

-¿Qué locales? -la princesa no estaba impresionada-. ¿Se refiere a esos seres lamentables que vimos reptar y suplicar un trago en la ciudad?

-Algunas de las razas nativas de Mimban no están degradadas por el contacto con los seres humanos -les explicó Halla-. No están tan degradados como los verdegayes. Algunos

pueden luchar y lo harán. Recordad que, en realidad, este mundo está muy poco explorado. Nadie sabe con demasiada certeza qué hay allí -señaló hacia la noche-, más allá del contorno inmediato de las ciudades mineras. Ni los arqueólogos ni los antropólogos... nadie. Muchacha, junto a las ciudades se han producido suficientes descubrimientos para tener totalmente ocupada a la pequeña estación científica. No tienen tiempo ni necesidad de meterse en este estiércol para buscar ejemplares. Sobre todo porque los ejemplares van a las ciudades. Pasaremos por sitios por los que nadie ha tenido motivos para pasar con anterioridad y probablemente encontraremos cosas con las que nadie antes se ha topado. Éste es un mundo próspero y sano. Nosotros somos una buena ración de carne. He visto representaciones de algunos de los carnívoros de Mimban. Los métodos de ingestión descritos no son más bonitos que ellos -se dirigió a Luke-. Muchacho, mira debajo del asiento.

Luke obedeció y encontró un compartimiento que contenía dos fusiles barreneros y cuatro pistolas.

-Todas las armas están cargadas -le explicó-, que es más de lo que tú puedes decir respecto a las armas con que os fugasteis.

Luke cogió los dos fusiles y se los pasó a los yuzzem, que podrían manejar fácilmente esas armas voluminosas. Después entregó una pistola a Leia, dio otra a Halla y se guardó una tercera. Dejó la última dentro del compartimiento.

Hin comenzó a observar de modo experimental el fusil. En ese modelo, el guardamonte se encontraba junto al gatillo propiamente dicho. Demasiado cerca para el dedo gordo de un yuzzem. Hin utilizó ambas manos y apretó de cierto modo. Después de que el guardamonte saltara, lo puso a un costado y tocó el gatillo con satisfacción.

Luke apuntó con su pistola a un matorral cercano. La presión en el botón de disparo y un breve resplandor de luz intensa disolvieron la mata. Satisfecho con la nueva arma, le echó el cerrojo y la acomodó en su cinturón.

Le quedaba algo más por hacer. Cogió la pistola que había traído de la cárcel y abrió la culata. Pasó el mando terminal de *Apuntar* a *Carga* y encajó las terminales que hacían juego en el mango de su sable de luz.

Se recostó y observó en silencio la bruma, mientras la vieja arma de su padre absorbía energía...

CAPITULO VIII

Después de reemplazar la médula, la doctora cerró con calor el hueso y luego plegó músculo, carne y piel a su alrededor para reformarlo. Un rubor epidérmico puso fin a la intervención quirúrgica y aseguró que la nueva piel sería asimilada y no caería en trozos y escamas en un futuro próximo.

Aunque potente, comenzaba a ceder el efecto del anestésico local que la doctora había utilizado. El capitán-supervisor Grammel todavía no sentía sensaciones en el brazo derecho pero podía verlo. Utilizó la mano izquierda para acercar el miembro reconstruido a la luz y lo giró para observar el anverso.

Intentó flexionar a modo de prueba los dedos. Aunque ligeramente, reaccionaron.

-No se ha producido un daño nervioso permanente -informó la doctora mientras

Grammel abandonaba la cabina quirúrgica de la enfermería. El capitán-supervisor siguió estudiando su brazo-. Fue fácil reacomodar los nervios y el hueso soldó sin dificultades. Su brazo es ahora tan bueno como uno nuevo. Dentro de cinco días tendrá las sensaciones específicas y actuará como corresponde a un brazo normal. Algo más -el capitán-supervisor la miró-. Nunca volverá a sudar por ese brazo -mientras arreglaba el instrumental la doctora continuó con amabilidad-: Si algo más que el antebrazo hubiese quedado destruido... supongamos que toda la mitad superior de su lado derecho... habríamos tenido que equiparlo, como mínimo, con una serie de transpiradores artificiales. Pero como la reconstrucción radical se limita a su antebrazo derecho, su cuerpo compensará fácilmente la zona perdida -estiró una mano exploratoria y tocó el lado derecho de la cara de Grammel-. ¿Qué tal va su audición de este lado?

-Es la que le corresponde -respondió Grammel secamente-. Doctora, es usted una mecánica eficaz. Me ocuparé de que la recompensen adecuadamente.

-Hay un modo de hacerlo.

-¿Qué le gustaría?

Se quitó la bata manchada y volvió a acomodar cuidadosamente el instrumental en los botiquines correspondientes. Era una mujer mayor y su vista y oídos no eran los de tiempo atrás. Ciertamente, no eran tan buenos como los del capitán-supervisor Grammel, ni siquiera teniendo en cuenta el nuevo tímpano que había instaurado en el oído reconstruido.

Era una mujer desdichada que había permitido que el Imperio aprovechara su modesto talento. Esto ocurría con frecuencia con las personas a las que no les importaba demasiado vivir o morir. Ella había dejado de preocuparse desde que un joven determinado pereciera, hacía cerca de cuarenta años, en un violento choque de velocímetros terrestres. El Imperio intervino y le ofreció, si no exactamente un motivo para vivir, algo útil que hacer en lugar de morir.

La doctora le miró de soslayo.

-No ejecute a los seis soldados. Los pertenecientes al destacamento posterior de contención.

-Es una sorprendente demanda de recompensa -musitó Grammel-. No -agregó sombríamente al ver la expresión del rostro de la doctora-, supongo que no. No lo es si viene de usted. Tengo que negarme.

Grammel pasó una mano por la oscura sutura que iba desde la parte superior de su cráneo parcialmente afectado hasta su oído reconstruido y desaparecía como un sedal en la mandíbula inferior. A lo largo de esa línea había implantado un puente orgánico: mantendría la mandíbula en su sitio y permitiría que funcionara con normalidad hasta que este lado de la cara soldara correctamente. Cuando el proceso de curación se completara, su organismo absorbería la sutura.

-Son incompetentes -concluyó.

-Desafortunados -aseguró firmemente la doctora.

Era prácticamente la única persona de Mimban que se atrevía a discutir con el capitán-supervisor. En general, los médicos pueden darse el lujo de ser independientes. Aquellos que podrían sentir la tentación de discrepar con ellos nunca saben cuándo necesitarán de sus servicios. Para Grammel, una mínima discrepancia era un seguro peligroso contra un desliz accidental del soldador óseo.

Se apartó de ella y se miró en el espejo.

-Seis idiotas. Permitieron que los prisioneros huyeran.

Como de costumbre, la doctora ni siquiera podía imaginar los pensamientos de Grammel. Probablemente en ese momento admiraba la cicatriz que corría paralelamente a la sutura que ella había practicado. La mayoría de los hombres la habrían considerado horrible. Pero el sentido de la estética de Grammel difería del de los demás.

-Es difícil luchar con una combinación de dos yuzzem con ayuda humana -le recordó la doctora-. Sobre todo si contaron con ayuda desde el exterior.

Grammel se volvió hacia ella.

-Eso es lo que me preocupa. Debieron de contar con esa ayuda. La fuga fue demasiado audaz, demasiado ordenada para que ocurriera de otro modo. Sobre todo porque se trataba de un par de desconocidos. Todavía no me ha dado un motivo legítimo para anular la ejecución de los seis soldados.

-Dos de ellos han quedado lisiados para siempre -agregó- y los demás tienen diversas cicatrices que superan mi capacidad de reparación. Capitán-supervisor, sus recursos aquí no son en modo alguno ilimitados. Si se propone investigar la región que rodea las ciudades necesitará todos los hombres capaces de caminar que consiga. Además, la compasión logra que los hombres trabajen con más ahínco que el temor.

-Doctora, es usted una romántica -replicó Grammel-. A pesar de ello, su evaluación de mis recursos es exacta -se volvió para abandonar la sala.

-Entonces, ¿anulará esas órdenes de ejecución? -inquirió a sus espaldas.

-No tengo otra alternativa -reconoció-. Uno no puede discutir con cifras -cerró suavemente la puerta al salir.

La doctora regresó satisfecha a su blanco santuario. Su tarea consistía en salvar vidas. Siempre que podía hacerlo en un situación en que intervenía Grammel, experimentaba un verdadero sentimiento del deber cumplido...

Pasaron los días: cuatro, cinco, seis...

En la mañana del séptimo día, Luke pasó al asiento junto a Halla. La anciana insistió en cumplir su turno tras los mandos y ni Luke ni la princesa lograron persuadirla de lo contrario.

-Usted dijo siete días -comentó Luke serenamente.

-A diez -especificó afablemente y siguió concentrada en el terreno que se extendía delante.

Intentaba dar la impresión de que la edad había agudizado y no debilitado su capacidad de penetrar la bruma.

Cerca de ellos se elevaban grandes árboles con ramas curvadas hacia abajo. Halla logró trazar una senda sinuosa alrededor de los gruesos troncos.

Leia descansaba detrás de ellos en uno de los asientos acolchados que repelían el agua; mordisqueaba un trozo rectangular de fruta que había encontrado en uno de los armarios de alimentos. La fruta brillaba en medio de la pálida luz diurna. Había sido tratada con un conservador rápido que le daba un lustre parecido al de la miel.

-¿Está segura de que avanzamos en la dirección correcta?

-Ah, muchacha, no hay error -aseguró Halla-. Pero la distancia no es segura. Los verdegayes saben decirte lo que quieres oír. Quizá el que parloteó conmigo sentía que si me decía que el templo de Pomojema se encontraba a un mes de viaje en lugar de una semana, yo no le daría el frasco de metanol.

-Quizá le dijo que había un templo por la misma razón -sugirió la princesa-. Tal vez el templo no existe.

-Tenemos como prueba el fragmento de cristal -intervino Luke-. Al menos, lo teníamos -se mostró abatido.

-Vamos, Luke, muchacho -le consoló Halla-. Como has dicho, no podías hacer nada.

-Luke, ¿estás seguro de las propiedades del cristal? -preguntó sin convicción la princesa.

Luke asintió lentamente con la cabeza.

-No podía cometer un error. La agitación que se produjo en mi interior cuando lo toqué... sólo la he sentido en presencia de Obi-wan Kenobi -miró el húmedo paisaje-. Es extraño, como si las olas estallaran en tu cabeza, a través del cuerpo.

-Bueno, entonces el cristal tiene prioridad -dijo Leia, girando para mirar a Halla-. Pero después tenemos que salir de este planeta. Halla, si nos ayuda, la Alianza le concederá la recompensa que quiera.

-Ah, puedes contar con eso -afirmó-. Haré todo lo que pueda por vosotros dos -oyó un bip de Artoo y agregó-: Disculpadme, por vosotros cuatro. Pero no quiero tener nada que ver con los rebeldes. No soy una forajida.

-¡Nosotros tampoco somos forajidos! -exclamó Leia ultrajada-. Somos revolucionarios y reformistas.

-Entonces forajidos políticos -insistió Halla.

-Es el Imperio todo el que está repleto de forajidos.

La anciana sonrió a Leia con expresión arrugada por los años.

-Muchacha, no soy filósofa y hace cuarenta años que perdí toda vocación de mártir que alguna vez haya podido tener.

-Vamos, vamos -intervino Luke incómodo.

-Luke, ¿crees que tiene razón? -preguntó serenamente la princesa.

-Leia, yo...

-¿Qué dices, muchacho? -Halla le miraba expectante.

Se salvó de responder cuando una brusca sacudida los arrojó a todos hacia el costado izquierdo del reptador. Halla reaccionó con rapidez y puso en marcha atrás las seis ruedas. Luke se asomó y pasó un mal momento cuando vio que la rueda balón delantera se hundía en algo que tenía la consistencia de una papilla aguada.

Pero el reptador estaba bien diseñado. La tracción múltiple y el potente motor les permitieron salir. Halla se agachó sobre la rueda durante un minuto y luego observó el terreno que se abría delante. Entre los manchones de lodo traicionero aparecía una parcela más clara. El reptador avanzó una vez más y se situó sobre terreno más firme.

-En Mimban hay que estar atento en todo momento -declaró Halla-. Es un mundo delirante, donde el terreno es el enemigo más incierto.

Como en respuesta a sus palabras, el terreno tembló bajo ellos. Luke frunció el ceño y miró por el costado.

-¿Es estable esta región? -preguntó inquieta la princesa.

-Primero quieres que sea filósofa y ahora sismóloga -dijo Halla con humor-. ¿Estable? Sabes tanto como yo, niña. En los alrededores no hay volcanes, pero... -quedó inmóvil y apenas conservó la sensatez necesaria para retener el reptador.

-Sabía que *temblor* no era la palabra adecuada. -afirmó Luke.

La senda firme y sinuosa que recorrían se había elevado bruscamente delante de

ellos, girado sobre sí misma y ahora los observaba burlonamente.
-¡Que la fuerza nos mantenga vivos! -gritó Halla mientras hacía girar el reptador sobre su rueda global central y deshacían a alta velocidad el camino que habían recorrido.
El terreno seguía girando y persiguiéndolos.
De color crema claro y con rayas marrones, el coloso no poseía nada semejante a un ojo normal. El extremo romo que se encorvaba hacia ellos mostraba una veintena de puntos negros y opacos espaciados, al azar, parecidos a los ojos de una araña.
El otro único rasgo reconocible era un accidentado desgarrón que aparecía debajo de las esferas negras. En ese momento se abrió y mostró unos dientes negros como azabache situados en círculos concéntricos, dientes que bordeaban una garganta interminable.
Los yuzzem parloteaban desenfrenadamente y disparaban contra la enorme masa, con tan poca puntería como eficacia. Los disparos dejaban delgadas rayas negras en la carne de aspecto anémico, pero no penetraban lo suficiente para provocar una auténtica destrucción. Luke había cogido la pistola y disparaba, al igual que la princesa. Los rayos rebotaban inofensivamente en la espalda, en los flancos o en las placas corporales inferiores. Threepio y Artoo se agarraban desesperadamente al todo terreno.
-¡Una errandela! -chillaba Halla-. ¡Es una errandela! Estamos perdidos.
La enorme cabeza roma todavía avanzaba pesadamente hacia ellos. Ahora recorrían terreno firme y no por la espalda del monstruo. Pero el reptador de los pantanos no era eficaz por su velocidad, sino por su fuerza y estabilidad.
Ramas y árboles enteros se separaban del suelo mientras la cabeza tanteante se curvaba tras ellos, seguida por la enorme cola blanca del cuerpo colosal de la errandela. Por debajo de las inmensas placas corporales surgían ruidos de absorción mientras el ser saltaba tras ellos. Avanzaba con lentitud, pero cada vez que se movía recorría varios metros. Lo hacía en una inexorable línea recta, en tanto el reptador tenía que esquivar árboles e insondables charcas de cieno. Se acercó tanto que Luke y los demás se reunieron desesperados en la parte delantera del reptador.
-¡Apuntad a los puntos-ojos! -ordenó Luke.
Todos acataron la orden y los disparos resultaron más eficaces. Varios rayos alcanzaron a un par de círculos negros y los chamuscaron profundamente. Un ruido seco surgió de las entrañas del ser, un trueno persistente y gimiente. Era en parte confusión y en parte dolor apenas comprendido.
Evidentemente, el sistema nervioso de la errandela era demasiado primitivo para que el fuego de energía lo neutralizara en un instante o estaba demasiado parejamente distribuido en su masa y, en consecuencia, carecía de centros vitales.
Elevó diez metros de su extremo delantero y los hundió como un enorme árbol blanco que cae en cámará lenta. Halla intentó esquivarlo, pero el reptador se encontró con un grueso tocón putrefacto. La primera rueda pasó por encima con una sacudida que hizo que todos cayeran al suelo de la cabina del reptador, pero la segunda se enganchó. Quedaron colgados, con el tocón sujetando el reptador entre el primer y el segundo eje mientras ese torso de pesadilla se abalanzaba sobre ellos.
Las fauces negras se abrieron, mordieron y agarraron la parte trasera del reptador. Su asidero era devastadoramente firme para un ser de aspecto tan correoso. Nadie tuvo que dar la orden de abandonar el vehículo: lo habían comprendido instantáneamente.
Kee fue el último en bajar y se demoró para lanzar un último disparo en la

garganta parcialmente abierta. Apenas logró saltar mientras el reptador se elevaba por el aire. Pero sus brazos extralargos le permitieron retroceder sano y salvo.

Luego buscaron frenéticamente un escondite que no existía. Ni montañas que trepar ni cavernas en las colinas; tenían que ser prudentes porque de lo contrario el terreno aparentemente sólido los devoraría con la misma eficacia que el gusano que tenían detrás.

Hasta ellos llegaron unos ruidos de algo que se derrumba. Luke miró por encima del hombro mientras corría y vio que la errandela se zampaba el reptador de los pantanos como si se tratara de un bocado elegido y arrancado de un árbol. No pasó por alto la analogía. Si uno de ellos intentaba subir a un árbol para protegerse, sufriría el mismo destino que el desdichado reptador.

La única posibilidad que tenían consistía en encontrar *algún* tipo de escondite, desaparecer de la vista y rezar para que el sentido del olfato de la amenaza acechante no fuera equiparable a sus dimensiones.

Probablemente el ser pertenecía a una especie tan primitiva que consideraría que si la presa desaparecía de su vista, ya no existía. Cabía esperar que el monstruo poco inteligente interpretara su ausencia como inexistencia: los olvidaría; ojos que no ven corazón que no siente.

-¡Por aquí! - decidió Luke repentinamente. Giró y corrió hacia la izquierda.

Leia lo siguió. Ligeramente adelantada y flanqueada por los dos yuzzem, Halla no lo oyó. Ella y los dos extraños corpulentos continuaron por el mismo camino.

Transcurrieron varios minutos hasta que Halla, cansada, interrumpió la marcha y se le ocurrió mirar hacia atrás. Sólo divisó el convoy fosforescente del pálido gusano que se deslizaba en medio de la bruma a considerable distancia.

Se detuvo y aconsejó a los dos yuzzem que hicieran lo mismo.

-Se ha marchado en otra dirección -exclamó.

Hin, que jadeaba como un motor, hizo un gesto aprobatorio. El trío atisbó la bruma que los rodeaba.

-Luke, muchacho, niño -gritó la anciana-, ya puedes salir. Ha dejado de seguirnos -los sonidos de la bruma y las miradas furtivas del monte bajo respondieron estúpidamente-. Vamos, Luke, muchacho -agregó y comenzó a sentirse algo nerviosa-, no juegues así con la vieja Halla.

Kee intentó cooperar y lanzó un grito estentóreo. Halla tuvo que saltar para cubrirle la boca con una mano, luego se tapó la propia, meneó la cabeza y señaló el último fragmento de errandela que desaparecía entre la vegetación a no demasiada distancia. Kee asintió al comprender y gritó con más suavidad a través del hocico para llamar a sus compañeros desaparecidos. Artoo silbaba apesadumbrado.

-Luke -repitió Halla preocupada.

Los tres comenzaron a revisar la maleza que los rodeaba. Cuando después de transcurridos algunos minutos no encontraron la menor huella de la princesa o de Luke, Halla se reunió con los dos yuzzem y analizó el camino que habían tomado.

-No creo que los haya cogido... todavía no. Estaban detrás de nosotros.

Halla giró y comenzaron a desandar el camino con la esperanza de que Luke y Leia hubieran logrado eludir a la bestia.

-Tal vez estén ocultos debajo de un árbol -aventuró Threepio esperanzado.

Ninguna de las hipótesis era correcta. Luke y la princesa no habían sido devorados,

pero tampoco habían logrado eludir al torpe perseguidor. Mientras abandonaban el reptador, la errandela siguió sin emoción su movimientos. Como el destrozado vehículo de los pantanos resultó poco apetitoso, el leviatán se dirigió hacia una presa más pequeña y, según esperaba, más nutritiva.

Pero su alimento se había dividido misteriosamente en dos partes. Según el razonamiento primitivo de la errandela, el más cercano era el más sabroso. Ignoró a Halla y a los demás y viró para seguir a Luke y a Leia.

-Sigue detrás de nosotros -comentó Luke, que respiraba con dificultad.

Un sólido círculo decorado con puntos negros rebotaba en la ciénaga y el monte bajo tras ellos. Leia tropezó con una raíz nudosa y Luke se apresuró a ayudarla.

-No sé... cuánto tiempo más podré... resistir, Luke.

-Yo tampoco -confesó él agotado, y su frenética mirada buscó un sitio, cualquier lugar, donde ocultarse.

-¿Y si subimos a un árbol?

-Ya lo pensé -dijo Luke mientras seguían huyendo con dificultad-. Esa cosa podría cogernos del árbol más grande que hay por aquí o aplastarlo.

-Se acerca -informó Leia mirando hacia atrás. Su voz comenzaba a temblar.

Luke bizqueó y vio algo que parecía una línea regular de piedras.

-Por aquí -la apremió.

Corrieron a trompicones hasta alcanzar algo que resultó ser una construcción artificial y no una formación natural. Cada piedra tenía forma hexagonal y encajaba con las contiguas sin cemento o masilla en las uniones. Encima del muro circular aparecía un extraño trípode de madera y enredaderas trenzadas, adornado con pintura o tinturas.

-Parece una cisterna ceremonial -conjeturó la princesa mientras recorrían los últimos metros que los separaban de ella-. Quizá contiene agua para la estación seca -miró hacia atrás.

El impío horror pálido avanzaba implacablemente hacia ellos.

Luke comenzó a apoyar un pie sobre el muro pero al mismo tiempo miró al otro lado y retrocedió aterrorizado. El muro de piedra rodeaba un foso de nueve o diez metros de ancho. Aunque allí la luz del sol no era penetrante, pues la bruma y la lluvia la filtraban, bastaba para mostrar que el abismo que se abría a sus pies era terriblemente profundo.

La princesa también lo vio y contuvo la respiración.

-Luke, no podemos...

Pero él corría por el borde del abismo y la llamaba:

-¡Por aquí, Leia!

Se apresuró a reunirse con él.

-Luke, no podemos permanecer aquí...

El muchacho meneó la cabeza y señaló algo sitúado en el interior del muro. Leia se asomó y descubrió la causa de su agitación.

Estaban en un sitio donde el muro había sido cortado. Un pórtico cubierto por unos extraños e indescifrables garabatos enmarcaba la parte sin piedra. Dos enredaderas estaban sujetas a las pequeñas columnas de piedra. Las plantas se perdían en la oscuridad y se entrelazaban hasta formar una rara escala en espiral.

-Luke... no sé... -comenzó a decir Leia.

Luke se echó al suelo, cogió una de las enredaderas y tiró con todas sus fuerzas. La planta no cedió. La errandela se había acercado y estaba a quince metros. Abrió sus fauces llenas de dientes. De su interior surgió un suave ulular que helaba la sangre.

El sonido decidió a Luke.

-No tenemos otra opción -aseguró.

-¿Ahí abajo, Luke? -la princesa negó con la cabeza-. No podemos. No sabemos qué...

-Prefiero morir en un oscuro agujero que convertirme en desayuno de un monstruo -afirmó Luke lisa y llanamente. Luego comenzó a bajar por la escala de enredadera-. Vamos -la apremió-. ¡Resistirá el peso de los dos! -exclamó continuando el descenso.

La princesa echó una última mirada a la boca temblorosa que se acercaba, pasó ambas piernas al otro lado del foso y comenzó a bajar hacia la nada. No era tan oscuro como la noche, aunque lo suficiente para que Luke tuviera que tantear cada peldaño. En una ocasión se movió demasiado rápido y estuvo a punto de caer. Buscó con la pierna derecha el peldaño siguiente.

No existía.

Había llegado al final de la escala.

-¡Aguante! -le gritó suavemente a Leia. El ligero eco que el foso producía confirió a su voz un sonido sepulcral. Apenas logró distinguir su rostro atemorizado cuando ella se volvió para mirarlo.

-¿Qué hay...? ¿Qué pasa...?

-La escala se acaba.

Más allá de sus pies, Luke sólo veía una negrura infinita. Parecía que no habían descendido nada. Pero a medida que sus ojos se adaptaban a la luz, creyó distinguir algo un par de pasos más arriba y hacia la derecha.

Trepó y en seguida tocó los pies de la princesa. Después de serenarla, se estiró y se situó a un costado. El saliente que había visto apenas tenía un metro de ancho pero encima había otra enredadera resistente sujeta al muro, que corría paralela al saliente, aproximadamente a la altura de la cintura. Con sumo cuidado, Luke enganchó un brazo por encima de la enredadera.

-Leia, hay un saliente -le explicó tendiéndole una mano.

La princesa pasó, sujetó la enredadera con ambas manos y estudió la roca de abajo.

-Alguien cortó esta parte del muro del foso -afirmó-. Me gustaría saber quién lo hizo y con qué intenciones.

-A mí también -reconoció Luke-. Es una pena que Halla no esté aquí. Estoy seguro que ella podría decírnoslo.

Un roce fuerte y resonante que provenía de lo alto interrumpió la conversación. Apretados contra la pared del foso, levantaron la mirada con los ojos muy abiertos. El ruido no se repitió.

Luke sintió la calidez del cuerpo que se encontraba junto a él y bajó la vista. Enmarcada en la débil luz de lo alto, la princesa estaba más radiante y hermosa que nunca.

-Leia -murmuró-, yo...

Otro chasquido más ruidoso y amenazador. De arriba cayeron varias piedras y trozos de muro y pasaron volando a su lado. Intentaron hundirse en la piedra inflexible, fundirse con la humedad que chorreaba en sus costados.

Muy abajo sonó un potente *paf.* Se trataba de una de las piedras caídas que

finalmente chocaba con algo. Luke no estaba seguro de que fuera el fondo.

Sin resuello, permanecieron agazapados y con los ojos fijos en el círculo de luz solar brumosa que provenía de lo alto. Algo apareció con incesante lentitud. Al principio parecía una nube cenicienta que cubría el sol. La garganta de la princesa emitió suaves sonidos. Luke estaba totalmente paralizado.

La sólida cabeza-gusano eclipsó la abertura. Se balanceó como un péndulo horizontal, se movió de lado a lado y buscó con inimaginables sentidos.

Luke miró desesperadamente a su alrededor y divisó algo que parecía una abertura en la pared del foso. Se encontraba en el extremo más lejano del saliente.

-Sígame -instruyó a la princesa.

Como Leia no se movió, la cogió de una mano y tiró. Ella le siguió, con la mirada fija en el monstruo.

La grieta resultó lo suficientemente grande para contener a los dos. Era bastante alta, por lo que Luke apenas tuvo que agacharse para entrar. Ambos miraron hacia arriba y hacia afuera, aliviados por haber abandonado el angosto saliente.

Quizá el ser que se encontraba arriba percibió su alivio. Evidentemente algo le atrajo, pues el enorme cráneo cesó de pronto el balanceo. Giró hacia abajo, frente a ellos.

-¡Nos ve! -murmuró la princesa y agarró con tanta fuerza el brazo de Luke que él sintió dolor-. ¡Oh, nos ve!

-Quizá... quizá sólo mira el foso -respondió Luke más esperanzado que optimista.

Con un movimiento encorvado que limó la piedra y la roca de la parte superior del abismo, la cabeza se deslizó perezosamente hacia ellos. Su boca inmensa estaba abierta y enmarcaba una oscuridad más profunda que la del foso.

-Está bajando -dijo la princesa-. Luke, baja a buscarnos.

-No puede. No puede alcanzarnos -insistió Luke y buscó la pistola.

No la tenía. Se le había caído cuando abandonó el reptador. Su mano rodeó la empuñadura del sable de luz.

Se oyó un ruido opresivo. Enormes trozos de piedra caían, chocaban y rebotaban contra las paredes, más abajo.

-¿Qué longitud tiene? -preguntó Luke y señaló la bestia semejante a un gusano.

-No lo sé. No la vi bien. Parecía prolongarse hasta la eternidad -respondió.

La errandela se encontraba a menos de doce metros por encima de ellos y todavía se movía. No cabían dudas de que ahora los veía.

-¿No puede agarrarse a la pared? Es tan hábil... -agregó la princesa.

-Lo ignoro -murmuró Luke distraído. Apretó convulsivamente la empuñadura del sable.

Repentinamente la cosa-gusano pareció abalanzarse sobre ellos. La princesa gritó y su chillido resonó delirante en las paredes del foso mientras Luke cogía el sable del cinturón y lo activaba. En los confines plutonianos del pozo, la diáfana luz azul era un pequeño consuelo.

Pero la errandela no los atacó. Demasiado extendida a pesar de su longitud increíble, caía. Bajó como cohete: una catarata blanca aparentemente infinita de carne apenas brillante. Se asomaron y vieron que se convertía en un punto, un lunar brillante antes de desaparecer definitivamente en las abismales profundidades. Los ecos del ser que rebotaba y chocaba en las paredes llegaron hasta ellos cada vez más débilmente, memorias agonizantes de una sólida muerte.

Luke, tembloroso, desactivó el sable y volvió a acomodarlo en su cinturón.
Al mismo tiempo, la princesa reparó en cuán fuertemente se agarraba a él. La proximidad engendró una marea de emociones confusas. Sería decoroso soltarse, separarse un poco. Decoroso, pero en modo alguno tan agradable. Se sentía totalmente vacía y el alivio que experimentaba al apoyarse en Luke era digno de toda sensación de falta de decoro.
Permanecieron así durante un tiempo inconmensurable. Luke deslizó un brazo por sus hombros y Leia no le rechazó. Tampoco lo miró melosamente, pero a él le bastaba con esto, al menos por el momento, Luke era feliz.
Una eternidad más tarde, una voz quejumbrosa resonó en las paredes y llegó hasta ellos, tan sutilmente que Luke no estaba seguro de haberla oído.
-Luke, muchacho... ¿estás ahí abajo?
El y la princesa intercambiaron una mirada. Luke se asomó inseguro desde el hueco donde se habían refugiado y miró hacia arriba. Cuatro rostros le observaron desde la superficie. Dos eran bigotudos y peludos; otro era dorado y metálico.
-¿Halla?
Un agitado parloteo llegó hasta él: indudablemente, se trataba de Hin. Cuando cesó el histérico griterío, Halla volvió a llamarle.
-Amo Luke, ¿están bien los dos? -preguntó Threepio.
-Creo que sí -respondió a gritos-. La bestia bajó detrás de nosotros.
-En todo momento creí que estabais detrás de mí -agregó Halla-. Me alegro de que estéis vivos.
-¡Nosotros también! -exclamó la princesa, que recuperó rápidamente su acostumbrada confianza en sí misma-. Dentro de un minuto estaremos con vosotros -comenzó a salir del hueco de la roca.
-No, no lo conseguiremos -dijo sombríamente Luke alargando un brazo para detenerla-. Mire a su alrededor.
La princesa siguió con la mirada la dirección que el brazo de Luke señalaba. Las paredes del pozo estaban restregadas y pulidas como por una inmensa esponja abrasiva en los lugares por donde había caído la errandela. La escala en espiral de lianas por la que habían bajado había desaparecido. Al igual que más de la mitad del saliente.
-No hay forma de subir -explicó Luke a los preocupados observadores de la superficie-. La escala de enredaderas por la que bajamos está destrozada. ¿Podéis hacer otra?
Silencio desde arriba. Durante algunos instantes los rostros desaparecieron. Luke se preocupó a causa de la ausencia, pero regresaron.
-No confío en ninguna de las enredaderas que crecen por aquí -gritó Halla-. Seguramente la escala que utilizasteis estaba construida con enredaderas traídas de otro sitio. Pero tal vez haya otra salida.
Luke estudió el interior liso del foso.
-¿Otra salida? Halla, ¿de qué habla?
-¿Dónde estabais cuando cayó el gusano?
-Aquí, en la pared, al final de un saliente en un pequeño hueco -le informó.
-Al final de un saliente -repitió Halla con satisfacción-. ¿Qué tamaño tiene el lugar ahuecado?
-Es lo bastante grande para que los dos permanezcamos de pie.

-Lo suponía: Luke, muchacho, estáis en un pozo coway.
-¿Qué? -preguntó la princesa con el ceño fruncido.
-Coway, niña -repitió Halla-. Os explicaré que en Mimban coexistían y coexisten todo tipo de razas. Los coway están relacionados con los verdegayes de las ciudades, pero no son nada serviles. Viven bajo tierra, motivo por el cual nadie sabe demasiado sobre ellos. Pero utilizan los viejos pozos trella para acceder ocasionalmente a la superficie, además de los vertederos naturales y otras aberturas de superficie.
-Primero pozos coway ahora trella -murmuró Luke mientras estudiaba el vacío que se abría bajo ellos-. ¿Qué es un pozo trella?
-Un pozo perforado por los trella -replicó Halla que esperaba la pregunta-. Los llaman simplemente pozos. Nadie sabe para qué sirven realmente, del mismo modo que nadie sabe mucho sobre los trella. Quizá ellos construyeron muchos de los templos. De todos modos, han desaparecido hace mucho tiempo y ahora los coway están aquí. Si llegas hasta el final del hueco, probablemente descubrirás que desemboca en un pasadizo.
-Si es así, lo encontraremos -aseguró Luke.
-Los coway no intentan ocultar sus salidas a la superficie -agregó Halla-. Si logras hallar el camino, nos encontraremos al final. Estoy segura de que encontraré la salida coway más cercana.
-De acuerdo -aceptó esperanzado Luke-, salvo en un punto. ¿Cómo nos arreglamos con la luz? Tengo una luma de emergencia en el cinturón y podría utilizar el sable, pero no quiero agotar las cargas.
-Encontrad el pasadizo -respondió Halla confiada-. Si *es* un pasaje coway, tendréis luz de sobra. Hazme caso, muchacho.
-Lo intentaremos -aceptó Luke-. Pasaremos y nos reuniremos con vosotros -giró, vaciló, volvió a asomarse y preguntó-: ¿Halla?
Un rostro pequeño volvió a aparecer en el borde del abismo.
-¿Qué hacemos si nos topamos con un coway?
-No son muy numerosos y están siempre en movimiento -le explicó Halla-. No creo que os topéis con ninguno. Si tropezáis con un par de ellos, probablemente se sorprenderán tanto que huirán. Recuerda que no están domesticados como los verdegayes. Saben tan poco de nosotros como nosotros de ellos... creo. Se sabe que permanecen alrededor de las ciudades, pero desaparecen si alguien los busca. Probablemente eso significa que son tímidos y pacíficos.
-Son dos *probablementes* muy importantes -gritó inseguro.
-Tienes el sable.
Luke apoyó la mano en el mango reconfortante del arma.
-Está bien. Espere un segundo -giró hacia Leia. No estaba allí-. ¡Leia! -llamó en voz alta.
Los temores crecientes desaparecieron segundos después de su llamada.
-Ahí detrás se abre un túnel, como suponía la anciana -explicó Leia alegremente-. Usé mi luma -señaló con la minúscula luz autoacumulada-. Se ensancha en seguida.
-¿En qué dirección?
-Hacia el este, aproximadamente con un rumbo de treinta y un grados -tocó la brújula de rastreo de su traje.
-¡Halla, treinta y un grados hacia el este! -gritó Luke hacia arriba, trasmitiendo la información que Leia le había dado.

-De acuerdo, muchacho. Avanzaremos en esa dirección. ¿Cómo estáis de raciones?
Ambos se apresuraron a revisar los cinturones. El rápido análisis fue más alentador de lo que Luke esperaba.
-Entre los dos tenemos concentrados suficientes para resistir alrededor de una semana. Supongo que encontraremos agua de sobra.
El parloteo de Halla reverberó en las paredes del pozo.
-Luke, muchacho, supongo que tendréis dificultades para evitarla. Si lo que sé sobre los túneles coway es cierto, nos encontraremos dentro de dos días, tres como máximo. Luz, alimentos, agua... vosotros dos resistid, ¿comprendido? Os encontraremos.
Una serie de chillidos solidarios de Hin y Kee y los tres rostros desaparecieron.
-Por favor, señor, tenga cuidado -agregó Threepio. Luego también él desapareció.
Luke miró hacia lo alto un instante más. A pesar de la aparente cercanía, no se sorprendió al descubrir que no podía tocar el cielo con las puntas de los dedos.
-Ya están en camino -dijo Luke a Leia, se volvió hacia ella y encendió su luma-. Será mejor que nosotros también emprendamos la marcha...

CAPITULO IX

Habían caminado durante unos diez minutos cuando Luke comentó pensativamente:
-Me pregunto si no habríamos hecho mejor las cosas esperando en el hueco hasta que Halla y los yuzzem encontraran una ciudad y volvieran con unos metros de cable robado. Con los brazos que tiene, Hin podría habernos sacado de allí.
Leia atravesó un pequeño montículo de áspera grava.
-¿Crees que pensaría en volver a la ciudad y enfrentarse a Grammel sin el cristal?
-¿Qué diferencia representa aquí el cristal?
Leia lo miró cariñosamente.
-No la comprendes, ¿verdad, Luke? Evidentemente, está convencida de que con el cristal en sus manos puede convertir a Grammel en una rana.
Luke lanzó un gemido despectivo.
-Leia, no creo que Halla sea tan insensata en lo que se refiere al cristal.
-¿Crees que no lo es? -la princesa se expresó entonces cuidadosa y suavemente así-: Piensa un poco, Luke. Halla es una anciana muy persuasiva y entendida, pero ha pasado mucho tiempo en este mundo. Ha dedicado años a perseguir un mito. Para mí es evidente que está convencida de que el Kaibur tiene poderes supranormales. A pesar de que tú consideres que no posee semejante cualidad.
-Lo sé. Quizá sea un poco fanática en lo que se refiere a este asunto, pero...
-¿Fanática? -la princesa suspiró-. Luke, la pobre mujer está enferma de ilusión, ¿no te das cuenta? Sus sueños han dominado su sentido de la realidad. Pero la necesitamos, a pesar de que está enferma, para salir de este planeta.
-El cristal no es una ilusión -objetó Luke con serenidad-. Es auténtico. Si el gobernador Essada y sus hombres lo cogen antes que nosotros...
La princesa se estremeció visiblemente.
-Essada. Casi lo había olvidado.
-Leia, ¿por qué tiene tanto miedo de un gobernador imperial? -preguntó Luke con

delicadeza mientras seguían avanzando-. ¿Qué pudo hacerle Moff Tarkin en la Estrella de la Muerte antes de que Han Solo y yo la rescatáramos?

Ella le dirigió una mirada acosada por los recuerdos.

-Quizá algún día te lo cuente, Luke. Ahora no. No estoy... no he olvidado lo suficiente. Si te lo contara, podría recordar demasiado.

-No crea que soy incapaz de comprenderlo -exclamó Luke tenso.

La princesa se apresuró a consolarlo:

-Oh, Luke, no se trata de ti, no se trata de ti. Soy yo misma, son mis reacciones las que me preocupan. Cada vez que trato de recordar exactamente lo que me hicieron, me desmorono.

Continuaron en silencio la caminata.

-Dime, ¿no te parece que aquí está más brillante? -preguntó por último la princesa con exagerada alegría.

Luke parpadeó y los sentimientos que le habían embargado de manera intensa durante los últimos minutos comenzaron a desaparecer mientras evaluaba el significado de su comentario.

Sí, parecía más brillante. A decir verdad, estaba casi claro.

-Apague su luma -le aconsejó Luke mientras accionaba el interruptor de la propia.

Durante un instante, todo se tornó más oscuro. Después sus ojos se adaptaron y volvieron a ver claro. La luz era de un débil matiz amarillo azulado, un poco más claro que el color de su sable.

Cuando volvió a mirar a la princesa, vio que se había detenido junto a la pared del túnel.

-Por aquí -Leia le orientó hacia un trozo de piedra especialmente luminoso. Luke se acercó. Parecía que la roca misma vertía la luz-. No -le corrigió cuando expresó esa idea-, mira más cerca. Aquí -hundió las uñas en la piedra y la luz apareció en sus manos, encendió su palma. Brillaba fríamente. Poco después comenzó a apagarse-. Es un tipo de vegetación -agregó-. Liqúenes, un hongo... no estoy segura. No soy botánica. Halla nos dijo que encontraríamos algo semejante si seguíamos avanzando -se restregó la luz viviente de su mano y miró la caverna que descendía gradualmente-. Allí abajo hay otro mundo, pero ahora no me parece aterrador.

A medida que descendían, el sendero que recorría se nivelaba. El túnel se ensanchó hasta convertirse en una auténtica caverna. Comenzaron a aparecer multicolores estalactitas que las impurezas minerales convertían en pendientes pintadas y cubiertas por la vegetación fosforescente. Unas estalagmitas de punta roma se elevaban hacia el techo. Los acompañaba la música omnipresente del agua que goteaba.

Más adelante se oyó un débil retumbar y redujeron cautelosamente la marcha. El sonido resultó ser la canción de un torrente subterráneo. Corría paralelo a la senda y era una guía y compañero burbujeante y siempre alegre.

Cruzaron un agujero del techo de la caverna. El agua lo atravesaba y desaparecía en una charca sin fondo que parecía un trozo de tubería normal a la que falta el fragmento del centro.

Más adelante se toparon con un diminuto bosque de helicitas. Esos retorcidos cristales de yeso, grotescamente contorsionados, desafiaban la gravedad en sus arremolinadas proyecciones desde el suelo, las paredes y el techo. Luke experimentó la sensación de que avanzaban a través de una gigantesca mata de lana de vidrio. Ahí los

reflejos de la brillante vida vegetal alcanzaban proporciones cegadoras.
Además de los líquenes y hongos, comenzaron a ver variedades de mayor tamaño y más desarrolladas de vegetación generadora de luz que crecía sobre el terreno y las paredes. Algunas parecían setas que sobresalían. Pasaron junto a algo enhiesto que parecía un bambú quieto y revestido de cuarzo. Cuando la princesa chocó por accidente con uno de ellos, descubrieron otra de sus propiedades.
Se oyó un ruido sordo. Sorprendida, Leia se apartó y luego, a modo de prueba, dio un golpe seco al tallo con los nudillos. Se repitió el repique.
-Quizás son huecos -sugirió Luke encantado.
-¿Son vegetales o minerales?
-No lo sé -respondió.
El muchacho golpeó otra de las plantas y se vio recompensado por un retintín totalmente distinto. Intercambiaron una sonrisa y la caverna se llenó de tonadas toscas pero animadas a medida que los repiques naturales tintineaban al contacto de las manos. Sonreían como un par de niños traviesos.
Finalmente se cansaron de la diversión y reanudaron la marcha mientras Luke abría dos tubos de concentrados y ofrecía uno a la princesa. Habló mientras observaba el sendero que recorrían.
Indudablemente, era eso: un sendero.
-Fíjese en la ausencia de grandes rocas por aquí -decía-. Evidentemente, lo han abierto para usarlo. Pero no veo huellas de pisadas.
-El terreno es demasiado sólido -coincidió la princesa-. Pero es un sitio exquisito, una tierra encantada. Mucho más atractiva que la superficie. Creo que si alguna vez se coloniza como es debido Mimban, todos deberían vivir bajo la tierra -trazó una bonita cabriola, evidentemente por puro placer-. Aquí abajo hay tanta paz y limpidez que casi... -la frase terminó en un grito de sorpresa y Leia comenzó a desaparecer como si la tragara la tierra.
Luke se arrojó al suelo y extendió un brazo desesperado. Ella lo cogió por encima de la muñeca. Deslizó la mano por su antebrazo hasta que atrapó la de Luke. Quedó sujeta, con su mano en la de él, mientras pendía en el vacío. Luke sintió que sus pies resbalaban cuando intentó hundirlos en el terreno firme.
-No puedo sostenerme... Luke -murmuró apremiante.
-Use la otra mano -dijo con los dientes apretados.
La princesa se elevó y rodeó con la mano izquierda el antebrazo de Luke. El movimiento hizo que él se arrastrara hacia adelante unos pocos y preciosos centímetros.
Muy cerca se elevaba una gran estalagmita. Si se equivocaba y ésta se había formado sobre la misma corteza en donde se había hundido la princesa, ambos caerían como un gusano. Con todos los músculos y los tendones tensos, avanzó apenas hacia ella. Su mano izquierda soltó el precario asimiento que tenía en el terreno y rodeó la columna de piedra. Eso impidió su deslizamiento hacia adelante, pero ahora corría el peligro de no poder agarrar a la princesa.
Logró retroceder, centímetro a centímetro, por el terreno mientras los guijarros se hundían en su pecho y su estómago al tiempo que utilizaba la estalagmita como abrazadera. Siguió retrocediendo, logró sentarse y apoyó la pierna izquierda contra el afloramiento. Ahora podía asir la muñeca de la princesa con la otra mano.
Dio una patada con la pierna izquierda y los músculos del muslo temblaron a

causa del esfuerzo. La princesa salió del agujero y avanzó hacia él. Se oyó un ligero crujido y la base de la estalagmita comenzó a resquebrajarse. Luke pasó la pierna derecha tras la columna, junto a la izquierda, y empujó frenéticamente con ambos pies.

La princesa salió disparada hacia él. Un segundo después la piedra caliza tensada cedió y la fuerza del empujón hizo que Luke se deslizara hacia la negrura abierta. La princesa, que se alejaba rodando, lo cogió con una mano y su peso detuvo el deslizamiento. Luke rodó lejos y se detuvo jadeante sobre el pecho de Leia.

Durante un prolongado instante permanecieron así, suspendidos en el tiempo. Después sus ojos se encontraron en una mirada capaz de penetrar años estelares.

La princesa se irguió rápidamente y comenzó a limpiarse el traje. Tenía el mono roto pues se había arrastrado por el borde escarpado de la brecha y por los guijarros que cubrían el suelo de la caverna. Luke se sentó y se frotó el brazo derecho para tratar de recuperar las sensaciones.

-Al fin y al cabo, tal vez lo mejor, en este mundo, no sea establecerse bajo tierra -comentó finalmente Leia.

Se pusieron de pie sin pronunciar palabra. Luke tanteaba el terreno que iban a pisar y así rodearon el agujero que se había abierto en el suelo aparentemente sólido. Una mirada hacia el fondo reveló que se trataba de un hoyo tan insondable como el pozo trella.

Luke vaciló cuando un trozo de tierra pareció hundirse bajo su pie. Miró a su alrededor y señaló el torrente que fluía arremolinadamente.

-Allí el terreno parece más firme.

-También parecía firme donde yo pisé -le recordó la princesa.

Luke dirigió la vista al techo. Encima del agujero y del fragmento de suelo situado inmediatamente delante, aparecía una cuenca convexa. Arriba del torrente y a la izquierda el techo estaba cubierto de estalactitas.

-Creo que estaremos mejor al otro lado del torrente -concluyó.

Pero después de cruzar avanzaron lentamente, ya que Luke siguió probando el terreno, tanteando con su bota. La princesa lo seguía con la mano izquierda aferrada a su derecha. Atravesaron en poco tiempo la cuenca del techo y el foso. Las estalactitas cubrieron una vez más el techo, de pared a pared.

Con el exclusivo fin de cerciorarse, Luke desenvainó el sable. Lo activó y hundió la hoja de luz en el terreno de delante. Se oyó un siseo y un barboteo cuando la piedra se derritió alrededor del haz de luz azul. Luke apartó el sable y lo apagó. Se agachó y arrojó un pequeño guijarro en el agujero humeante, que tocó fondo con loable prontitud.

Avanzaron con más confianza, pero su deleite por las bellezas del subterráneo mundo de hadas había disminuido notoriamente.

-Ojalá encontremos pronto la salida -comentó Luke.

En lugar de girar bruscamente hacia arriba como esperaban, la senda seguía en el mismo nivel. En todo caso, parecían descender ligeramente. El túnel se ensanchó delante de ellos. Trazaron una curva cerrada y se encontraron frente a una escena sorprendente.

Ante ellos se extendía un inmenso lago subterráneo. A pesar de la luz vegetal fosforescente, el lago era tan ancho que no divisaban la otra orilla. Las aguas eran tan negras como el interior de la mente del emperador.

La senda abierta giraba hacia la izquierda. Rodeaba el borde del agua hasta desaparecer en ésta, aproximadamente a un metro de la pared.

-Supongo que esto explica por qué no hemos encontrado señales de los coway -dijo Luke-. Esta parte del sendero es submarina. Debe subir y bajar frecuentemente, según las precipitaciones de la superficie -siguió el sendero submarino y avanzó por el agua hasta que ésta le llegó al pecho. Regresó a la orilla-. No sirve, es demasiado profundo.

-Pero supongo que tenemos que continuar -observó la princesa, a la que el aspecto de la superficie negra y espejada le desagradaba-. Si retrocedemos no ganaremos nada. ¿Todavía avanzamos treinta y un grados al este?

Luke consultó su brújula de rastreo.

-Un poco al sur. Probablemente el sendero vuelve a curvarse en la otra orilla. En cierto sentido, el lago es una buena señal. Es posible que el hecho de que aquí se acumule tanta agua signifique que del otro lado el terreno comienza a subir. Me gustaría saber qué profundidad tiene.

-Es imposible saberlo -murmuró la princesa. Se acercó al agua, se agachó y tanteó el fondo oculto-. Desciende a pico.

Luke miraba más allá de ella. Al otro lado del torrente que habían seguido crecía un pequeño bosque de plantas acuáticas, evidentemente estimuladas por el fluir constante de nutrientes frescos. Los enormes y frondosos nenúfares que flotaban en la negra superficie tenían un color castaño amarillento opaco. Eran redondos y ligeramente puntiagudos en ambos extremos, donde los bordes vueltos hacia arriba se encontraban.

-No pensarás desplazarte en uno de *ésos* -comentó Leia.

-No soy partidario de nadar -respondió Luke, encaminándose hacia el bosque. Saltó el torrente y chapoteó en la otra orilla. Se inclinó y vio rastros de tallos rotos debajo de la superficie-. Parece que ya han cortado algunos nenúfares. Es probable que los coway los utilicen.

-Quizá se rompieron de manera natural -murmuró la princesa tan débilmente que Luke no la oyó. Se reunió con él.

A modo de prueba, Luke se situó encima de uno de los nenúfares chatos. Tenía dos metros y medio de diámetro. Mientras dejaba caer su peso, el interior amarillo cedió esponjosamente. Pero no se rompió y su pie no lo atravesó.

Se paró inseguro sobre el nenúfar. Hundió las rodillas en la superficie, que resistió. Apretó la boca, dio un salto y cayó de rodillas con la mayor fuerza posible. El nenúfar se hundió hasta sus caderas en el agua y rebotó sólidamente.

Convencido de que el nenúfar era capaz de navegar por el lago, Luke rodó hasta el borde y observó. Había suficiente luz para divisar el tallo grueso como un hombre que sujetaba el nenúfar al lecho del lago.

-Voy a soltarlo -anunció.

La princesa parecía escéptica.

-¿Con qué lo harás? ¿Con el sable? No sabía que funcionara bajo el agua.

Luke la miró solemnemente.

-Mejor que funcione.

Se deslizó por el costado y descubrió que pisaba agua fría. Luego activó el sable y lo hundió. Las burbujas estallaron rápidamente en el agua vidriosa, pero la potente luz azul siguió brillando en la negrura y no había indicios de que funcionara mal.

Luke aspiró una gran bocanada de aire y se zambulló en la oscuridad.

Por fortuna, el sable emitía suficiente luz para ver el tallo. Demoró uno o dos segundos en cortar el núcleo resistente. Notó interesado que la parte inferior del nenúfar adoptaba una forma cóncava en lugar de ser chato. Eso les ofrecería cierta ilusión de estabilidad.

Entonces salió a la superficie, jadeó en busca de aire y se quitó el agua de los ojos después de desactivar el sable. En cuanto lo acomodó nuevamente en su cinturón, estiró la mano y remolcó el nenúfar suelto hasta la orilla.

Volvió a utilizar el sable para abrir un pequeño agujero en la parte de atrás del nenúfar. Con un rollo delgado de cordel de supervivencia, sujetó la barca a una estalagmita de la orilla.

-¡Esas cosas podrían servir para la propulsión! -gritó la princesa. Estaba en la orilla, ligeramente más arriba.

Luke se reunió con ella.

Allí, una serie de cristales transparentes de selenita pendían desde el techo hasta el suelo. Eran más altos que un hombre y tenían unos dos centímetros de grosor. Las plantas fosforescentes que los cubrían les conferían el aspecto de las ventanas de una catedral y en algunos lugares el mineral de borde afilado estaba bañado por una luz de tono bermellón.

-Son casi demasiado hermosos para romperlos -comentó Luke, admirado-. Pero tiene razón... serán unos buenos canaletes -volvió a activar el irremplazable sable y cortó cuatro remos del tamaño adecuado; con el rayo azul les dio forma para sostenerlos. Después los trasladaron al agua y los apoyaron cuidadosamente en el nenúfar que, esperaban, les permitiría atravesar el lago-. ¿Lista para zarpar? -preguntó al fin.

Leia vaciló y miró su cronómetro de pulsera.

-Luke, hemos caminado durante cerca de dieciséis horas -señaló el lago-. Si vamos a intentar cruzar el lago, prefería hacerlo después de dormir toda una noche.

-O dormir un día -aclaró Luke. No podían saber si en el mundo de arriba era de día o de noche.

Luke encontró un trozo podrido de nenúfar anclado en la orilla y lo arrastró pendiente arriba. Sería un colchón aceptable.

-Duerma -la apremió mientras se acostaban sobre la suave materia-. Yo todavía no estoy cansado.

Leia asintió e intentó encontrar una posición cómoda en la celulosa húmeda.

Dos minutos después, ambos dormían a pierna suelta.

Luke despertó sobresaltado, se irguió con rapidez y miró en todas direcciones. Creía haber oído que algo se movía. Pero no había nada, sólo el hilillo constante del torrente que se fundía con el lago y el ruido de las gotas que caían en éste desde lo alto.

Después de mirar la hora, despertó a la princesa. Ella se frotó los ojos soñolienta y preguntó:

-¿Cuánto tiempo pasó?

-Casi doce horas. Supongo que yo también estaba agotado.

Partieron unos concentrados y los masticaron con hambre. Luke cogió agua en el torrente en un vaso plegable. Comieron junto a las aguas transparentes y observaron las chinches acuáticas que nadaban ansiosamente de un lado a otro.

-Jamás soñé que los concentrados pudieran ser tan sabrosos -comentó la princesa

mientras ingería el último bocado y bebía varios tragos de agua.
-Mi apetito mejorará cuando veamos nuevamente la luz del sol -comentó Luke. Sin más excusas, contempló el lago-. Espero que no sea tan ancho como parece. No me gusta viajar por agua.
-No me sorprende -lo serenó la princesa, que sabía que en el mundo desértico de Tatooine, donde Luke había crecido, una extensa masa de agua era tan rara como un árbol de hojas perennes.
Sin hablar, subieron a la barca-nenúfar. Cogieron uno de los largos remos de selenita. Luke desató el cordel de la estalagmita, lo arrolló, volvió a guardarlo en su cinturón y dio un empujón a la barca. Se deslizaron por el lago como si estuviese engrasado.
Luke experimentó un exquisito terror mientras remaban en lo que parecía un cráter sin fondo. En realidad, el fondo podía haber estado sólo a un metro de ellos, pero aquellas oscuras aguas eran literalmente insondables.
Como las chinches acuáticas del torrente, los temores atravesaron raudamente la mente de Luke. ¿Y si el lago se prolongaba durante cientos de kilómetros? ¿Y si se ramificaba en varias direcciones? Sin la senda a la vista podrían perderse fácilmente y para siempre.
La posibilidad más razonable era permanecer junto al muro izquierdo, donde la senda se había hundido en las aguas. Parecía poco probable que atravesara el lago... lo más sensato era que continuara pegada a la pared donde aparentemente era menos profundo.
Imaginó terrores desconocidos. Quizá el lago desembocaba en una inmensa catarata subterránea, un salto que los enviaría inexorablemente a una muerte solitaria sobre las piedras que jamás habían visto la luz del día. A medida que avanzaban, esos temores imaginarios perdieron algo de coherencia. Por ejemplo, la catarata. En la excelente acústica de la caverna, no habían oído ningún rugido lejano y atronador.
Después de una hora de remar lenta y dolorosamente, descubrió que ya no le preocupaba lo que encontraran en la orilla lejana del lago, siempre que encontraran la orilla lejana del lago.
Le dolían implacablemente los hombros. Sabía que para la princesa era tanto o más doloroso. Pero no se había quejado una sola vez, no había pronunciado una sola palabra de protesta mientras continuaban el lento y agonizante proceso de avanzar por el agua. Al mismo tiempo que admiraba su estoicismo, se preguntó si las experiencias que hasta el momento habían tenido en Mimban no habían ejercido en ella un efecto enternecedor. No lo supo, pero de todos modos se sintió agradecido.
-Princesa, ¿por qué no descansa? -insinuó-. Yo remaré un rato.
-No seas ridículo -respondió ella suave aunque firmemente, pero sin excesivo entusiasmo-. Sería una tontería que tú fueras de un lado a otro de este cacharro. A decir verdad, no confío demasiado en su capacidad de flotación. Y si permaneces en un lado, remarías en círculo. Quédate donde estás y guarda tus fuerzas.
Luke accedió ante el sentido común, que quizá fuera menos atractivo que la galantería pero más práctico. Descansaron periódicamente. La mitad del día desapareció monótonamente sin que vieran la otra orilla. Interrumpieron la travesía por las negras e inmóviles aguas para ingerir cubos de colores.
Arriba, muy arriba, Luke vio que el techo de la caverna estaba dominado por grupos de estalactitas que empequeñecían toda formación que hubiesen visto hasta ese

momento. Algunas de las estalactitas debían de pesar muchas toneladas. También otras largas y delgadas, de docenas de metros de altura y gruesas como el pulgar de un ser humano. Todas estaban pródigamente cubiertas por los líquenes-hongos luminosos, que conferían a la enorme cámara un resplandor azul-amarillo reconfortante.

Mientras volvía a recordar el comentario de Halla sobre el agua, Luke sonrió. ¡La anciana había acertado! Era mágico hundir el vaso en la negrura y ver que se llenaba, ya que el color del lago era tan denso, puro y sólido que la negrura tenía que formar parte del agua misma.

El agua era más pura y fresca que cualquiera de las que Luke había paladeado. Mientras comían y bebían en silencio, pensó cuánto añoraba el pequeño torrente que les había servido de guía. Su constante burbujear y borbotear habían sido un gran consuelo. Ahora tenía que conformarse con los intermitentes y menos activos silbidos de las gotas que caían de las estalactitas.

Terminada la comida, emprendieron nuevamente la marcha. Varias horas después, Luke, inseguro, apoyó la mano en el hombro de la princesa y le indicó que dejara de remar.

-¿Qué pasa? -susurró Leia.

Luke observó la superficie absolutamente chata e ininterrumpida del lago.

-Escuche.

Leia obedeció y estudió nerviosamente el agua bajo la pálida luz. Oyó un débil paf-paf.

-Es sólo una gotera del techo -afirmó con voz ronca.

-No -insistió Luke-, es demasiado irregular. Las goteras son constantes.

El ruido cesó.

-Ya no lo oigo, Luke. Seguramente era una gotera.

Luke miró preocupado el espejo negro sobre el que flotaban.

-Ahora yo tampoco lo oigo.

Cogió su canalete de selenita, lo hundió en el agua y comenzó a remar de nuevo. De vez en cuando se detenía para echar una rápida mirada por encima de uno u otro hombro. Hasta aquel momento, sin embargo, nada había tras ellos salvo sus propios temores.

Transmitió su inquietud a la princesa. Ella comenzaba a serenarse otra vez cuando él levantó la mano.

-Deténgase.

Leia retiró el canalete del agua, ligeramente molesta.

-Está de nuevo ahí -anunció Luke con tensión-. Leia, ¿no lo oye? -ella no respondió-. ¡Leia!

Luke giró y vio que la princesa tenía la mirada fija en algo que había en el agua. Tenía la boca abierta pero no podía hablar.

Sin embargo, era capaz de gesticular. Luke cogió instintivamente el sable de luz, incluso antes de divisar la estela de burbujas gordas que avanzaban como una flecha hacia ellos, tan amenazadora como un proyectil.

Luke se trasladó cuidadosamente hasta la parte de atrás del nenúfar y se equilibró sobre una pierna y una rodilla... mientras sostenía con fuerza el sable activado en la mano derecha.

Las burbujas desaparecieron y no se reanudaron inmediatamente.

-Quizá... quizá se ha marchado -murmuró tensa la princesa.
-Quizá -reconoció Luke no muy convencido.
La cosa se elevó.
Era una pálida forma amorfa, fosforescente, que brillaba, de color no muy distinto al de la enorme errandela. Pero comparada con el espíritu del lago, la cosa-gusano resultaba un ser conocido.
Carecía de rostro y no había nada reconocible en esa forma que se alteraba constantemente. Levantó unos seudópodos cortos y gruesos de una sustancia blancuzca, que centelleaban brillantemente en la pálida luz de la caverna. Luke pensó que podía ver a través del ser y también divisó unas formas extrañas que se arremolinaban en su interior.
Un brazo blanco y palpitante arremetió contra la frágil barca. Luke le apuntó con el sable. El rayo azul atravesó por completo la brillante materia. Aunque el sable no produjo un daño visible, la acción hizo que la forma-ameba reabsorbiera el miembro.
Otro tentáculo curvado se lanzó sobre Luke y esta vez el muchacho lo acuchilló. El rayo pasó de un lado a otro del brazo. No había indicios de sangre ni de fluidos internos de ningún tipo. En la cámara sólo se oía la caricia del agua contra el nenúfar esponjoso y tambaleante y los gruñidos de Luke mientras luchaba con frenesí. La mayor parte de la batalla se desarrolló en un silencio infernal.
Cada vez que el ser los atacaba, Luke rechazaba el golpe con el sable. Cada vez el miembro se hundía en el cuerpo agitado y brillante sin sufrir el menor daño visible.
Un miembro arrollador cogió a Luke de atrás mientras cortaba otro seudópodo. Lo arrastró hasta el borde; la princesa gritaba. De algún modo logró sujetarse con una mano del borde vuelto hacia arriba de la barca-nenúfar. Su peso hizo que se inclinara ligeramente, pero por fortuna el nenúfar era por naturaleza demasiado flotante para zozobrar.
Leia logró subirlo a medias a bordo. Luego algo cogió a Luke desde abajo y lo empujó bajo la superficie. La princesa apenas lo soltó a tiempo para evitar ser arrastrada ella misma.
Transcurrieron varios segundos angustiosos sin señales de Luke. Entonces salió a la superficie no muy lejos, mascullando y escupiendo agua. Su sable, que relucía brillante bajo el agua, se movió y acuchilló algo oculto. Esto lo liberó lo suficiente para trepar otra vez al nenúfar. El sable trazó un arco peligrosamente cerca de la princesa y de sus piernas cuando
Luke cortó unos miembros pálidos aferrados al borde. Siguió cortando hasta que el último seudópodo asido desapareció de la vista.
Empapado y atragantado por el agua, Luke se arrodilló en el nenúfar e intentó mirar hacia todas partes a la vez.
-¡Se va! -gritó Leia.
Luke vio la estela de burbujas en el agua, pero ahora se *alejaba* de la barca-nenúfar. El constante paf-paf sonó durante varios minutos después de que las burbujas desaparecieran de la vista.
Agotado, Luke se echó de espaldas y miró al techo semejante a un acerico.
-Lo lograste, Luke, lo derrotaste.
-No estoy tan seguro -jadeó, pues se sentía cualquier cosa menos victorioso-. Tal vez

eso se cansó y se marchó -observó el sable desactivado que sostenía en la mano-. O quizá decidió que el rayo de un sable no es muy apetitoso -se acomodó el sable en un cinturón, se sentó con un gemido y entrecruzó los brazos alrededor de las rodillas. El agua del pelo le caía por sus mejillas.

Leia se acercó y se estiró insegura para tocarle el brazo. Él la miró y tosió. Ella retrocedió. Súbitamente, la princesa comenzó a gritar; Luke miró a su alrededor, pero no vio nada.

La princesa se agachó, chilló y se cubrió la cara con las manos entrelazadas. El gemido apagado se prolongó varios minutos. Cuando concluyó, volvió a mirarlo sin pedir disculpas.

-Creo que ahora estoy bien -dijo con forzada serenidad. Respiró profundamente-. Pienso... Luke, estoy dispuesta a abandonar este sitio -elevó ligeramente la voz-. Estoy lista para salir.

-Leia, créame si le digo que tengo tanta prisa como usted -respondió cogiéndole la mano.

Intercambiaron unos pensamientos sin necesidad de expresarlos. Luego cada uno cogió un canalete y volvieron a remar en las negras aguas.

A pesar de la opinión de Luke en el sentido de que el enemigo translúcido volvería a atacarlos, durante varias horas nada los molestó. Pero ya no importaba. Finalmente, la otra orilla del lago apareció ante sus ojos.

Pero se acercaban a algo más que una solitaria línea de playa.

-Seguramente los coway no construyeron eso -murmuró Luke con respeto.

Más adelante, un muelle antiguo sobresalía del terreno seco. Aunque no había a la vista embarcaciones de ningún tipo, el largo dedo de metal que penetraba en el agua no dejaba dudas en cuanto a su función, al margen de su extraño diseño.

A Luke le costó más identificar los objetivos de las múltiples estructuras que se apiñaban a lo largo de la orilla. Muchas parecían de piedra, otras poseían paredes de metal y algunas mostraban combinaciones de ambos materiales. Aparte su composición, todas mantenían señales de tener una antigüedad considerable. No había un solo edificio que no estuviera desfigurado por el tiempo. Por mucho que lo intentó, Luke no logró localizar una sola ventana. Las aberturas que seguramente sirvieron como puertas eran bajas y ovales.

Remaron hacia la orilla izquierda hasta que el nenúfar tocó fondo. Luke se metió en el agua hasta la cintura y ofreció una mano a la princesa. Ella permaneció en la barca, no precisamente asustada sino falta de confianza.

-Vamos -la invitó Luke-, aquí no es profundo.

-Pero tendría que meterme en el agua. Prefiero no hacerlo, Luke.

-No hay problemas -le aseguró y encubrió su impaciencia-. Son sólo unos pocos pasos.

Leia volvió a sacudir negativamente la cabeza. Luke suspiró y caminó hasta el borde del nenúfar. Extendió ambos brazos. La princesa se acurrucó entre ellos y Luke la llevó hasta tierra seca, al tiempo que notaba con cuánta fuerza ella mantenía los ojos cerrados.

Al fin se encontraron alegremente sentados en la berma de piedra, sin preocuparse al ver que la barca improvisada se alejaba de ellos. A sus espaldas, la ciudad de los trella se alzaba silenciosamente.

-¿Ahora se siente bien? -le preguntó mientras se acercaba y la miraba a los ojos. Ella no respondió a su mirada.

-Estoy bien. Lamento haber planteado tantos problemas. Lamento haber gritado tanto. En general... tengo mejor control de mí misma.

-No tiene de qué lamentarse -aseguró Luke con firmeza-. Ciertamente, no tiene que lamentarse de haber gritado. En cuanto a estar asustada -sonrió suavemente-, yo estaba doblemente aterrorizado cuando esa especie de duende emergió de las aguas. Estaba demasiado ocupado para gritar, pues de lo contrario lo habría hecho.

-Oh, no fue por el monstruo -explicó Leia encantadoramente-. Ésa era una amenaza auténtica y palpable -se puso de pie y agregó casi con indiferencia-: Ocurre que no sé nadar.

Luke la miró incrédulo mientras ella retorcía su destrozado mono para quitarle el agua.

-¿Por qué no lo dijo antes de que zarpáramos? -logró preguntar finalmente.

Le dedicó una astuta sonrisa.

-Luke, ¿habría servido de algo? La senda desaparecía en el lago -señaló el sendero inconfundible que volvía a emerger de la orilla y se internaba en la ciudad subterránea-. Teníamos que cruzarlo. Era una situación embarazosa pero inevitable. No tenía sentido que te molestara con mis temores de la infancia -avanzó hacia el sendero-. Mira, se interna por la ciudad. Me gustaría conocer a las personas que construyeron este lugar -lo miró impaciente-. Estamos perdiendo tiempo.

Aturdido de admiración, se irguió y la siguió por el laberinto de estructuras. Comprendieron rápidamente que la ciudad era el producto de una inteligencia que hacía mucho tiempo había desaparecido de Mimban. Todo estaba ordenadamente trazado y las obras de metal denotaban técnicas desarrolladas. La decadencia de los edificios se debía al tiempo, no a un diseño o a una construcción de mala calidad. Dada la relativa escasez de erosión natural bajo tierra, no cabía duda de que la ciudad era antigua.

La ausencia de ángulos rectos y la preferencia de amplias curvas y arcos demostraba que los habitantes de la ciudad habían tenido talento estético y arquitectónico. La belleza de diseño era otro lujo que los pueblos primitivos rara vez se podían permitir, pues, por lo general, tenían que dirigir sus construcciones hacia lo estrictamente utilitario.

Algo resonó suavemente tras ellos y Luke giró. Los desconcertantes pórticos ovales los observaban como los globos oculares de unos cráneos grises y blanqueados. La princesa le miró con el ceño fruncido.

-Creí oír algo, eso es todo -le informó Luke mirando decididamente hacia el frente.

Avanzaron por la ciudad, pero la tajante negación de Luke contradecía su inquietud. *Había* oído algo. Mientras avanzaban por el sendero serpenteante y los edificios se cerraban a su alrededor, sintió una molesta sensación en el cuello, como si alguien o algo lo observara. Se convirtió en una sensación casi palpable. Pero cada vez que giraba bruscamente la cabeza para mirar, no veía nada. Ni el menor indicio de movimiento, ni un susurro ni un ruido.

Se alegró cuando los edificios comenzaron a mermar y fueron menos numerosos. Los umbrales vacíos lo llamaban y sintió la tentación, la terrible tentación, de entrar en una de las estructuras ruinosas para averiguar si el interior estaba tan magníficamente conservado como el exterior.

Pero se dijo firmemente que no era ése el momento oportuno de dedicarse a explorarlo. La primera preocupación consistía en encontrar la salida, no en hurgar esa antigua metrópoli. Por muy hermosa que fuera.

Se preguntó qué había provocado la extinción de las razas desarrolladas de Mimban, de los constructores de templos, de los trella y los demás. Quizá una guerra interracial o una decadencia progresiva que concluyó cuando fueron aplastados por aborígenes como los verdegayes.

La piedra chocó contra la piedra. Esta vez, cuando giró, percibió un indicio de movimiento tras una pared de estalagmitas que se encontraba a la izquierda.

-No me dirá que no oyó *eso.*

-En las cavernas, las piedras caen constantemente de los techos -aseguró la princesa afablemente-, Sé cómo te sientes, Luke. Yo misma estoy bastante nerviosa.

-No se trata de mis nervios -insistió-. Algo nos sigue. Vi que se movía.

Luke ignoró las protestas de la princesa y se encaminó hacia la cadena de agujas de colores. El ruido no se repitió y no hubo movimientos. Caminó medio agazapado, llegó al extremo más distante de la pequeña pared y miró hacia el otro lado. No había nada allí.

-¡LUKE!

Ben Kenobi se habría sentido orgulloso. Con un hábil movimiento, Luke levantó una mano para detener la sombra que caía hasta él y, al mismo tiempo, activó y desenvainó el sable. Inconscientemente, había realizado ambas operaciones con el mismo brazo. La mano que levantó defensivamente sostenía el sable.

El ser quedó rápidamente cortado por la mitad.

Luke se apresuró a reunirse con la princesa. Ella señalaba hacia adelante. El sendero estaba bloqueado por dos bípedos más. Detrás de éstos aparecieron otros tres, que avanzaban cautelosamente.

-Los coway -murmuró Leia y se agachó para coger una estalactita rota. La movió eficazmente en la mano y la sostuvo como una daga mientras los humanoides los acechaban.

Eran esbeltos y estaban cubiertos por un delgado vello gris. Sus ojos parecían globos hundidos y oscuros. Pero parecían ver claramente a Luke y a la princesa. Vestían una especie de pantalones cortos de los que colgaban diversos instrumentos primitivos y muchos amuletos. Otros amuletos semejantes colgaban de los brazos y el cuello.

Estaban todos armados con una lanza larga y delgada de piedra. Un par de ellos también tenían hachas de doble hoja. A pesar de saber su poderío mortal recientemente demostrado, no mostraron temor ante el sable de luz de Luke. Esto denotaba un conocimiento profundo de la tecnología humana gracias a las visitas a la superficie o un valor nacido de la ignorancia.

Por fortuna, sus tácticas eran igualmente primitivas. Con un grito estentóreo, los tres de atrás arremetieron juntos, mientras los dos de adelante lo hacían pocos segundos después. La pequeña diferencia de tiempo resultó crítica.

Un sólo golpe de látigo partió por la mitad dos de las lanzas agresoras. La tercera atacó a la princesa. Ella bloqueó el golpe con la piedra, rodeó con sus piernas las del nativo que la embestía y lo hizo caer estrepitosamente al suelo. Rodó encima de él y dejó caer pesadamente el trozo de estalactita en su cráneo. Se oyó un ruido de plástico roto

y la sangre manó libremente.

Luke esquivó un violento golpe de hacha y cortó ambas piernas de su contrincante. En ese momento los dos rezagados ya habían entrado en combate. Luke despachó a uno con una embestida que cortó la mano del que sostenía la lanza por encima de la muñeca. Su poseedor cayó al suelo, gimió y se sujetó el muñón cauterizado.

Más cauteloso que su compañero, el segundo se irguió rápidamente. Comenzó a agredir a Luke con la lanza. Luke cortó rápidamente la punta de la lanza, después de lo cual el otro le arrojó el mango, dio media vuelta y salió corriendo por el camino por el que había llegado.

Luke se volvió hacia la princesa. Leia esquivaba diestramente los cortes y las cuchilladas del nativo que quedaba, en busca de una oportunidad. Pero cuando el ser vio que Luke se acercaba, giró para retroceder.

Luke levantó el sable cuidadosamente y lo lanzó. Atravesó totalmente la parte más estrecha de la espalda del coway hasta que el macizo pomo tocó la carne. El ser cayó al suelo, muerto fulminantemente.

-¡Apresúrate! -aconsejó la princesa y recuperó el hacha de uno de los seres caídos-. No debe huir para evitar que avise a los demás.

Luke recuperó su sable y corrió tras ella.

Persiguieron juntos al único coway que quedaba.

Tenían tanta prisa que ninguno de los dos reparó de inmediato en que avanzaban ligera pero inequivocadamente hacia arriba, por primera vez desde que abandonaran el pozo trella.

Adelante aparecía una enorme pila de guijarros caídos del techo. El coway que huía llegó a ella y comenzó a trepar hacia la cima. Aunque aún corría, la princesa apuntó y lanzó el hacha con más fuerza y puntería de lo que Luke (o cualquier otra persona) hubiese imaginado era capaz. Alcanzó al nativo en el hombro derecho y lo hizo tambalear hasta el otro lado del montículo de piedras.

-¡Lo alcanzó! -exclamó Luke-. ¡Lo alcanzó!

Sin aliento, comenzaron a ascender por la colina de piedra desmenuzada. Del otro lado parecía haber más claridad. Probablemente, pensó Luke distraído, la claridad se debe a que la vegetación de plantas generadoras de luz allí es más densa.

Al margen de esto, la botánica mimbanita no ocupaba sus pensamientos en ese momento. Tenían que atrapar y despachar al coway herido antes de que lanzara sobre ellos un ejército de compañeros. Alcanzaron la cumbre.

Y se detuvieron al ver lo que aparecía más allá...

CAPITULO X

La caverna desembocaba en un enorme anfiteatro circular, del tamaño del lago negro pero sin agua. En lo alto del lado más lejano de la caverna aparecían varias estructuras pequeñas y de una sola planta. Correspondían al mismo tipo de construcción de la ciudad que habían dejado a sus espaldas y quizá fueran una especie de edificios destinados a cumplir la función de pórtico. Pero éstos no estaban tan deteriorados como las estructuras del centro de la ciudad. Alguien los había mantenido relativamente

intactos. El terreno que los rodeaba estaba limpio de escombros y las paredes y los tejados habían sido separados, aunque toscamente. Todo indicaba que estaban habitados.

Debajo vieron al nativo que la princesa había herido con el hacha. Se sostenía el hombro mientras corría hacia una multitud de seres peludos que se apiñaban en el centro de la caverna. Esta multitud rodeaba una modesta charca, depresión que las filtraciones del techo mantenían llena. Una verdadera fogata ardía a la izquierda de la charca, alimentada por diversas sustancias de color amarillo y marrón que no eran realmente madera pero ardían con plena eficacia.

Enmarcadas por la charca y la fogata vieron tres enormes estalagmitas a las cuales estaban atados dos yuzzem gruñones y una anciana. Halla estaba sujeta por diversas cuerdas parecidas a enredaderas, en tanto Hin y Kee se encontraban prácticamente momificados por muchas más cuerdas. Cerca de allí, Threepio y Artoo Detoo aparecían envueltos en cuerdas-enredaderas.

Un mínimo de doscientos coway, incluidos mujeres y niños armados, rodeaban la charca, la fogata y a los prisioneros. El coway herido que corría hacia ellos gritaba ahora a pleno pulmón.

Luke comenzó a girar. La princesa le cogió del brazo y lo miró fijamente:

-Luke, ¿adonde huiríamos? En sólo unos segundos se lanzarían tras nosotros y tienen la ventaja de conocer los pasadizos. Si tenemos que luchar y morir prefiero que ocurra al aire libre... y no en el lago -recogió el hacha caída.

-Leia, nosotros...

Pero ella había comenzado a deslizarse por los guijarros en dirección a la caverna.

El coway herido se había unido a la multitud y chapurreaba agitado con varios hombres voluminosos que llevaban inequívocas tocas de piedra, hueso y otros materiales. Los reunidos, a medida que se agitaban, volvían la cabeza y lanzaban gritos. Todas sus miradas se dirigieron a los dos seres que avanzaban lentamente hacia ellos.

Luke sostenía el sable de luz con el brazo extendido. El nativo al que Leia había herido señaló el arma resplandeciente y murmuró algo, nervioso.

Mientras se acercaba a la multitud de trogloditas, Luke hizo con el sable un movimiento, que esperaba fuera positivo y en el cual poder confiar. La multitud lanzó un inseguro murmullo y se separó. Interiormente agitados, Luke y la princesa avanzaron, entre las filas de nativos expectantes, hacia los tres cautivos. Aunque respetaban el poder del sable de luz, Luke tuvo la clara impresión de que no los asustaba en lo más mínimo.

-No saben qué hacer -murmuró la princesa, confirmando los pensamientos de Luke-. Parecen admirar tu sable, pero no por ello te elevarán a la categoría de un dios.

-Lo admirarán más si intentan detenernos -agregó Luke torvamente, con confianza creciente. Señaló decidido al grupo de coways que estaba más cerca.

-¡Luke! -gritó Halla mientras él y la princesa se aproximaban a los cautivos.

Ambos yuzzem parloteaban alegremente con Luke y entre sí.

-Bueno, nos encontró -comentó Luke irónicamente mientras estudiaba las ataduras-. Halla, también estaba en lo cierto respecto a esto.

-No era lo que me proponía, muchacho -gritó algo a los tres nativos magníficamente vestidos a los que el herido se había acercado y luego siguió hablando en voz baja con Luke-. ¿Te das cuenta de que no tenemos muchas posibilidades de salir de aquí?

-Halla tiene razón, señor -afirmó Threepio-. Intenten salvarse ustedes.
-No caminé ni remé hasta aquí para terminar sacrificado en nombre de alguna deidad subterránea -replicó Luke con fiereza. Bruscamente comprendió lo que acababa de ocurrir-. Halla, puede hablar con ellos -afirmó sorprendido.
-Un poco. Su lengua es una variante de la que emplean los verdegayes. No es fácil... es como hablar bajo el agua. Pero logro que los jefes me comprendan.
-¿Los jefes?
-Parece que las tribus coway se rigen por un triunvirato -explicó-. Esos tres muchachos sonrientes con toca. Acabo de hacerles una propuesta. Si son tan nobles o caballerescos como supongo, quizá tengamos una posibilidad.
-¿Propuesta? ¿Qué propuesta? -preguntó la princesa con desconfianza.
-En seguida me explicaré - respondió Halla evasivamente-. Habíamos localizado el camino de descenso y estábamos por reunimos con vosotros cuando nos tendieron una emboscada. Nos encontrábamos en un pasadizo estrecho y ellos eran demasiados. Muchacho, utilizaron redes con tus yuzzem y tus amigos androides. No tuvimos la más mínima posibilidad.
-Podríamos tenerla si ahora les liberáramos -sostuvo Luke-. ¿Dónde están sus armas?
-Tómalo con calma, Luke -lo reprendió Halla. Ladeó la cabeza en dirección al grupo de edificios bajos situados a la derecha de la caverna-. Jamás llegarías hasta allí. Además, no vi en qué casa las depositaron. Aunque lo supiera exactamente, nunca podrías liberarnos, recuperarlas y volver a tiempo. Supongo que eres bastante hábil con el sable de luz, pero no creo que puedas luchar contra cien lanzas que vuelan al mismo tiempo hacia ti desde diversas direcciones. A no ser que -la esperanza la estimuló- ese juguete genere una pantalla además de una hoja.
-No -admitió Luke-, sólo genera la hoja. ¿Cuánto tiempo lleva atada?
-Cerca de medio día y la vejiga me está matando -le informó-. Se han dedicado a discutir cómo nos matarán. No nos guardan rencor personal... Simplemente les disgustan los humanos en general. Esto no me sorprende si han podido observar la forma como los mineros tratan a los verdegayes. No creo que nuestros amigos coway se preocuparan demasiado si repentinamente todos los humanos de Mimban recogieran sus petates y se largaran.
-Explíqueles que no somos como los humanos locales -insistió Luke y observó el círculo de rostros hostiles-. Dígales que nosotros tampoco queremos tener nada que ver con la gente de aquí.
-Muchacho Luke, ésta no es una tribu de filósofos -aclaró Halla pacientemnte-. Su concepto del gobierno es endemoniadamente sencillo. No puedes explicar a los coway algo como la rebelión. Pero creo que nos concederán una oportunidad -agregó y miró a los tres jefes que aún sostenían una acalorada discusión.
-No lo creo -intervino la princesa y miró enfadada a la anciana-. ¿Acaso daríamos nosotros una segunda oportunidad al enemigo que ya ha matado a cuatro de los nuestros?
-Según lo que dijo el tipo herido en el hombro que llegó antes que vosotros -continuó Halla-, sólo matasteis a dos. Los demás están heridos. Evidentemente, los coway consideran la muerte como un hecho cotidiano e inevitable. Recordad que se trata de una sociedad primitiva. Según su modo de pensar, los dos que matasteis simplemente

murieron un poco antes de lo debido. Uno de los jefes censuró incluso a los muertos por tomar una decisión errónea. Dice que debieron esperar refuerzos. Sostiene que la culpa no es vuestra, sino de los muertos por comportarse estúpidamente cuando debían haber hecho otra cosa.

-¡Qué barbaridad! -murmuró la princesa.

Halla puso una expresión presuntuosa:

-¿No es eso lo que estaba diciendo? De todos modos, Luke, aquel al que heriste en el hombro está diciendo...

-No fue él -objetó la princesa-, sino yo.

-¿Cómo dices? -el concepto que Halla tenía de la princesa aumentó un punto-. Bueno, no ha dejado de decir que Luke es un gran luchador.

Luke parecía acongojado ante el hecho de que admiraran una acción que él despreciaba.

-Un sable de luz contra lanzas y hachas no es, ciertamente, un combate muy justo.

Halla asintió afablemente.

-Por eso discuten ahora.

-Creo que no la entiendo, Halla.

-Luke, muchacho, intenté decirles todo -explicó- mientras la muchacha y tú os deslizabais por este lado de la pendiente rocosa. Intenté convencerles no sólo de que somos extraños en este planeta y de una variedad distinta a la de los mineros, sino de que vosotros dos combatíais a los humanos de la superficie y de que si ganábamos los expulsaríais de Mimban. Entonces los coway podrían volver a recorrer la superficie siempre que quisieran. Uno de los jefes está a favor, el segundo opina que soy la mayor impostora de la historia de su raza y el tercero está indeciso. Por eso hay tanto alboroto: el primero y el segundo intenta convencer al tercero de que adopte sus respectivas posiciones.

-¿Y la propuesta? -inquirió la princesa.

-¡Ah, eso! -Halla fingió sentirse incómoda-. Sugerí que si no eran capaces de dilucidar la verdad, podían dejar que Canu decida. Por lo que deduje, Canu es el dios local encargado de tomar las decisiones. Lo único que nuestro más grandioso guerrero tiene que hacer para persuadir a Canu de que decimos la verdad es derrotar a uno de los campeones tribales.

Luke parpadeó.

-Halla, ¿de nuevo con lo mismo?

-No te preocupes -le aseguró Halla-. La fuerza está de tu lado, ¿recuerdas?

-¿La fuerza? Preferiría tener el sable.

Meneó la cabeza pidiendo disculpas.

-Lo siento, Luke, muchacho, tú mismo lo dijiste: hachas y lanzas contra un sable no es justo.

Luke apartó la mirada y se mostró desalentado.

-Halla, no soy un luchador y usted sobreestima la utilidad de la fuerza.

-Luke, estos seres no son gigantes.

-Tampoco son enanos. ¿Qué ocurrirá si aceptamos la contienda y pierdo?

Halla respondió con su aplomo acostumbrado:

-Entonces es probable que nos corten el cuello de un modo singularmente primitivo -pateó furiosa el suelo-. Por favor, Luke. Hice todo lo que podía hacer. Es nuestra única

posibilidad. No aceptarán luchar con uno de los yuzzem, no los consideran inteligentes.
-O no los consideran inteligentes o no son tan primitivos como usted supone -declaró la princesa.
-Niña, no se debe tanto a eso como al hecho de que son humanos como nosotros los que explotan la superficie. Por eso somos nosotros los que tenemos que ponernos a prueba ante Canu.
La discusión se interrumpió cuando los tres jefes concluyeron bruscamente su coloquio. Uno de ellos -Luke no lograba distinguirlo- giró y gritó algo a Halla. Ésta escuchó atentamente y luego sonrió.
-Han llegado a una conclusión. Están dispuestos a atenerse a la decisión de Canu -dirigió una mirada preocupada a Luke-. Muchacho, soy una vieja pero, como ya te he dicho, pienso vivir mucho más. No me defraudes.
-Luke, debes vencer -aseguró la princesa-. Si no asisto a la reunión con los conspiradores de Circarpo, probablemente nuestra ausencia impedirá que piensen en unirse a la Alianza.
La mirada de Luke saltó de Halla a Leia.
-¿La Alianza? ¿Y yo? Que no *os* defraude. Escúchenme ambas -se golpeó el pecho y observó a Leia-. A la larga, para mí es más importante seguir con vida que hacer algún oscuro sacrificio patriótico. O -continuó al tiempo que miraba a Halla- que la libere de un aprieto que debió evitar. Usted es la que tiene experiencia en Mimban.
-Luke, muchacho... -comenzó Halla a discutir.
La hizo callar con un movimiento de la mano.
-Ahora, no, ya no tiene importancia -entregó el sable de luz a la princesa-. De acuerdo... ¿cuáles son las reglas? ¿Con quién lucharé? Pongamos fin a esto... como sea.
-Tienes que luchar hasta que uno de vosotros abandone o muera -Halla tradujo dificultosamente las palabras del jefe-. La palabra que significa abandono es *saen.* Pero no importa, porque no ganarás nada si la pronuncias.
Luke se limitó a gruñir y avanzó en dirección a los jefes. Toda la multitud parloteaba, evidentemente a la espera del inminente combate. Luke descubrió que, pese al frío, comenzaba a sudar.
La multitud se abrió y Luke vio por primera vez al coway con el que probablemente lucharía. Perdió parte de la tensión que lo acosaba. Aunque más ancho que Luke, el coway tenía su misma altura. Tampoco parecía demasiado feroz. Entre los reunidos los había más corpulentos y de aspecto más temible. Pero este ejemplar de aspecto modesto era el campeón elegido. Tenía que existir algún motivo, que seguramente descubriría antes de lo que deseaba. Estudió cautelosamente a su rival. Por su parte, el coway le miró, le dedicó una profunda reverencia y realizó un movimiento complejo con ambas brazos.
Incapaz de repetir el complicado ritual, Luke hizo el saludo de la Alianza. La multitud emitió algo que pareció un murmullo de aprobación. También podría haber sido su modo de afirmar que se convertiría en múltiples fragmentos, pero prefirió creer lo contrario.
El coway pasó junto a él y se detuvo al otro lado de la charca.
-¿Y ahora qué hago? -preguntó Luke a Halla.
-Avanza hasta ese lado de la charca y sitúate frente a él -le respondió-. Cuando el segundo jefe, el que está en el medio y tiene en el cuello espinas azules, deje caer el

brazo derecho, os atacáis -su voz carecía de buen humor.
-¿Tendremos que luchar en el agua? -preguntó preocupado.
-Nadie lo ha determinado.
-Está bien.
La multitud lanzó un aullido escalofriante. Se produjo un silencio mortal. El jefe de las espinas azules levantó el brazo y lo dejó caer de golpe. Inmediatamente el coway comenzó a cruzar la charca en dirección a Luke.
Luke rodeó la orilla de la charca e intentó decidir qué haría. ¿Debía golpearlo en el cuello o en la cabeza? Era imposible detectar un punto evidentemente vulnerable bajo esa alfombra de piel gris. Los gritos del público atronaban en las paredes de la caverna.
-¿Para qué se molestó en enseñarle a Luke la palabra que significa abandono si con decirla no ganará nada? -preguntó en voz baja la princesa a Halla.
-Porque espero que si se mete en un aprieto la utilice como último recurso -replicó Halla.
-Pero, ¿qué sentido tendría?
-En coway no significa abandonar, es una maldición local. Creo que tiene algo que ver con las relaciones de parentesco.
La princesa giró y la miró sorprendida.
-En nombre de la Alianza, ¿por qué hizo eso, abuela?
-Pensé que si Luke grita algo desafiante mientras esa bestia lo está liquidando, quizá sirva de algo. No perderemos nada con ello. Luke tampoco. Los coway admiran el coraje.
La princesa estaba demasiado asombrada y enfadada para responder. Sus sentimientos no ejercieron el menor efecto en Halla. La anciana no miraba a la princesa sino a la charca.
-Si tenemos suerte, jamás tendrá que pronunciarla -agregó alegremente-. De todos modos, ya no podemos hacer nada en este sentido.
Luke saltó en la orilla e intentó evaluar la agilidad de su rival. O su contrincante era demasiado inteligente para responder o, probablemente, no le importaba.
El coway avanzó en una implacable línea recta hacia Luke, chapoteó y salpicó agua en una excelente prueba de indiferencia ante todo lo que Luke hacía.
En cuanto a Luke, el coway estaba demasiado entusiasmado con la contienda. Sus acciones mostraban una seguridad que Luke ni siquiera podía imaginarse capaz de compartir.
Si permanecía donde estaba, reflexionó Luke frenéticamente, el coway tendría que salir del agua y subir a buscarlo. Esto daría al preocupado joven una ligera ventaja técnica. Por ello dejó de moverse, apoyó firmemente los pies y aguardó.
El coway arremetió con los brazos abiertos para un abrazo carente de afecto.
Luke respondió al golpe directo con otro golpe directo. En cuanto el ser estuvo cerca, dio su mejor puñetazo a la mandíbula embestidora. Quizá el mentón del coway era de vidrio. En vista de los resultados, la metáfora era inadecuada. La mandíbula inferior del coway era de granito sólido, no de vidrio. A pesar de ello, la potencia del golpe de Luke lo detuvo. Por un segundo.
Cuando volvió a atacarlo, Luke le asestó otro puñetazo a la altura del plexo solar de un humano. Esto ni siquiera frenó al coway. Luke intentó esquivar y pasar por debajo de un brazo extendido, pero el aborigen era sorprendentemente veloz. Agarró a Luke del

hombro y lo obligó a girar.

Desesperado, Luke intentó oponerse y se encontró en el agua. El fondo de la charca era resbaladizo, tropezó hacia atrás y cayó con un chapoteo. Mientras el coway se lanzaba sobre él, Luke giró asustado y se encontró *encima* de su contrincante.

Con ambas manos intentó hundir la cabeza peluda. Ésta no se movió.

Luke comprendió rápidamente por qué los coway habían elegido a aquella versión ligeramente reducida de sí mismos como representante ante la corte de Canu. Era un ser esbelto, ágil y bajo toda la pelusa engañosamente suave había un enorme trozo de músculo.

No había otras reglas, recordó. Deslizó esperanzado una mano por el fondo liso de la charca en busca de una piedra, de cualquier cosa sólida y más pequeña que su puño. Sólo encontró arena y el tanteo lo desequilibró. El coway lo tiró y cayó sobre su pecho. A diferencia del nativo, Luke descubrió que su propia cabeza se hundía fácilmente en el agua.

Unos pocos centímetros de agua lograron convertir los rugidos de la multitud en un eco mortecino. Miró hacia arriba. Distorsionado por el agua, el rostro de batracio del coway le observaba con furia. Una presión inexorable lo mantenía hundido con una mano mientras el nativo se equilibraba con la otra.

Luke giró desesperadamente hacia la derecha. Su boca chocó contra algo tibio y mordió con fuerza. El coway se sacudió y retiró el miembro lastimado.

Luke asomó la cabeza del agua y respiró dichoso. Como otro adversario, los estrépitos de la multitud volvieron a atacarlo. En medio de ellos oyó que Halla, Leia y Threepio le alentaban frenéticamente. Los dos yuzzem ululaban de manera ensordecedora mientras Artoo lanzaba bips y silbidos lo bastante fuertes para anular a la mitad de los coway.

¡Si Hin estuviera en su lugar! El coway que tenía encima no sonreiría con tanta facilidad. Mientras la mano a la que había mordido regresaba e intentaba sujetar nuevamente su cráneo, Luke giró violentamente y tanteó con ambas manos. Los dedos buscaron los flancos del ser, cualquier punto sensible. Sin embargo, la mayor parte de las regiones que Luke buscaba estaban fuera de su alcance.

Impaciente, el coway bajó la otra mano para sostener la cabeza de Luke a fin de cogerla firmemente con la derecha. Equilibrado de esta manera, Luke descubrió que el agua trabajaba a su favor. Se irguió y giró. El nativo oscilante cayó de lado en la charca.

Totalmente empapado y medio ahogado, Luke se tambaleó hasta ponerse de pie. Observó al coway mientras se levantaba e intentó pensar cómo lo atacaría. En el ínterin, el nativo hundió los hombros y arremetió.

En esta ocasión, Luke utilizó la pierna derecha. Mientras el joven consagraba todas las fuerzas que le quedaban en el movimiento, y su pie prácticamente estalló fuera del agua. Alcanzó al coway en el centro, aproximadamente donde se encontraría el estómago de un humano. Fuera por la tremenda fuerza de la patada o por el hecho de que había golpeado una zona vulnerable, el coway lanzó un ay de sorpresa y cayó violentamente sentado en el agua.

Luke se tambaleó hacia él, levantó la pierna y volvió a patear. El coway no estaba tan atontado y levantó un brazo para bloquear la patada. Agarró simultáneamente la pierna erguida y cayó a través de ella. Luke intentó girar mientras el coway todavía sentado

lo empujaba hacia él por intermedio de la pierna que se agitaba. Luke comprendió que si el ser lograba cogerlo a tiempo, todo acabaría. Estaba boca abajo sobre la arena, no podría hacer nada.

Al arrastrar las manos encontró algo rectangular e inflexible. Era una piedra, pero demasiado grande para cubrirla con la mano. Necesitaría ambas manos para levantar algo tan sólido y mucha más fuerza de la que en ese momento poseía.

La mano a la que temía se apoyó en su nuca. Empujó hacia abajo con fuerza brutal; tan fuertemente que la cara de Luke chocó contra el fondo arenoso de la charca. Sintió que los pequeños granos se acumulaban en su nariz. Criado en un mundo yermo, estaba a punto de encontrar una muerte más húmeda de lo que había imaginado.

Sus ideas fueron confusas cuando su sangre absorbió los últimos restos de oxígeno de sus pulmones. Una voz cantó maravillosamente en lo más profundo de su mente. Le exhortaba a que se distendiera. Bueno, era bastante sencillo, reflexionó con placer. Claro que se relajaría. Ahora estaba cansado, muy cansado.

El coway lo consideró un ardid y no soltó la nuca de Luke. En todo caso, apretó con más fuerza al presentir la victoria. Después, milagrosamente, la presión desapareció del cuello de Luke. Incapaz de pensar en volverse para defenderse o atacar, Luke salió disparado hacia la superficie.

¡Aire! El más delicioso de los gases llenó sus ansiosos pulmones, esos fuelles debilitados que bombeaban con más fuerza después de cada bocanada. Escupió agua y permaneció de rodillas, delirante de placer por ser capaz de volver a respirar. Sólo cuando los aterrorizados pedidos de oxígeno de su sistema desaparecieron, se le ocurrió volverse y buscar a su contrincante.

La sangre manaba del costado de la cabeza del coway y caía en las aguas transparentes de la charca. Yacía boca arriba, a las claras inconsciente, quizá muerto.

Un Luke totalmente embotado y algo desconcertado reptó a cuatro patas hasta el coway inmóvil. Tocó con una mano la cara del otro y pasó un puño por encima. Pero no hubo respuesta. El agotamiento del coway era auténtico, no se trataba del juego del gato y el ratón. No se irguió para atacar.

Súbitamente había otro cuerpo en el agua, a su lado.

-¡Ganaste, Luke, lo derrotaste! -le gritaba la princesa al oído. Lo abrazaba fuertemente con ambos brazos y la presión hizo que los dos estuvieran a punto de caer al agua-. ¿No comprendes? -preguntó alegremente-. Ganaste. Ahora estamos libres y podemos marcharnos. Es decir -prosiguió en voz más baja al tiempo que miraba a la multitud silenciosa e intentaba no denotar miedo-, podremos hacerlo si estos seres tienen honor.

-Yo no me preocuparía demasiado por eso, Leia -le aconsejó y se quitó el agua de la cara-. Canu ha juzgado, ¿no lo recuerda? Además, se necesitan muchos años de desarrollo tecnológico avanzado para que una sociedad reduzca el honor a un tópico moral abstracto y carente de verdadero significado. Si estuviéramos en una arena imperial, me preocuparía -miró a los nativos que observaban-. Creo que los coway mantienen su palabra.

-Pronto lo sabremos -agregó la princesa y deseó poder compartir su modo de sentir.

Luke pasó el brazo izquierdo por los hombros de la princesa y ésta le ayudó a levantarse. Mientras dejaban la charca, Luke oyó algo que barbotaba y bufaba como un cerdo en celo. Una mirada hacia la izquierda le permitió ver el cuerpo contorsionado de

su contrincante. Se alegró: el coway no estaba muerto.

En cuanto esto resultó evidente, varios coway se separaron de los reunidos y se acercaron a su pariente herido. Durante un segundo, Luke se sintió preocupado. Había oído hablar de sociedades primitivas en las que el representante vencido o deshonrado de una tribu era condenado a muerte por su fracaso.

Los coway parecían más maduros. Hicieron sentar al campeón derrotado y colocaron cierto tipo de planta ardiente bajo su cara. Luke la olió y esto lo ayudó a recuperar las fuerzas. Intentó alejarse rápidamente. Pensó, sólo a medias en broma, que aunque el coway estuviese muerto, una bocanada de esa sustancia ardiente e increíblemente acre lo habría resucitado.

Algo llamó su atención, se detuvo y lo observó abstraído. No se trataba de los métodos de curación de los coway ni de las reacciones convulsivas del guerrero derrotado, sino de una gran piedra. Del tamaño de la cabeza de un hombre, se encontraba en el agua junto a la cabeza del coway.

Las puntas de sus dedos conservaban el recuerdo de esa piedra. Era la que había encontrado antes de desmayarse. ¿Se había desmayado? Parecía que algo, desde lo más profundo de su interior, algún recurso del que no tenía conciencia, había reaccionado al borde de la asfixia para ayudarlo a levantar la piedra, girar y arrojarla a su adversario.

Pero no recordaba haber apoyado ambas manos en ella, para no hablar de levantarla del agua y lanzarla.

-¿Cómo lo hice? -preguntó a la princesa.

Leia lo miró desconcertada.

-¿Hacer? ¿Hacer qué?

-Derrotarlo... -agregó agotado y señaló al luchador coway.

La mirada de la princesa pasó del nativo a Luke y se dio el lujo de fruncir el ceño.

-¿Quieres decir que no recuerdas? -Luke negó con la cabeza-. Pensé que todo estaba perdido cuando te hundió por segunda vez, Luke. Supongo que me preocupaba innecesariamente, pero el hecho de que permanecieras sumergido durante tanto tiempo nos engañó a todos.

No era un engaño, pensó Luke para sus adentros.

Ahora la princesa sonreía.

-Después arrojaste esa piedra enorme. Le diste en la sien. El ser no la esperaba. Ni siquiera intentó esquivarla. No sabía que eras un luchador tan ágil cuerpo a cuerpo, Luke.

Luke podría haber puesto objeciones, mencionando que él tampoco lo esperaba. Pero la evidente admiración que brillaba en los ojos de la princesa le instó a guardar silencio. Discutirían todo eso más tarde, se dijo a sí mismo.

Pero había un hecho indiscutible: de algún modo, *había* arrojado la piedra. Mediante un método u otro, la había lanzado. Eso era lo importante. Ahora importaba averiguar si su evaluación de los coway haría que su misterioso esfuerzo valiera la pena.

Se reunieron con Halla y los demás. Todos intentaban felicitarle a la vez. Luke no respondió. Recuperó su sable de manos de la princesa y lo utilizó con el mínimo de energía para cortar las enredaderas que sujetaban a la vieja Halla a las estalactitas. La anciana estuvo a punto de caer, momentáneamente incapacitada por la falta de circulación sanguínea en las piernas atadas. Pero la princesa estaba allí para

sostenerla.
-Muchas gracias, muchachita -Halla se agachó y se frotó los muslos.
Luke comenzó a liberar a los yuzzem y a los androides. Al hacerlo, uno de los jefes -el que había dado la señal para iniciar el combate- se interpuso entre Luke y Hin. Durante un terrible momento Luke creyó que había juzgado de un modo totalmente erróneo a los coway, que se había formado una opinión romántica en lugar de realista. ¿Tendría que luchar otra vez? ¿O quizá los yuzzem, que no eran humanos, tendrían que realizar alguna hazaña difícil a fin de ganar su libertad? ¿A qué faceta inimaginable de la ley subterránea tendrían que enfrentarse ahora?
No era necesario que se inquietara. El jefe sólo deseaba mostrar la decisión de Canu de un modo comprensible para todos. Luke observó, en guardia, mientras el nativo cogía entre sus prendas un cuchillo de piedra volcánica de afilada hoja y se relajó cuando vio que lo utilizaba para cortar las ataduras de los yuzzem y luego las de los androides.
Su alivio desapareció cuando oyó un murmullo y al girarse vio que varios coway le acercaban al ser con el que había luchado. Sostenían por los brazos al nativo vendado. El campeón se quitó de encima al par de ayudantes mientras se aproximaba a Luke.
Con los músculos tensos, Luke asió firmemente el sable de luz y esperó. Kee parloteó amenazador pero Luke levantó una mano para serenar al yuzzem.
El guerrero coway estiró ambos brazos, cogió a Luke de los hombros y tiró. Luke pensó que, después de todo, tendría que usar el sable, pero el nativo lo apartó suavemente. Después le pegó en la mejilla.
Luke parpadeó. El golpe había sido tan potente que estuvo a punto de derribarlo. El coway murmuró algo, pero no parecía un desafío.
-No te quedes quieto -lo instruyó Halla, divertida-, devuélvele el golpe.
-¿Qué? -Luke estaba desconcertado y no se avergonzó de demostrarlo-. Creí que la pelea había terminado.
-Así es -agregó Halla-. Ésta es la forma en que reconocen que eres el más fuerte. Vamos, devuélvele el golpe.
-Bueno...
Luke adelantó la mano derecha y golpeó al coway quieto con suficiente fuerza para que al nativo le rechinaran los dientes. A pesar de las afirmaciones de Halla, se preparó para algún tipo de respuesta violenta. Pero el nativo mostró expresión de satisfacción y cayó de rodillas ante Luke mientras la multitud aullaba en señal de aprobación.
Cuando el guerrero se apartó hacia un costado, el segundo jefe se acercó. Habló solemnemente y dirigió las palabras a Luke.
-Por lo que he entendido -tradujo Halla suavemente-, nos invitan a que nos quedemos para el festín de esta noche.
-¿Cómo pueden distinguir la noche del día? -intervino la princesa.
-Probablemente colocan observadores en las salidas a la superficie -conjeturó la anciana-. Si no han sido siempre moradores subterráneos, lo más probable es que conserven los métodos de superficie para medir el tiempo.
-¿No puede rechazar la invitación en nombre de todos? -preguntó Luke esperanzado-. Explíqueles que tenemos suma urgencia en regresar al mundo de arriba.
Halla murmuró algo en dirección al jefe, que respondió de inmediato:
-Luke, no se trata exactamente de una invitación. Parece que si no aceptamos compartir el festín, no sólo agraviamos su sentido de la hospitalidad sino también el

de Canu. Desde luego, nos queda una posibilidad. Si seguimos rechazando la invitación, basta con que escojamos uno de nuestros campeones para que luche con uno de los de ellos y entonces...
Luke la interrumpió para decir:
-Acabo de darme cuenta de que estoy famélico...

CAPITULO XI

No tenían ningún indicio de que fuera de noche. Cuando llegó la hora del festín, en la enorme caverna había tanta claridad como de costumbre. La vida vegetal fosforescente del interior de Mimban funcionaba según horarios que ignoraban los movimientos ocultos de los cuerpos astronómicos.
Después de secar sus ropas junto a la hoguera permanente y vestirse, Luke se sentía casi bien. Pero el cuello le seguía doliendo en el punto donde los dedos inflexibles del coway le habían apretado.
Pasaron grandes bandejas con alimentos de aspecto exótico alrededor de una serie de círculos concéntricos trazados en torno a la charca. Los visitantes fueron agasajados con danzas sin fin, tolerables a pesar de la música rítmica y doliente gracias a los saltos y y movimientos realmente sorprendentes de los elásticos artistas coway.
Halla dio su opinión sobre cada plato y explicó qué alimentos toleraba el organismo humano y cuáles rechazaba. Evidentemente, lo que servía para el hombre también era bueno para los yuzzem, aunque descubrieron un par de excepciones que les retorcieron el estómago, ninguna de ellas fatal.
Luke comió con ganas. Consideró que, en algunos casos, las evaluaciones de Halla eran muy equivocadas, pero consumió lo suficiente para satisfacer a sus ansiosos anfitriones.
Aunque gran parte de los alimentos se parecía al material aislante reelaborado del fuselaje de una nave con ala en forma de X, un par de las delicias de los *gourmets* subterráneos eran realmente exquisitas. Intentó concentrarse en esos manjares. En realidad, comió mucho más de lo que pensaba. Aunque de origen desconocido, los platos que le ofrecían eran frescos. Y constituían un cambio conservador de la dieta permanente de concentrados gracias a la cual Leia y él habían subsistido.
Por su parte la princesa, que estaba sentada a su izquierda, parecía disfrutar enormemente de los entremeses. Evidentemente, sus sentimientos respecto de la superficie de Minaban no se extendían a la crítica de sus habilidades artísticas.
Una pregunta provocó una respuesta sorprendente.
-Ésa es una de las cuestiones que está tan mal dentro del Imperio, Luke -comentó Leia entusiasmada-. Su arte se ha vuelto tan decadente como el gobierno. Ambos sufren la falta de vitalidad creadora. No fue la política sino esa vitalidad creadora lo que me condujo, al principio, a la Alianza. Es probable que políticamente fuera tan ingenua como tú.
-No lo comprendo -aseguró Luke secamente.
-Luke, mientras vivía en el palacio de mi padre me aburría terriblemente. El análisis de las razones por las que nada me divertía me llevó a descubrir que el

Imperio había anulado todo pensamiento original. Los gobiernos totalitarios establecidos desde hace mucho tiempo temen todo tipo de expresión libre. Una escultura puede ser un manifiesto, una opinión por escrito puede convertirse en un grito de rebelión. De la estética corrompida a la política corrupta había un paso muy pequeño que la mayoría de las personas que me rodeaban ya habían descubierto.

Luke asintió: realmente le hubiera gustado comprender. Quería hacerlo porque, evidentemente, lo que la princesa acababa de decir era muy importante para ella.

Escogió una fruta pequeña de la bandeja que estaba más cerca de él, fruta parecida a una diminuta calabaza rosada. Dio un mordisco. Un jugo azul manchó su pechera y provocó la risa de Halla y la princesa.

No, reflexionó, probablemente nunca comprendería del todo a la princesa.

-¿Qué espera de un muchacho campesino poco instruido? -murmuró y se rió de sí mismo.

-Creo que en cuanto muchacho campesino poco instruido, eres uno de los hombres más complejos que conozco -respondió delicadamente la princesa sin mirarle.

La música y los cantos primitivos se perdieron en el fondo mientras se volvía sorprendido hacia ella. Como un lanzamisiles que vigila a su presa, los ojos de Luke se posaron en los de Leia. Se produjo una breve y muda expresión antes de que ella apartara rápidamente la mirada.

Pensó con denuedo en algo en que apenas se había atrevido a pensar durante varios años y volvió a morder la fruta, esta vez con más cuidado.

Súbitamente abrió la mano como si hubiese recibido un disparo. El bulbo rosado cayó al suelo mientras Luke se erguía con los ojos abiertos y fijos. La princesa se levantó e intentó descubrir el significado de su expresión boquiabierta.

-Luke... ¿Qué ocurre?

Luke dio un par de pasos inseguros.

-Muchacho, ¿fue la fruta? -preguntó Halla que también parecía preocupada-. ¡Muchacho!

Luke parpadeó y se movió lentamente hasta mirar a todos.

-¿Qué?

-Amo Luke, estamos preocupados. Usted...-

-Threepio calló cuando Luke giró para mirar hacia el este.

-Él se acerca -murmuró y recalcó cada letra-. Está cerca, muy cerca.

-Luke, muchacho, será mejor que hables con sensatez o haré que Hin te ate y te administre algunas di-píldoras -dijo Halla-. ¿Quién se acerca?

-Percibí una agitación -susurró Luke a modo de respuesta-. Una profunda perturbación de la fuerza. Ya la había notado débilmente. La sentí con más potencia cuando asesinaron a Ben Kenobi.

Leia respiró aterrorizada y abrió desmesuradamente los ojos.

-No, otra vez él, no, aquí no.

-Leia, algo más negro que la noche agita la fuerza -dijo Luke-. El gobernador Essada debió de ponerse en contacto con él y lo envió aquí. Tendrá un interés especial en localizarnos, a usted y a mí.

-*¿Quién?* -gritó Halla llena de frustración.

-Lord Darth Vader -musitó Leia, con voz apenas audible-. Un oscuro señor de Sith. Nosotros... ya nos conocimos -le temblaban las manos e intentó dejarlas quietas.

Un nativo que gritaba quebró el breve instante de desolada contemplación. La música cesó. Los bailarines interrumpieron sus saltos y piruetas que desafiaban la gravedad.

Los tres jefes se pusieron de pie y miraron al nativo que corría hacia los reunidos. El recién llegado cayó en brazos de un jefe. Pronunció un breve monólogo. Después el jefe soltó al mensajero coway jadeante, se volvió y gesticuló con desenfreno mientras transmitía a su pueblo la información del mensajero.

La consternación remplazó a la alegría entre los coway reunidos. Poco después el ordenado festín se había convertido en una algarabía, los nativos corrían en todas direcciones, agitaban los brazos peludos y abrían los ojos, presos del pánico. Olvidaron, pisotearon o volcaron la comida, los utensilios y los instrumentos musicales.

Después el jefe se acercó a los invitados y parloteó con Halla.

-¿Qué dijo?

Halla se volvió hacia Luke y los demás.

-Se acercan humanos. Humanos de cascara dura. Bajan por el pasadizo principal que conecta con la superficie. Por el camino que tomamos nosotros -estaba enfadada, furiosa-. Muchos humanos que transportan varillas de muerte. Ya han matado a dos coway que recolectaban alimentos cerca de la salida e intentaron huir.

-Soldados imperiales con armadura -murmuró Luke satisfecho-. Tiene que ser así, dado que percibí la otra presencia.

-¿Cómo pudo Vader descubrirnos aquí abajo? -inquirió la princesa-. ¿Cómo? -Luke escuchaba algo que ninguno de los demás podía oír, por lo que Leia se dirigió a Halla-. ¿Es posible que siguiera los rastros del reptador de los pantanos?

Halla analizó de mala gana esa situación imposible.

-Es posible, pero lo dudo. En muchos sitios flotamos por encima de la ciénaga y no pudimos dejar rastros. Pero quizás un rastreador máximo pudo trazar un curso aproximado por la superficie y aprovechar las huellas que dejamos. De todos modos, parece increíble. Conozco todos los rastreadores de terreno imperiales y ninguno de ellos es tan competente.

-Aunque uno de ellos lo fuera -agregó la princesa-, ¿cómo pudieron ir desde el reptador inutilizado hasta la salida de la caverna de los coway? ¿Cómo se enteraron de que estábamos aquí abajo?

-Tal vez pensaron que una vez destruido nuestro reptador buscaríamos refugio bajo tierra -dedujo Halla-. Pero no comprendo cómo supieron que estábamos concretamente en esta cueva.

-Supongo que probablemente soy la causa -todos miraron a Luke-. Sin duda alguna, del mismo modo que percibí a Vader, él puede percibirme a mí. Ha tenido mucha más experiencia con la fuerza que yo, por lo que probablemente sus sentidos están más afinados. No hay que olvidar que fue discípulo de Obi-wan Kenobi -miró hacia el túnel-pozo que conducía a la superficie de Mimban-. Viene a buscarnos.

Aunque no era posible que un androide se desmayara, See Threepio hizo una imitación convincente. Artoo regañó a su compañero.

-Artoo tiene razón, Threepio -agregó Luke-. El hecho de que te desconectes no ayudará a nadie.

-Ya... lo sé, señor -respondió el alto androide-, pero que un oscuro señor venga aquí... Basta con esa idea para que mis sensores se sobrecarguen.

Luke sonrió torvamente.

-Los míos también, Threepio.
Los otros dos jefes se reunieron con el tercer miembro del triunvirato coway y comenzaron a balbucir. Su chachara estuvo acompañada de innumerables gestos y muchos movimientos de manos. Luke tuvo la impresión de que muchos de los gestos y gran parte de la conversación se referían a los tres humanos que se encontraban cerca.
Al final los jefes giraron y miraron expectantes a Luke. Desconcertado, éste apeló a Halla para que le diera una explicación. Las palabras de la anciana no le gustaron demasiado:
-Dicen que, puesto que derrotaste a su campeón, eres el mayor guerrero presente.
-Tuve suerte -afirmó Luke honradamente.
-Ellos no entienden eso de la suerte -replicó Halla-. Sólo se atienen a los resultados.
Luke cambió de una posición a otra. Las miradas impertérritas de los tres jefes le hacían sentir profundamente incómodo.
-Bueno, ¿qué esperan que haga? No pensarán luchar, ¿verdad? ¿Hachas y lanzas contra fusiles energéticos?
-Quizá las diferencias tecnológicas sean enormes -intervino la princesa y le miró con atención-, pero yo no subestimaría a estas personas. Prendieron a dos yuzzem adultos sin artilugios complicados. No creo que un grupo de humanos lo hubiese hecho mejor. ¡Luke, además conocen los pasadizos y los túneles! Saben dónde están los sumideros opuestos al terreno sólido. La fuerza no es un fenómeno geológico... Quizá tengamos una posibilidad.
-Los coway tendrían menos problemas si negociaran -musitó Luke no muy convencido.
-Lo siento, Luke, muchacho -se disculpó Halla después de un breve diálogo con uno de los jefes-. Una invasión de fuerzas es distinta a la aparición de un par de vagabundos. Quieren combatir. Canu juzgará -sonrió.
-Halla, me gustaría tener su confianza en la justicia aborigen.
-No te opongas a ella, muchacho. El viejo Canu se portó bien contigo, ¿no?
-Luke -suplicó la princesa-, no tenemos dónde huir. Tú mismo lo has dicho. Si Vader sabe que estás aquí, probablemente también está enterado de que estoy contigo y no se detendrá hasta que... -vaciló, carraspeó y continuó-. No se detendrá, Luke, aunque tenga que seguirnos hasta el centro de Mimban. Lo sabes. No nos queda otra opción. *Tenemos* que combatir.
-Nosotros, quizá -reconoció-, pero los coway no necesitan hacerlo.
-Combatirán al margen de lo que tú hagas, Luke -aseguró Halla-. Ya hemos afirmado que estamos en contra de lo que se propone aquí el consorcio minero. Los jefes quieren que demostremos que hablábamos en serio.
El cerebro de Luke era un hervidero de ideas. De vez en cuando, dos o tres ideas chocaban, creaban mayores confusiones mentales y le llevaban a desear únicamente un lugar bonito y sereno en el cual ocultarse.
Pero...
Estaba harto de huir.
Al reflexionar, comprendió que Leia y él se habían dedicado a huir desde que tocaron el suelo de Mimban. Reparó en que Halla, Leia y los tres jefes coway esperaban ansiosamente una respuesta. La expresión de la princesa era insondable.
Naturalmente, tomó la única decisión que podía tomar...

En el frenesí posterior de los preparativos, Luke descubrió que los coway no estaban tan desvalidos como temía. Por ello no se sorprendió demasiado al saber que los nativos ya habían sufrido ataques anteriores desde arriba, tanto de los carnívoros depredadores como de otras tribus primitivas.

Luke se dio cuenta de que la mayor parte del tiempo observaba, admirado, los preparativos de los coway para contrarrestar la invasión humana en lugar de hacer sugerencias. Cumplían con su cometido con entusiasmo y un torvo deleite.

Luke se alegró tanto por su competencia como por su actitud. Su principal preocupación se mitigó ligeramente : el temor de que cientos de coway pudieran morir para defenderlos a él y a la princesa. Se sintió reconfortado al saber que compartían su ira por las figuras de trajes brillantes que llegaban desde arriba.

Gracias a la táctica utilizada por los imperiales, Luke comprendió que la princesa estaba demasiado furiosa para asustarse realmente. Intentó avivar su furia. Todo lo que le impidiera pensar en Vader valía la pena.

-Utilizan armas energéticas contra seres sensibles y primitivos -murmuró ultrajada-. Otra tosca violación de la primigenia constitución imperial. Otro motivo para que la Alianza siga combatiendo.

-Jovencita, los coway no tendrán buena opinión de tu exaltada forma de actuar -comentó Halla- ya que consideran que nosotros somos los primitivos. A juzgar por la manera que Grammel y sus acólitos se comportan con las razas locales, tengo que ponerme de parte de nuestros amigos de la subsuperficie.

Mientras los defensores preparaban su estrategia para el ataque inminente, Luke y la princesa se vieron reducidos a explicar las ventajas y limitaciones de las armas con las que probablemente se enfrentarían.

Al menos, musitó Luke, no todo serían hachas y lanzas. Levantó la pistola y gozó de su peso, que suponía una eficacia mortal. Era una de las armas que les habían quitado a Halla y a los yuzzem después de la captura y que ahora les devolvieron.

Hin se volvió rápidamente y entregó su fusil energético a la princesa. Explicó a Luke que se sentía más a gusto con el enorme hacha que los coway le habían ofrecido.

La actitud de Kee fue más civilizada y prefirió quedarse con el fusil. Quizá «civilizada» no fuera la palabra correcta.

Kee ayudaba a instalar una red cuando un potente crujido resonó como un rayo en el sinuoso túnel de la entrada. Según Halla, en ese momento los invasores se encontraban a mitad de camino entre la ciudad de la caverna y la salida a la superficie.

-Un fusil E-11 para la tropa -comentó con pericia la princesa mientras se apagaban los últimos ecos del disparo-, apertura de un cuarto de centímetro y fuego continuo pero de baja energía -intentó acomodar el arma pesada que Hin le había dado en una posición más práctica.

Aunque su identificación de la fuente del estampido fue menos exacta que la de la princesa, los coway reconocieron el peligro. Se entregaron con frenesí a una última tanda de preparativos.

Se oyó la llamada de una serie de exploradores adelantados y desplegados. Los coway comenzaron a desaparecer ante la mirada de Luke: se movían, saltaban, se ocultaban donde no parecía posible la existencia de un escondite. Se internaron en grietas y hendeduras, en el suelo, se deslizaron por los agujeros del techo de la caverna y permanecieron inmóviles tras la cortina de falsa piedra que pendía.

Luke y la princesa se reunieron a toda prisa con Halla. Ambos yuzzem avanzaban hacia los puestos que les habían asignado con anterioridad y se mezclaban con los coway menos ocultos. Los dos androides se situaron fuera del alcance de los disparos.

Halla concluyó la conversación con uno de los jefes y giró hacia ellos,

-¿Cuántos? -fue la primera pregunta de Luke.

-Los exploradores no están seguros -respondió Halla-. En primer lugar, los imperiales también cuentan con cazadores adelantados. Ése fue el origen del disparo que oímos. Además, están desplegados por toda la cueva. Pero si he comprendido bien la numeración coway, creen que un mínimo de setenta.

-¿Todos a pie? -preguntó la princesa.

-Sí. No tienen otra posibilidad y esto nos favorece. El túnel está demasiado lleno de cascajos y en algunos puntos es demasiado estrecho incluso para que pase un pequeño transporte personal.

-Me alegro -afirmó Luke e intentó animar su espíritu y el de los demás-. No tendremos que hacer frente a armaduras móviles ni a armas pesadas.

Halla rió entre dientes.

-¿Por qué motivo Grammel las consideraría necesarias? Ciertamente, no contra nuestros pobres y primitivos coway. Basta con sesenta o setenta soldados imperiales provistos de armas energéticas y armadura personal para capturar a unos pocos fugitivos mal armados.

-Bromas aparte -agregó convencido Luke-, será menester algo más que valor y coraje para evitar que esto se convierta en la matanza de nuestros amigos.

-No estoy de acuerdo contigo, Luke, muchacho -murmuró satisfecha la anciana-. Dame siempre valor y coraje.

-Yo sólo quiero un disparo certero contra Vader -gruñó la princesa y apretó las manos en la culata del fusil. El odio que ardió en esos ojos pertenecía a un rostro mucho menos frágil-. Excepto esa posibilidad, no pido nada a la vida.

Luke la miró y murmuró con sentimiento:

-Espero que la consiga, Leia.

-Esto me recuerda una posibilidad preocupante -agregó ella después mientras subían para ocupar sus sitios tras un baluarte de travertino rayado-. ¿Y si Vader no viene con la fuerza de ataque?

-Viene -aseguró Luke.

-¿La fuerza?

Luke asintió lentamente con la cabeza.

-Además, como ha afirmado, él sabe que usted y yo estamos aquí. Vendrá para supervisar la captura -afirmó y agregó después de tragar saliva con dificultad-: Para cerciorarse de que nos cogen con vida.

Leia pasó el pesado fusil por encima del borde de la pared y murmuró enérgicamente:

-Eso es algo que jamás hará -luego se distendió y centró su mirada sincera e impertérrita en su compañero-. Luke, si se *tratara* de eso...

-¿De qué?

-De que nos cojan vivos -él demostró que comprendía y Leia continuó-: Prométeme que al margen de lo que sientas por la rebelión, al margen de lo que puedas sentir por mí, me atravesarás la garganta con el sable que llevas en el cinturón,

Luke la miró incómodo.
-Leia, yo...
-¡Júralo! -exigió con la voz de una gatita de acero.
Luke murmuró algo que la satisfizo. Repararon en que un coway lo llamaba en voz muy baja desde arriba. Halla lo miró desde su puesto en lo alto de la pared de la caverna, a la izquierda.
-¿Cuándo cerraréis el pico? Callaos ahora, niños... tenemos compañía.
El silencio reinó en el túnel. Luke se esforzó por ver hasta que le dolieron los músculos de detrás de los ojos, pero el escondite de los coway era perfecto. Docenas de éstos estaban ocultos a pocos metros de él, pero sólo logró divisar a unos pocos. Cercanos y notorios sólo estaban Leia, Halla y Kee, la boca de cuyo fusil sobresalía como una piedra rota entre un par de inmensas estalagmitas. De Hin no había rastro.
El aire del túnel estaba tan transparente e inmóvil que Luke oyó el paf-paf metálico de los primeros soldados imperiales antes de verlos. Poco después aparecieron ante sus ojos las conocidas formas parecidas a robots. Aunque de carne y sangre bajo la armadura, las figuras lejanas llevaban con indiferencia los rifles, a la altura de la cintura. Evidentemente, esperaban poca o ninguna resistencia.
Mientras los estudiaba, Luke comprendió que los coway tenían razón: en un lugar tan cerrado la armadura de energía se volvería contra quien la llevara. Dicha coraza volvía invulnerable a su usuario a la mayoría de las armas energéticas, salvo en puntos vitales como las coyunturas y los ojos, donde la protección era necesariamente menor. Además, la armadura reducía la visión del soldado. Esto no era tan importante en una batalla librada en una nave, por ejemplo, con sus pasillos anchos y sin obstrucciones. Pero en un túnel enmarañado, la visión era más importante que un disparo extra.
Como en respuesta a una señal, cuatro coway -dos a cada lado del estrecho sendero- se materializaron silenciosamente desde sus escondites invisibles. Los dos exploradores adelantados desaparecieron de la vista con sorprendente velocidad. Pero para Luke no era tan sorprendente. Conocía el poder de los músculos de los coway. En el silencio que siguió a ello, pudo oír el crujido producido por los miembros y los huesos a través de la embarazosa armadura.
Esperó nerviosamente que ocurriera algo. Todos sabían que si los cuatro coway elegidos para la tarea de eliminar a los exploradores cumplían mal su misión, si perdían unos pocos segundos, uno de los exploradores tendría tiempo de alertar a los soldados que venían detrás a través del comunicador de su casco. Los defensores perderían su arma más potente: el factor sorpresa.
Todavía esperaba cuando un coway se deslizó tras él, tan calladamente que Luke estuvo a punto de lanzar una exclamación. El nativo emitió un sonido tranquilizador, realizó un movimiento con los músculos faciales que podía haber sido una sonrisa y desapareció tan silenciosamente como había llegado. Dejó dos fusiles y dos pistolas: las armas que llevaban los exploradores imperiales que habían sucumbido en la emboscada.
Luke estudió entusiasmado el pequeño arsenal. Se ocultó totalmente tras la pared de travertino, quitó la carga energética de uno de los fusiles y la utilizó para cargar al máximo su sable de luz. Luego cambió su pistola por una nueva y volvió a ocupar su sitio junto a la vigilante princesa.
-Deberíamos llevarle el otro fusil a Hin -dijo en un susurro mientras vigilaba el

túnel.
-No hay tiempo -opinó Leia con sensatez-. No sabemos dónde está ahora. No podemos arriesgarnos.
-Supongo que tiene razón -examinó el rifle cargado a medias y el otro totalmente cargado, además del par de pistolas-. Al menos estaremos bien armados durante más tiempo del que pensé.
El paso rítmico de los pies cubiertos de metal que golpeaban la piedra finalmente llegó hasta ellos. Toda palabra se congeló en sus labios en cuanto la sección principal de soldados apareció ante sus ojos. Marchaban cautelosamente, de a tres y cuatro por fila, mientras rodeaban el estrecho sitio que los dos desdichados exploradores habían atravesado segundos antes. La luz fosforescente amarillo-azulada de las plantas del túnel hacía brillar las lisas armaduras y las armas inmaculadas.
Se acercaron cada vez más, hasta que Luke temió que llegaran a su pared antes de que Halla y los jefes acordaran el inicio de las hostilidades. Resonó una voz estridente y potente en lengua coway. La caverna se convirtió en un caos. Una catarata de sonidos llenó el espacio donde segundos antes sólo había dominado el silencio. Luke pensó que el ruido, concentrado y ampliado por los muros de la caverna, bastaría para paralizar a la mayoría de los hombres.
Los soldados atrapados en el remolino eran tropas imperiales. Pero no constituían la guardia de palacio del emperador. Eran hombres a los que habían confinado desde hacía demasiado tiempo en un mundo atrasado y desolado, mundo en que la disciplina y el entrenamiento se relajaban al mismo tiempo que la moral. Los gritos de los humanos y de los coway resonaron a través de la caverna.
Los estallidos de luz intensa de las armas energéticas crearon una delirante destrucción en el túnel embotellado. Luke descubrió que disparaba la pistola sin cesar. Junto a él oía tableteos constantes y confiados mientras la princesa accionaba el fusil pesado.
Más arriba, Halla y Kee comenzaron a arrojar un fuego sanguinario sobre la masa de soldados confundidos y densamente apiñados. Poco después tuvieron que reducir el fuego y elegir los blancos con más cuidado, pues los coway comenzaron a salir de debajo de telas camufladas con arena para arrojar a los sorprendidos soldados en fosos ocultos, a surgir de detrás de estalagmitas partidas por la mitad o a dejarse caer de las grietas del techo.
Al ver que amigos y enemigos estaban mezclados de modo inseparable, Luke arremetió por la ligera pendiente con el sable en una mano y la pistola en la otra. A pesar de sus consejos, Leia había descartado el fusil. Con la pistola en la mano, corrió tras él para participar en el combate cuerpo a cuerpo.
Junto a Luke adelantó sus pies la princesa, y con su patada decapitó a un soldado azorado que no giró con bastante rapidez.
Dado que los rayos energéticos estallaban salvajemente en todas direcciones, en el túnel el peligro era infernal. Luke cortó las piernas blindadas de un soldado antes de que éste pudiera levantar la pistola y apuntar. Sin comprenderlo, luego giró ciegamente hacia atrás. El haz azul del sable de Luke interceptó el rayo directo de un rifle imperial.
Giró y apenas tuvo tiempo de agradecer mudamente a Ben Kenobi. El soldado estaba tan desconcertado por la coincidencia aparente de que su disparo hubiese sido

bloqueado que no reaccionó a tiempo. Pensó que algo funcionaba mal en su arma y la acomodó para compensar la supuesta falla. Mientras volvía a levantarla, Luke le atravesó el esternón.

Se volvió y se zambulló en lo más denso del combate. Buscaba una figura. Finalmente apareció, erguida en lo alto, cerca de la retaguardia de la multitud combatiente.

-¡Vader! ¡Darth Vader!

Un soldado herido arremetió contra él y Luke tuvo que detenerse para hacer frente a la amenaza más urgente.

Pero el Oscuro Señor lo había oído. Sorprendida, la gigantesca forma negra activó su sable, se mezcló entre la multitud y trató de abrirse paso hasta Luke.

La princesa también intentaba abrirse paso en medio de la refriega. Pero no se dirigía hacia Vader. Avanzaba hacia una estalagmita cuya parte superior destrozada formaba una plataforma; una halcona que volaba hacia su presa.

Bajo la dirección del capitán-supervisor Grammel, cerca de diez soldados treparon hacia el terreno alto e intentaron organizar un fuego que cubriera toda la longitud del túnel. Alcanzaron la cima del pequeño lomo y apuntaron sus armas hacia los que luchaban debajo. Como proyectiles peludos, Hin y varios coway se dejaron caer desde los escondites más elevados.

Rugiendo de deleite, los enormes yuzzem agarraron **a** la vez a soldados armados y los entrechocaron hasta que la armadura comenzó a resquebrajarse por las junturas. Mientras tanto, los musculosos coway causaron estragos entre los demás soldados.

Vader hizo un alto en medio de la refriega y evaluó furioso el cariz que tomaba la batalla. Esgrimió un puño amenazante en dirección a Luke y se dirigió al tembloroso oficial que estaba a su lado.

-¡Grammel! Forme a todos los supervivientes en la superficie.

-Sí, mi lord -respondió al acongojado capitán-supervisor.

Activó la unidad de canales múltiples de su casco y ordenó la retirada de las tropas que quedaban.

Pequeños grupos de soldados comenzaron a separarse de los coway y a correr hacia la superficie. Luke se sorprendió al ver cuan pocos quedaban.

Los soldados se retiraban ordenadamente. En ese momento, uno de los jefes coway que permanecía oculto en el punto más alto se irguió e hizo una señal. Su orden se transmitió por el túnel de nativo en nativo escondido. Varios coway tiraron de un cable de enredaderas. Este movimiento hizo que una estalactita de varias toneladas de peso que estaba apenas sujeta cayera de su emplazamiento de varios eones de antigüedad. Cayó con un estrépito titánico. Media docena de soldados quedaron aplastados debajo.

Aún más reducidos numéricamente, los soldados se dejaron dominar por el pánico, arrojaron las armas y corrieron por el pasadizo tan rápido como la armadura les permitía. La mayoría de ellos quedaron apresados por las redes que los pacientes coway les lanzaron desde arriba. Esas mismas redes habían sujetado a los yuzzem. Los soldados que se agitaban entre los hilos paralizadores no tenían la más mínima posibilidad.

Leia Organa llegó a la cumbre del pináculo, se tumbó en el suelo y acomodó el fusil pesado que había cogido de nuevo. Intentó concentrarse en una sola figura vestida de negro que avanzaba inexorablemente y sin temor por el túnel. Vader estaba rodeado

por Grammel y unos pocos soldados. Leia no podía esperar. Poco después el Oscuro Señor desaparecería de su vista.

Mientras ella activaba el gatillo, Vader se volvió e hizo señas a varios soldados rezagados. Un potente rayo de energía le alcanzó en el costado y lo hizo rodar por el suelo. Leia sonrió. Su alegría se tornó en decepción cuando volvió a mirar por la precisa mira telescópica.

Vader había rodado y retenía el humo que salía de su costado izquierdo. En su manto protector se veía un agujero y la armadura negra que llevaba debajo se había derretido parcialmente. Pero la fuerza total del rayo energético no le había abatido.

El Oscuro Señor se puso de pie y, durante un instante, pareció mirarla directamente. Después volvió a avanzar, todavía tranquilo aunque con mucha más energía, hacia la salida.

La princesa volvió a apuntar frenéticamente y disparó... al tiempo que Vader desaparecía de su vista. El rayo estalló contra la parte inferior del techo y aniquiló piedra y mineral, pero no infligió daño alguno a la perversa figura que se encontraba más lejos.

-Bueno, maldición -murmuró suavemente, irritada consigo misma.

Dejó el fusil encima de la estalagmita, cogió la pistola y comenzó a bajar para volver a participar en el combate.

Pero ya no había combate en que participar. Cogidos totalmente por sorpresa, los soldados habían sido diezmados. Ahora los que quedaban, impotentes y desalentados, eran metódicamente abatidos por los coway triunfantes. Los que intentaban huir de la refriega eran alcanzados por los rayos bien dirigidos de Kee y Halla.

Leia vio que Luke caminaba con los ojos desmesuradamente abiertos en medio de la carnicería e intentaba convencer a los coway chillones y gritones de que no redujeran a los heridos a pedacitos. Inmerso en la náusea de la batalla, Luke se estremeció y la miró furioso cuando ella lo cogió del brazo.

-Olvídalo, Luke -le aconsejó cariñosamente-. Déjalos,

-Están matando a los heridos -gritó angustiado-. ¡Mírelos... mire lo que hacen!

-Sí, es casi humano -comentó-, aunque los imperiales habrían sido un poco más metódicos.

-¿Está de acuerdo con esto? -preguntó acusadoramente.

Ella no respondió, se limitó a mirarlo hasta que Luke hundió los hombros totalmente agotado y apenado.

-Lo siento, Luke -agregó suavemente-, pero en este universo hay muy pocas cosas que se eleven por encima de lo miserable y mezquino. Quizá las estrellas. Vamos -le propuso con una sonrisa estimulante-, busquemos a Hin, a Kee, a Halla y a los androides, y celebrémoslo.

-Vaya usted -le respondió y apartó el brazo autoritariamente pero sin rencor-. Aquí no hay absolutamente nada que yo desee celebrar.

Leia le siguió con la mirada mientras él se alejaba entre los restos de la batalla e ignoraba a los coway ocupados en la matanza, sumido en sus insondables pensamientos...

CAPITULO XII

Cuando la última gota de sangre se convirtió en una corteza negra en el suelo de la caverna, los refugiados se reunieron para decidir qué harían.

Halla conversaba con los jefes coway.

-Dicen que los que escaparon dejaron un vehículo arriba, para vigilar la salida. Probablemente esperan que saltemos en las miras de sus armas.

-¿Existe otra salida? -preguntó Luke con desgana.

-Sí, muy cerca -uno de los jefes, sin prestar atención a su brazo terriblemente quemado, murmuró apremiantemente a Halla-: Quiere saber si pueden hacer algo por nosotros.

-Pueden mostrarnos la otra salida -informó Luke-. Ya han hecho bastante. Tenemos que darnos prisa. Quizá ya nos hemos retrasado demasiado.

-¿Demasiado para qué? -preguntó la princesa con curiosidad-. Estaremos muy lejos de aquí antes de que Vader pueda regresar con refuerzos -se mostró pensativa-. No creo que hostigue a los coway. Somos nosotros y el cristal lo que quiere.

-De eso hablaba, Leia -replicó Luke preocupado-. No creo que Vader haya regresado a la ciudad -señaló con la mano-. Cuando abandonó mi mente o, mejor dicho, cuando la perturbación que genera en la fuerza desapareció de mi mente, viajaba en *esa* dirección. No iba hacia la ciudad, sino hacia el templo.

-Es ridículo -protestó Halla enérgicamente-. No tiene idea de dónde se encuentra el templo de Pomojema.

-Halla, a pesar de su lado oscuro, Vader está mucho más en armonía con la fuerza que yo. Probablemente puede percibir la perturbación natural del cristal. Será débil, pero alguien tan poderoso como Vader *podría* detectarla levemente. Y tiene más datos. Nosotros viajábamos en línea recta siempre que podíamos. Le bastará con rastrear a lo largo de esa línea y buscar el efecto del cristal cada vez que se desvía de su camino. No debe llegar al templo antes que nosotros -comenzó a subir por el túnel.

Leia se reunió rápidamente con él con el mismo paso angustiado.

Agitó el aire seco de la caverna con el puño cerrado.

-¡Lo tenía, Luke! Estaba allí a mi alcance y erré el disparo -siguió caminando y pensó en la ocasión que había tenido-. Estaba demasiado exaltada, demasiado nerviosa. No me tomé el tiempo suficiente e hice un mal disparo.

-Por lo que pude ver -replicó Luke algo celoso-, sus disparos fueron excelentes. Mejores que los que yo podría haber hecho.

Leia permaneció en silencio un instante y luego agregó con deferencia:

-Yo no podría haber sobrevivido a una lucha cuerpo a cuerpo tan intensa. ¿Quién te enseñó a utilizar así el sable de luz? ¿Kenobi?

Luke asintió con la cabeza.

-Todo se lo debo a ese anciano y, esté donde esté, él lo sabe -acarició serenamente la empuñadura del arma de su padre.

-Si alcanzamos a Vader -prosiguió la princesa-, y debemos hacerlo, necesitarás tu habilidad tanto con el sable como con la fuerza. ¡Si me hubiese tomado más tiempo!

Luke hizo callar a la princesa y a los demás. Se acercaban a la salida de la superficie.

La atmósfera pálida y brumosa se filtró hasta ellos. Incluso esa luz húmeda resultaba

embriagadora después de tantos días bajo tierra, de desenvolverse en el resplandor de la vegetación anormal. Varios cuerpos yacían en el suelo, soldados imperiales cuyas heridas les impedían arrastrarse hasta la superficie.

Los dos coway que los habían acompañado les llevaron hasta una grieta de la pared. Ambos yuzzem gruñeron y tuvieron que hundir profundamente el pecho para pasar. Salieron tras una mata de espesa vegetación, como mínimo a veinte metros de la entrada principal. Uno de los coway señaló el emplazamiento del vehículo blindado que hacía guardia. Luke distinguió su forma achaparrada y el hocico que apuntaba directamente a la boca del túnel en que habían estado momentos antes. Se estremeció.

Los coway se despidieron con suaves barboteos y gestos extraños y desaparecieron por el agujero. Luke reptó boca abajo y abrió la salida para los que se encontraban detrás.

Cuando los cinco estuvieron en la superficie de Mimban, Luke giró para levantarse.

-¡Un minutito, Luke, muchacho! -murmuró Halla-. ¿Crees que podrás alcanzar a ese Vader a pie?

Luke se detuvo y volvió a mirar el silencioso reptador emplazado en la salida de los coway.

-Está bien, Halla, ¿qué hacemos? Estoy de acuerdo... necesitamos un transporte... Pero ocurre que ese reptador armado está lleno de soldados imperiales.

Halla estudió el vehículo.

-La portilla superior está totalmente abierta... es bastante grande para dos hombres. Veo dos... no, un soldado con la cabeza descubierta. Probablemente transmite información a los de abajo -la cabeza desapareció-. Se ha marchado. Deberíamos subir a las ramas que cuelgan encima del reptador.

-¿Y después qué? -preguntó la princesa-. ¿Saltamos hacia el interior?

-Escucha -protestó la anciana-, no puedo pensar en todo, ¿verdad? No sé... ¡Les lanzamos una carga antipersonal o algo por el estilo!

-Maravilloso -contestó burlonamente la princesa. Miró a Halla y después a Luke-. Bien, si vosotros dos, los magos, utilizáis la fuerza para evocar una lata de explosivos adecuada, me ofrezco como voluntaria para lanzarla -se cruzó de brazos y los miró inquisitivamente-. Personalmente, creo que no corro ningún riesgo al ofrecerme como voluntaria. ¿Luke?

Él no la miraba.

-Es verdad que carecemos de explosivos, pero contamos con algo parecido.

Leia giró, vio lo que Luke miraba y no le quedó más remedio que estar de acuerdo...

El sargento imperial había tenido la suerte de salir con vida de la emboscada subterránea y lo sabía. Si hubiese tenido arte y parte en el asunto, jamás habría enviado a sus hombres debajo de la superficie. En Mimban, siempre se sentía profundamente incómodo cuando tenía que abandonar la relativa familiaridad de las ciudades y aventurarse por el campo cubierto de ciénagas.

Había sido una batalla terrible, terrible. Los habían aplastado y prácticamente liquidado hasta el último soldado. Demasiadas cosas habían salido mal.

El resultado del combate se decidió en los primeros minutos, cuando la sorpresa total perteneció al enemigo. Cuando el destacamento comprendió que lo atacaban,

tampoco respondió de la manera por la cual eran famosos los soldados imperiales.

A decir verdad, no podía culpar a los hombres. Estaban tan acostumbrados a ocuparse de los verdegayes pacíficos y serviles que la idea de un mimbanita combativo resultaba increíble para la mayoría. Y habían demostrado que no estaban preparados para hacer frente a la realidad.

Ahora, mientras vigilaba desde la portilla de proa la amenazadora boca de la caverna de la cual se había retirado con el resto de los supervivientes, sólo abrigaba un pensamiento. Conocía al capitán-supervisor y sabía que en cuanto el Oscuro Señor y él regresaran de su viaje, se organizaría una fuerza de represalia. Retornarían con armas pesadas, meditó torvamente, y asarían la caverna hasta que todos, hombres, mujeres y nativos, quedasen convertidos en ceniza.

Se preguntó ociosamente a dónde se habían marchado con tanta prisa Grammel y el Oscuro Señor y se estremeció. No tenía el menor deseo de acompañar a esa forma espectral, alta y de negra armadura, a ninguna parte. Prefería pensar en la futura matanza que se desencadenaría en las madrigueras de los nativos. La visión mental de esa imagen favorable atenuó su llamada, generalmente brusca, al hombre apostado en la torreta abierta más arriba.

El soldado oyó la orden del sargento y giró para informar que no veía nada. Era una respuesta sincera y la última que el soldado pronunció en su vida. Al mirar hacia la parte inferior del reptador blindado, no divisó la bomba que cayó desde la gran rama de un árbol situado encima del vehículo.

De poco más de un metro y medio de altura, la bomba estaba cubierta por una piel corta y cerdosa. Estalló encima del soldado y lo arrancó de la torreta. Eso abrió la abertura para que un segundo proyectil bípedo cayera de la rama envuelta por la bruma en el interior del vehículo. También estalló dentro de la zona dedicada al personal.

Luke, los androides, Halla y la princesa observaban desde cerca, ocultos por la densa vegetación. Oyeron un ronco retumbar cuando el reptador comenzó a moverse. Amortiguados por el metal y la distancia, de su interior surgían numerosos gritos y quejidos.

Halla parecía preocupada.

-Luke, muchacho, tardan más de lo que suponía. ¿Estás ...seguro de esto?

Luke le dedicó una mirada confiada antes de volver a concentrarse en el reptador, que ahora trazaba curvas y círculos irregulares.

-Fue lo único que se me ocurrió -afirmó-. En diversos sentidos, si esto funciona es mejor que el empleo de un explosivo. En primer lugar, no dañaremos los instrumentos del reptador. Ningún humano puede soportar a un yuzzem en un lugar cerrado -señaló el vehículo que se movía espasmódicamente y agregó-: Dos yuzzem en un espacio tan reducido tienen que resultar irresistibles.

Varios segundos después, el reptador giró bruscamente a la derecha. Mientras avanzaba lentamente, chocó con un inmenso seudociprés. Una gruesa rama cayó del árbol sacudido. Al chocar con el reptador produjo un sonido metálico y resbaló hasta la tierra.

Luego reinó el silencio. El motor del reptador chirrió, se apagó gradualmente y al final se detuvo. Después de unos angustiosos momentos, Hin apareció en la abertura de la torreta, se esforzó por pasar y los llamó con los brazos.

-Lo lograron -observó Luke con sereno entusiasmo.

Los *tres* observadores abandonaron su escondite entre los matorrales y corrieron a través del terreno cenagoso. Las manos anchas y peludas se extendieron yara ayudarlos a subir por los costados de metal.

Hin gruñó algo ante Luke, que asintió solemnemente y se apartó.

-¿Qué pasa? -preguntó la princesa impaciente-. ¿Por qué no podemos entrar? -miró nerviosamente la vegetación silenciosa que los rodeaba-. ¿Puede haber rezagados escondidos por allí?

-Creo que no -respondió Luke-. Hin propone que miremos hacia otro lado mientras Kee y él limpian el reptador.

-¿Para qué? -inquirió-. He visto todo tipo de muerte y mucha recientemente.

Mientras hablaba, Hin se agachó y cogió los primeros restos de lo que quedaba de la tripulación del reptador, se irguió y arrojó el doble puñado por el costado. Estaba húmedo y resplandecía en el terreno mojado.

La princesa palideció ligeramente y apartó la mirada para contemplar con Luke los árboles cercanos. Pocos minutos después concluyó la limpieza espectral. Todos subieron al reptador.

Ni siquiera con la presencia de los dos yuzzem estaban apiñados. El reptador estaba diseñado para transportar diez soldados totalmente acorazados. Menos reconfortante fue la primera inspección que hizo Luke del tablero de mandos. Era más complejo que el de un caza con ala en forma de X.

-¿Sabe conducir esto? -preguntó Luke a Halla desconcertado.

La anciana sonrió mientras se deslizaba en el asiento del conductor sin prestar atención a las manchas de la almohadilla.

-Bueno, Luke, muchacho, puedo conducir todo tipo de máquinas de este mundo.

Se inclinó hacia adelante, estudió los instrumentos y tocó algo situado en el borde del volante del conductor.

El motor rugió, las luces parpadearon y el reptador salió disparado a toda velocidad hacia atrás hasta chocar con un par de árboles entrelazados. Se oyó un violento crujido y después dos estampidos atronadores y reverberantes, cuando los troncos cayeron encima del vehículo parado.

Cuando a Luke le dejaron de zumbar los oídos dirigió a Halla una mirada acusadora. Ella sonrió débilmente.

-Desde luego -explicó no muy convencida-, eso no significa que un poco de práctica no haría más placentero nuestro viaje -volvió a examinar los mandos y apretó los labios, concentrada-. Veamos de nuevo... ¡allí está, eso es lo que olvidé! -Volvió a tantear palancas y botones antes de activar el mando del borde del volante.

Con sacudidas y paradas espasmódicas, saltos y embestidas, el reptador se deslizó en medio de las brumas. Excepto el piloto, los demás ocupantes del vehículo se sujetaron a lo más estable que encontraron. Luke se preguntó si los árboles que se alzaban delante estaban tan nerviosos como él...

-Lo siento, mi lord, lo siento muchísimo -el capitán-supervisor Grammel miró a Darth Vader desde su sitio en uno de los bancos descubiertos del amplio transporte de tropas-. ¿Quién podía imaginar que estarían tan perfectamente armados o que los aborígenes subterráneos librarían semejante batalla?

-Las armas carecían de importancia -gruñó Vader roncamente-. Unas pocas pistolas en manos de delincuentes cuya captura se ha urgido.

Grammel se encogió cuando la grotesca máscara respiratoria se acercó a su cara.

-Reconózcalo, capitán-supervisor -agregó Vader-. Sus tropas están incorrectamente preparadas y mal entrenadas. ¡La disciplina y la moral brillan por su ausencia y una pandilla de salvajes ignorantes lo derrotó!

-Nos cogieron totalmente por sorpresa, mi lord -se defendió apasionadamente Grammel-. Con anterioridad, ningún grupo de nativos había rechazado la presencia imperial en Mimban.

-Antes, ningún grupo de nativos contó con el beneficio de los consejos y la ayuda de los humanos -replicó Vader-. No aplicaron tácticas puramente aborígenes. Debió reconocer inmediatamente las diferencias y adoptar contramedidas adecuadas -apartó la mirada de Grammel para mirar significativamente las ciénagas-. Sé quiénes son los responsables. Cuando tenga en mi mano el resto del cristal, haré justicia de acuerdo con ello.

-Tenía la esperanza de que ese privilegio sería para mí -murmuró Grammel malhumorado.

Vader dirigió una fría y dura mirada hacia abajo y declaró de un modo que asustaba.

-Usted no tiene privilegios, capitán-supervisor Grammel. Ha cometido una grave patochada. Espero que no sea decisiva, pero es grave. Me maldigo por haber sido lo bastante tonto para suponer que usted sabía lo que hacía.

-Ya le dije, mi lord -objetó Grammel, furioso y asustado a la vez-, que el factor sorpresa fue total.

-No me interesan las disculpas por las derrotas sino los resultados victoriosos -declaró Vader-. Grammel, su presencia me ensucia.

-Mi lord -barbotó Grammel desesperado y se levantó del banco-, si yo...

Demasiado rápido para que un ojo humano lo pudiera seguir, Vader levantó el sable, lo activó y lo movió. La forma fulminada de Grammel se agitó desenfrenadamente, tropezó y cayó por el costado del transporte. Se oyó un jadeo cuando el azorado conductor vio, aterrorizado, lo que ocurría.

Vader se volvió y le observó con furia.

-Soldado, viajaremos más rápido sin ese peso muerto. ¡Regrese a sus mandos... ahora!

-Sí, mi lord -respondió el hombre, que no podía dejar de tartamudear temeroso. Se las ingenió para regresar al tablero de mandos del vehículo.

Mientras avanzaban, Vader se volvió para mirar descuidadamente el cadáver cada vez más lejano del capitán-supervisor Grammel. Los carroñeros de la selva habían comenzado a abandonar sus escondites para olisquear esperanzados el cadáver.

-Quienquiera que ahora sea su señor -murmuró Vader-, no soy yo.

Extrajo el fragmento de cristal Kaibur de un bolsillo herméticamente cerrado, sostuvo la brillante astilla carmesí ante sus ojos y se balanceó ligeramente.

Estaba adelante, en algún punto más adelante. Podía percibirlo.

Lo encontraría...

-¿Todavía viajamos por la senda correcta? -preguntó fatigada Leia a la vieja Halla

varios días después.

Todos los ocupantes del reptador iban sucios y estaban desalentados y agotados por el esfuerzo de avanzar sin tregua a través del brumoso paisaje.

-Estoy segura -replicó Halla con molesta alegría.

-Nos acercamos a algo -comentó Luke-. Es... extraño. Nunca había sentido algo así, ni remotamente.

-*Yo* no siento nada, salvo la suciedad -respondió la princesa.

-Leia -agregó Luke-, sólo puedo decirle...

-Lo sé. Lo sé -le interrumpió desganadamente-. «Si yo fuera un ser sensible a la fuerza...»

Artoo lanzó un bip desde la torreta abierta. Luke corrió hasta la portilla visora de proa y anunció con voz respetuosa:

-Allí está.

Delante de ellos, surgida de la vegetación de la selva, emergía una aparición negra. Un monstruoso zigurat piramidal, que parecía de hierro fundido. Pero no era de metal. El sólido edificio había sido construido con grandes bloques de alguna piedra volcánica.

A pesar de su anchura, no era muy alto. Las lianas y las enredaderas se agarraban celosamente a muchos puntos del edificio. A medida que se acercaban, Luke vio que gran parte de la piedra se convertía en polvo fino. Por fortuna, la entrada todavía era visible, pese a que la mitad de la arcada de diez metros de alto había caído y llenado la entrada con cascajos que alcanzaban una altura superior a la de dos hombres.

-Parece que aquí no se ha tocado nada desde hace un millón de años -murmuró la princesa con respetuoso temor.

Las preocupaciones y las incertidumbres de Leia habían desaparecido ante la visión real del legendario templo.

Luke iba rápidamente de portilla a portilla. Cuando se volvió para mirar a Leia, sus ojos brillaban.

-Leia, ¿se da cuenta de que Vader no está aquí? ¡No está aquí! ¡Le hemos vencido!

-Tómalo con calma, Luke, muchacho -le aconsejó Halla cautelosamente-. No podemos estar seguros.

-Yo puedo. Estoy seguro -apremió a Hin para que se quitara del medio, subió por la escala de la torreta y salió del reptador. Éste frenó hasta detenerse. Cuando Leia asomó por la torreta, Luke ya avanzaba confiado hasta la entrada del templo-. ¡Vader no está aquí! -exclamó a gritos-. No hay señales del reptador ni de ninguna otra cosa.

-Aún hemos de encontrar el cristal -gritó Halla mientras seguía a Leia hasta el suelo.

Pero el entusiasmo de Luke era contagioso. Halla descubrió que olvidaba al Oscuro Señor, sus perturbaciones y temores de último momento.

Ahí estaba el templo de Pomojema, el templo que durante años había buscado. Hin y Kee la flanqueaban mientras avanzaban hacia la entrada. Threepio y Artoo se quedaron atrás, vigilando el reptador.

A pesar de la afirmación de Luke de que estaban solos, todos miraban preocupados la niebla flotante. Todo lo imaginable y muchas cosas inimaginables podían surgir en cualquier momento de esa neblina encubridora.

Luke esperaba impaciente junto al bloque de cascajos más altos de la entrada.

-Hay luz dentro -les comunicó después de mirar hacia el interior. Elevó la mirada y

bizqueó-. También se ha hundido una parte del techo, pero parece bastante sólido.

-Adelante, muchacho -le apremió Halla-, pero entra sereno y con calma.

-Está bien -accedió.

Ahora que habían alcanzado realmente el templo, Luke no estaba dispuesto a robar el sueño de la anciana. Era tan de ella como de él. Por eso aguardó hasta que los demás se reunieron con él. Pocos segundos después todos permanecían en silencio en el interior de la antigua estructura.

En lo alto había dos lugares donde el techo encumbrado y abovedado había caído. La luz que se colaba por ellos bastaba para iluminar el interior del templo. Bajo cada agujero dentado aparecían montículos de piedra fragmentada.

La vegetación de la selva había penetrado en el interior. Por todas partes se veían lianas y otras plantas parásitas que extendían su abrazo tenaz a todos los rincones del edificio. Ascendían en espiral hacia el cielo, apoyadas en los cuerpos cilindricos de las elevadas columnas de obsidiana. Estos soportes inflexibles mostraban complejos dibujos y diseños tallados, cuyo significado ninguno de los vivos podía apreciar en toda su magnitud.

Ensimismados, los cinco atravesaron al espacioso suelo hasta el extremo del templo. Allí, contra una pared oscura, aparecía una colosal estatua sedente. Representaba a un ser vagamente humanoide sentado en un trono tallado. Las alas de cuero que quizá fueran rudimentarias se extendían en dos respetuosos arcos a ambos lados de la figura. Unas enormes garras sobresalían de pies y brazos y estos últimos colgaban de los extremos de los apoyabrazos del trono. Carecía de rostro debajo de unos ojos almendrados y acusadores... sólo una masa de tentáculos tallados semejantes a los de la Medusa.

-Pomojema, dios del Kaibur -murmuró Halla sin saber por qué hacía el esfuerzo de hablar en voz baja-. Por algún motivo, me parece casi desconocido -rió nerviosamente-. Desde luego, es una locura -después señaló exaltada y su voz y su mano temblaron de asombro-. ¡Está allí..., lo sabía, lo sabía!

En el centro del pecho de piedra gris de la estatua se encontraba una luz ligeramente palpitante del color de la vanadinita.

-El cristal -suspiró la princesa con delicadeza.

Halla no la oyó. La mente y la mirada seguían concentrados en una obsesión ahora realizable.

Luke se detuvo, con los ojos fijos en un movimiento a la izquierda de la burlona figura de piedra. Allí estaba oscuro y era imposible calcular hasta dónde se extendía la oscuridad.

Después todos comenzaron a retroceder lentamente. Halla fue la primera en apuntar con la pistola.

El ser que surgía de detrás de la figura tenía una boca anchísima bordeada de dientes cortos y afilados, boca que se abrió en una mueca de batracio. Los ojitos amarillos parpadearon estúpidamente ante ellos. El ser se movía sobre unas patas pesadas y verrugosas parecidas a gruesos tocones de árbol.

Halla disparó. El rayo de energía pareció no afectar para nada al ser, que siguió avanzando pesadamente hacia ellos. Luke preparó la pistola, al igual que Leia. Los tres dispararon. Si la cortina conjunta de fuego ejerció algún efecto, éste consistió en irritar a la pesada bestia. Parpadeó sangre y continuó más velozmente su avance de patas arqueadas.

Ellos continuaron la retirada hacia la entrada.

-Hin, Kee -llamó Luke a los yuzzem-. ¡Regresad al reptador... y traed los rifles!

Hin parloteó una respuesta y luego ambos yuzzem corrieron hacia la salida. Luke pensó en el cristal que desaparecía tras la masa protectora del monstruo. Cogió el sable de luz del cinturón, activó el potente rayo azul y comenzó a avanzar cautelosamente.

-Luke, ¿te has vuelto loco? -gritó la princesa.

Por un fugaz instante, Luke pensó que eso no era imposible y después rechazó la idea. Si se detenía a pensar, el carnívoro que avanzaba a paso constante le devoraría como si él fuera un tentempié.

La bestia vaciló a distancia de mordisco, ligeramente hipnotizada por el haz zigzagueante del sable. Luke arremetió. El sable contactó el mentón del ser. La intensa energía abrió un agujero en la ancha mandíbula inferior.

El monstruo emitió un quejido ligeramente ultrajado. Las mandíbulas se abrieron y mostraron una garganta lo bastante alta y ancha para bailar en ella. Luke vio que algo se movía en el *interior.* Avisado por el instinto o por una buena suposición, Luke se arrojó bruscamente hacia la izquierda y rodó con rapidez.

La larga lengua rosada salió disparada y pulverizó una roca negra que había estado detrás de Luke. Mientras él se ponía de pie y seguía retrocediendo, la bestia escupió trozos de piedra.

Antes de que Luke pudiera situarse fuera de su alcance, la gruesa lengua volvió a asomar. Incapaz de esquivarla, sostuvo firmemente el sable delante de ella. El arma parecía lastimosamente inadecuada en comparación con ese seudópodo rosado. Pero el chisporroteo fue potente. Evidentemente, Luke había tocado tejido sensible, pues aquel ser emitió un ronco chillido. Volvió a acechar a Luke con firme decisión. La muerte centelleaba en los entrecerrados ojos amarillos.

Leia y Halla mantenían un fuego constante contra el sólido cuerpo, pero sin éxito.

-Es inútil -murmuró nerviosa la princesa. Miró hacia la entrada. Allí no había indicios de movimiento. Gritó-: ¡Hin! ¡Kee! -no obtuvo respuesta.

-Vendrán -aseguró Halla-. Será mejor que lo hagan.

Inesperadamente, el monstruo se lanzó hacia delante. Las mandíbulas-puertas horizontales se cerraron con un sonido seco y resonante mientras Luke se agachaba para eludir el mordisco. Su sable trazó una línea negra a través de la parte inferior de la mandíbula mientras se apartaba y chocaba contra una de las gruesas columnas que sustentaban el tejado. Una de las grietas del elevado tejado brilló directamente encima de Luke.

El muchacho dirigió una mirada llena de angustia hacia la entrada. ¿Dónde estaban los yuzzem? Ahora sólo podía preocuparse de sí mismo. La bestia reptaba nuevamente hacia él. Miró rápidamente hacia el techo, tomó una decisión con más rapidez aún y luego balanceó el sable de luz en la base de la columna.

Como una nave en Y en la atmósfera, el increíble rayo de energía atravesó la piedra negra. Se oyó un rugido, punteado por diversos crujidos explosivos.

-¡Halla, Leia... corred! -gritó. Después se lanzó, corriendo, a reunirse con ellas.

El ser-lagarto que avanzaba pesadamente hacia ellos no llegó a reparar en las grietas del techo. Éstas se extendieron, se multiplicaron, se unieron, luego la columna se desintegró y un trozo de techo tan ancho como la brecha existente cayó encima del monstruo. Los bloques gigantescos de piedra curvada convirtieron en papilla su extremo

delantero y anularon para siempre la mueca colmada de dientes.

Mientras se apagaban los ecos del derrumbamiento y el polvo negro comenzaba a posarse, Luke se detuvo jadeante para mirar a sus espaldas. No había señales del extremo delantero de la bestia. Estaba completamente enterrada bajo toneladas de roca volcánica. Durante unos momentos, las contorsionadas patas traseras batieron inútilmente el aire. La maciza cola de cimitarra cayó contra el suelo. Poco después cesó todo movimiento.

-¿Qué pasó con Hin y Kee? -preguntó Luke después-. La bestia me había acorralado. Pude convertirme en su comida.

-Probablemente están discutiendo -respondió enfadada la princesa. Miró hacia la entrada-. Muy pronto recordarán a dónde fueron enviados. Entonces regresarán a toda prisa y suplicarán tu perdón.

-Les daré un sermón -Luke suspiró-. Ahora mismo, yo... -miró a su alrededor en busca de Halla y vio que avanzaba al trote hacia el ídolo lejano-. ¡Halla!

-Déjala -aconsejó la princesa con un movimiento indiferente de la mano-. No escapará con el cristal -comenzó a caminar hacia el otro lado del templo-. De todos modos, necesitará nuestra ayuda para bajarlo -como Luke no la siguió, agregó-. ¿No vienes?

-Dentro de un minuto -le aseguró, concentrado en lo que había detrás de él en lugar de adelante-. Quiero asegurarme de que este bicho está *muerto.*

Mientras la princesa se dirigía sin prisa hacia la estatua, Luke se detuvo junto a la porción visible del cadáver-mole. La aguijoneó con el sable y hundió el haz de destrucción azul celeste en la carne oscura hasta la empuñadura. La bestia no se movió.

Satisfecho, Luke giró para reunirse con sus compañeros. Se oyó un débil rugido de advertencia y dirigió su mirada hacia el cielo.

La princesa y Halla hicieron lo mismo.

-¡Luke! -gritaron simultáneamente.

No necesitaba que lo acuciaran. Sólo precisaba uno o dos segundos. Los bordes del nuevo agujero del techo se ensanchaban ligeramente.

El destino le concedió el primer segundo y le entregó de mala gana el siguiente.

-¡Luke! -la princesa corría hacia él al mismo tiempo que cesaba el trueno y la última piedra caía pesadamente.

Halla estaba inmóvil, dubitativa entre la pila de piedras bajo la cual estaba enterrado Luke y la atormentadora proximidad del cristal. Ebria a causa de su cercanía, siguió avanzando hacia la estatua.

Leia llegó al pequeño montículo de piedras recién caídas y miró frenéticamente a su alrededor.

-Por... aquí -murmuró una voz lenta y llena de dolor.

Luke yacía cerca, tendido de espaldas. Leia apartó las piedras e ignoró el polvo pegajoso y los cortes que los fragmentos apilados producían en sus manos y brazos. Pero no logró mover el sólido bloque que chocó contra el suelo del templo y después cayó hasta apoyarse en el muslo y la pantorrilla derechos de Luke.

-Vuelva a intentarlo -le pidió Luke.

Hicieron fuerza juntos. Leia apoyó la espalda bajo el borde de la piedra y empujó hacia arriba con las pocas fuerzas que le quedaban. El bloque no se movió.

Descansaron mientras respiraban afanosamente. El rostro de Luke mostraba una

mezcla de dolor y esperanza que se desvanecían.
-No está con todo su peso sobre mí -explicó a la princesa-. De ser así, ahora no tendría una pierna que liberar -dirigió la mirada hacia la entrada silenciosa-. Maldición, ¿dónde están esos dos? Podrían mover fácilmente esta piedra.
-Sospecho que sus compañeros poco inteligentes ya no podrán ayudarle a usted ni a nadie, Skywalker.
Luke quedó helado. Una forma alta que congelaba la sangre se encontraba encima de los cascajos de la entrada. Totalmente cubierta por una armadura negra, los miraba expectante.
-Están muertos los dos -informó satisfecha, con una voz carente de la menor chispa de humanidad-. Los maté. En cuanto a sus androides, han sido programados para que obedezcan órdenes. Hice que se desconectaran.
Leia movió lentamente los labios y formó un nombre. Pero de su boca perfecta no surgió ningún sonido.
Darth Vader bajó sin prisa la pila de cascajos y se dirigió a ellos con un frío tono de voz:
-Skywalker, sabrá que tuve dificultades para averiguar que fue usted quien disparó contra mi caza encima de la estación Estrella de la Muerte. Es difícil y costoso encontrar espías de la Rebelión. También descubrí que fue usted quien lanzó el torpedo que destruyó la estación. Tiene mucho que expiar por mí. Esperé mucho tiempo -desenvainó indiferente el sable de luz y comenzó a balancear la hoja energética activada, rebanando juguetonamente fragmentos de piedra y de tallas-. Aquella vez, en la nave chata, tuvo suerte -prosiguió mientras Luke intentaba liberar su pierna inmovilizada. El muchacho hundió los dedos en el suelo de piedra hasta que la sangre manó debajo de las uñas-. Probablemente no tendré paciencia para permitir que dure tanto como se merece. Puede considerarse afortunado -su voz se convirtió en un murmullo de mal agüero-. Leia Organa, espero no tener tantas dificultades para contenerme en lo que a usted se refiere. En diversos sentidos, usted es mucho más responsable de mis contratiempos que este muchacho simplón.
-*Monstruo* -logró escupir Leia furiosa y asustada.
-¿Recuerda aquel día en la estación -musitó Vader con deliberada paciencia-, en que el fallecido gobernador Tarkin y yo la entrevistamos? -acentuó especialmente la palabra «entrevistamos».
Leia tenía las manos cruzadas sobre los hombros y temblaba como si un frío intenso la recorriera.
-Sí -agregó Vader con un tono de perversa diversión-, veo que lo recuerda. Lamento realmente no contar esta vez con algo tan complejo para ofrecerle. Sin embargo -agregó y balanceó ligeramente el arma-, usted sabe que se pueden hacer cosas interesantes con un sable. Haré lo posible para demostrárselo si coopera y no se desmaya.
Leia dejó caer las manos a los costados. El temor no la abandonó pero, mediante un esfuerzo supremo de la voluntad, lo obligó a internarse en los callejones oscuros de su mente. Avanzó los pocos pasos que la separaban de Luke, se arrodilló y buscó a tientas su muñeca. Cuando se irguió, sostenía cuidadosamente el sable de luz con una mano.
Vader la miró con aprobación.

-Va a combatir. Bien. Esto se pone interesante.

Leia escupió al gigante que avanzaba un gesto lastimosamente débil mientras esgrimía el sable de luz.

-Que la fuerza me permita matarlo antes de morir -declaró Leia.

Una horrible risa ronca surgió de detrás de la máscara respiratoria parecida a una gárgola.

-Niña tonta. La fuerza está conmigo, no con usted -se encogió amaneradamente de hombros-. Pero ya veremos -adoptó la posición de preparado-. Vamos, niña-mujer... diviértame.

La princesa avanzó hacia él torvamente decidida y con la boca apretada. Al verla, Vader dejó caer bruscamente el brazo y el rayo ondulante de su sable colgó flaccidamente a su lado.

-¡Leía, no! -gritó Luke-. Es una estratagema... la está desafiando. Máteme, liquídese después... ya no hay nada que hacer.

Vader miró desdeñosamente a Luke y luego volvió a concentrarse en la princesa.

-Vamos -instigó a Leia-, si quiere, deje que él pelee por usted. Pero no permitiré que lo mate. Me han robado con excesiva frecuencia.

Leia pareció titubear y luego arremetió en línea recta hacia Vader con la punta del sable. El Oscuro Señor levantó simultáneamente su rayo en un gesto cegador a fin de rechazar el de ella.

Pero Leia dibujó un rayo giratorio y oscilante en el aire y bajó el sable con un cortante resplandor de luz azul. La energía estalló al contactar la máscara respiratoria blindada del Oscuro Señor. Sólo los reflejos sobrehumanos permitieron que Vader evitara las consecuencias totales del golpe.

Si en la inmensa cámara había alguien más sorprendido que Vader, ése era Luke. Intentó liberar la pierna atrapada con una leve punzada de esperanza.

-Casi, princesita, casi -murmuró Vader sin ira-. He sido culpable de un exceso de confianza -acomodó su postura-. No volverá a ocurrir.

El sable de Vader se curvó, trazó un círculo y cayó. Leia apenas logró desviar el golpe mientras retrocedía. Él volvió a avanzar y atacó; ella desvió nuevamente el corte.

Continuaron el duelo y Vader aumentó constantemente el asedio. La princesa necesitaba toda la habilidad y las fuerzas que poseía para defenderse. Ni siquiera podía pensar en lanzarse al ataque.

Un ocupante de la cámara del templo no presenciaba el combate. En lo alto y lejos de los duelistas, Halla permanecía cara a cara con un cristal carmesí palpitante y multifacético tan grande como su cabeza. Extendió sus manos temblorosas y lo acarició. Un giro y un tirón lo separaron del hueco de la estatua con inesperada facilidad.

Durante un largo instante, la anciana sostuvo la joya con ambas manos y observó atentamente una luminescencia que casi tenía vida. Después comenzó a descender por los salientes y los huecos del ídolo y apretó el cristal fuertemente contra su pecho con la mano derecha.

Vader hizo un corte, la princesa levantó una vez más el sable para rechazarlo y, a último momento, el Oscuro Señor cambió el balanceo. La punta del rayo energético acuchilló el torno de Leia, cortó su traje de minera y dejó una quemadura negra a través de su estómago. Leia se estremeció de dolor y se sostuvo la herida con la mano libre. Vader no le dio tregua y siguió apremiándola.

Los esfuerzos de Luke por liberarse lo dejaron tan preso como antes y totalmente agotado. Yacía en el suelo mientras se esforzaba por recuperar el aliento y las energías, obligado a observar sin poder hacer nada el juego del gato y el ratón que Vader practicaba con la princesa.

Otro complicado giro y embestida. Esta vez el sable abrió la mejilla de la princesa y dejó otra horrible marca chamuscada. Los ojos de Leia se llenaron de lágrimas cuando se llevó la mano a la mejilla quemada. Ahora se movía cada vez más lentamente y la mano que sostenía el sable de Luke temblaba insegura.

-Vamos, princesa-senadora Organa, ¿dónde está su noble fortaleza, su decisión de traidora? -la acosó Vader-. Seguramente esas pequeñas quemaduras no le duelen tanto.

Furiosa, dirigió el sable hacia él con renovado vigor. Sin esfuerzo, Vader bloqueó el golpe y siguió avanzando para volver a cortarla. Aunque lo bloqueó, la fuerza del golpe hizo que Leia tropezara y rodara por el suelo. Vader la siguió implacable mientras ella intentaba alejarse a gatas y volver a ponerse en pie. El sable del Oscuro Señor abrió una larga hendedura negra en la parte trasera de la pierna izquierda de la princesa.

La princesa gritó y se las ingenió para rodar y terminar de pie. Luego se alejó de él cojeando y apoyó la pierna herida.

Incapaz de mirar un segundo más, Luke hundió la cabeza entre las manos. Oyó un sonido de piedra contra piedra. Levantó la cabeza, la giró y miró hacia atrás. El sonido se repitió. Intentó mirar al otro lado de la piedra que lo retenía.

Una mano, aparentemente independiente del brazo o el cuerpo, se abrió camino con infinita lentitud y decisión por el costado del enorme bloque de piedra volcánica. Luego apareció una cabeza. Una terrible herida se veía en la parte superior del cráneo.

-...¡Hin! -le llamó Luke suavemente ya que apenas se atrevía a respirar. Un rápido vistazo demostró que Vader seguía concentrado en la princesa.

El yuzzem mortalmente herido se llevó una mano al hocico y ordenó a Luke que guardara silencio. A gatas, Hin rodeó la piedra hasta situarse debajo de un borde sobresaliente. Se apoyó contra las piedras y comenzó a erguirse. Los sólidos hombros cerdosos se apretaron contra la gran roca con los brazos tensos. La piedra no se movió y Hin cayó al suelo. Respiraba con dificultad y tenía los ojos entrecerrados.

-¡Vamos, Hin, vamos! -le apremió Luke frenéticamente, mientras sus ojos saltaban del combate al yuzzem caído-. Puedes moverla... un poquito más. ¡Vuelve a intentarlo, por favor!

Hin parpadeó y pareció mirar a Luke sin verlo. Se movió mecánicamente y una vez más colocó los brazos y los hombros de músculos potentes bajo el saliente.

-Vamos, princesita. Ahora es el momento de mostrar su valor -la reprendió Vader-. Todavía le queda una oportunidad -la acosó mientras ella retrocedía y la amenazó con cortes y embestidas falsas que ella débilmente intentaba bloquear al tiempo que cojeaba con la pierna herida-. Levántese y luche -insistió.

Vader trazó otro movimiento descendente del sable letal, que cortó el pecho y el traje de la princesa. Leia lanzó un gemido agonizante, se agachó y estuvo a punto de caer. Vader se acercó a ella.

Entonces escucharon un sonido demoledor que hizo que ambos levantaran la mirada.

En un último esfuerzo, Hin había movido hacia un costado el inmenso bloque de piedra. Cayó acurrucado, ya casi sin vida, mientras Luke se levantaba desesperadamente.

La presión en la pierna había bastado para retenerlo pero no había sido suficiente para lastimarlo. Ahora Luke corría hacia los dos combatientes y aunque encogía la pierna derecha, sentía que a cada paso que daba recuperaba su fuerza.

-¡Leia!

La princesa conservó la serenidad suficiente para desconectar el sable antes de arrojárselo a pesar de que Vader intentó interceptar el arma. El Oscuro Señor erró por un dedo de distancia pero alcanzó a la princesa.

Pero el pase había sido corto. Luke intentó correr más rápido y notó que cojeaba ligeramente con su pierna todavía dolorida. Vader gruñó algo ininteligible y empujó a la princesa con la mano libre. Ella cayó contra el duro suelo y permaneció allí jadeante y agotada.

Luke vio que Vader disminuía la distancia entre ellos. El Oscuro Señor sería el primero en alcanzar el sable. Saltó y se arrojó al suelo. Sintió que renacía cuando su mano apretó la empuñadura del sable y rodó con renovado vigor hacia la derecha. El sablazo de Vader llegó una milésima de segundo tarde y abrió un profundo surco en el suelo de piedra en donde Luke había caído.

Luke ya estaba de pie y en su mano el sable emitía una brillante luz azul. El deslizamiento lo había situado detrás de Vader. Se encontraba entre el Oscuro Señor y la princesa. Vader lo observaba en silencio.

-¿Leia? -no obtuvo respuesta y miró hacia atrás-. ¿Princesa?

Una voz delgada y trémula respondió:

-Luke, no te preocupes por mí.

Vader pareció respirar profundamente.

-No, Skywalker -rugió-, no se preocupe por ella. Preocúpese por usted.

Luke experimentó una salvaje sensación de júbilo cuando empuñó el arma de su padre.

-Nada me preocupa, Vader, ahora no. Ya no tengo preocupaciones pero sí una inquietud -su voz reflejaba un insólito convencimiento-. Voy a matarle, Darth Vader.

Nuevamente la carcajada sin humor.

-Skywalker, tiene usted una elevada opinión de sí mismo.

-Soy... soy Ben Kenobi -murmuró Luke de un modo extraño.

Durante un segundo, Vader pareció estremecerse.

-Ben Kenobi está muerto. Yo mismo lo maté. Usted sólo es Luke Skywalker, ex granjero de Tatooine. No es un maestro de la fuerza y jamás será semejante a Ben Kenobi.

-Ben Kenobi me acompaña, Vader -replicó Luke, que a cada segundo recuperaba la confianza-, y la fuerza también me acompaña.

-Muchacho, tiene cierta fuerza a su alrededor -reconoció Vader-. Pero no es un maestro. Y eso le condena. Sólo un maestro podría hacer... esto.

El Oscuro Señor atacó y Luke lo esquivó. Al mismo tiempo, Vader no miraba a Luke sino al suelo. Un pequeño fragmento del techo caído se elevó y salió disparado hacia la cabeza de Luke. Al verlo venir, Luke reaccionó como Kenobi le había enseñado... sin pensar.

Una piedra mucho más pequeña se elevó e interceptó la trayectoria de la roca embestidora. Se encontraron. Aunque el misil de Vader era indiscutiblemente mayor, la piedra de Luke lo desvió lo suficiente para que pasara inofensivamente junto a su

hombro.

Sin resuello, miró desafiante a Vader.

-Bien, muchacho -confesó el Oscuro Señor-, muy bien. Pero mi piedra era la más pesada. Mis poderes son más potentes.

-No lo suficiente, Vader -insistió Luke mientras embestía. Pensaba en Kenobi, en las técnicas del sable y la fuerza que el anciano caballero jedi le había enseñado laboriosamente. Intentó dejar que la fuerza guiara su brazo.

Vader esquivo, bloqueó, volvió a esquivar y descubrió que la habilidad y la agresividad del ataque demoníaco de Luke le obligaban a retroceder. Durante un segundo la máscara respiratoria se echó hacia atrás. Un fragmento del grueso bajorrelieve de una de las columnas se soltó y cayó.

Luke lo percibió a último momento y dio un salto hacia atrás. El enorme panel tallado cayó entre ambos contrincantes. Los dos hombres descansaron inquietos mientras el polvo se posaba. Luke aspiró ansiosamente el aire mientras Vader mostraba menos aplomo y una tensión creciente.

-Skywalker, muy bien -declaró-. Resulta usted muy bueno para ser un niño. Pero el final será el mismo -levantó el sable y atacó por encima del panel destrozado.

Ahora fue el Oscuro Señor quien inició el ataque. Luke descubrió que se veía obligado a retroceder constantemente mientras Vader le lanzaba una ventisca ininterrumpida de fragmentos de piedra y sablazos. Era imposible responder a todos los golpes.

De algún modo, Luke lo logró.

Ahora trazaban círculos en el centro del suelo del templo. La princesa yacía de costado, pero trató de volverse y mirar. El dolor de las heridas se alzó a su alrededor como una muralla de acero. La muralla se cerró en torno a sus pensamientos y, a modo de respuesta, entornó los ojos y cayó contra la fría piedra.

Los dos enemigos se detuvieron una vez más, pero ahora era Vader el que jadeaba afanosamente.

-Kenobi... lo entrenó... bien -reconoció admirado el Oscuro Señor. El combate constante le había hecho perder parte de su acostumbrada indolencia-. Y posee... una habilidad natural propia. Ha demostrado ser un desafío. Me gustan... los desafíos.

Todavía entero, Luke susurró retador:

-¡Demasiado... desafío... para usted!

-No -le aseguró Vader-, jovencito, se sobreestima -el Oscuro Señor se irguió hasta su máxima y respetable altura-. He terminado de jugar con usted.

Balanceó el sable hasta que se convirtió en un manchón oscuro en la atmósfera húmeda del templo y saltó por el aire. Fue algo más que un salto pero menos que levitación. Arrojó el sable desde el círculo azul de energía.

Instintivamente -no tenía tiempo para pensar-, Luke lo esquivó. La fuerza contenida en el sable arrojado hizo que el arma se le cayera de la mano a Luke. Ambas manos salieron despedidas hacia la derecha e interrumpieron su trayectoria, aún brillantes y activadas, cerca de una oscura abertura circular que se abría en el suelo.

Mientras Vader caía lentamente hacia el suelo, se sujetó la muñeca derecha con la mano izquierda, cerró el puño y pareció agitarse como alguien que vomita. Una bola de pura energía blanca, del tamaño de un puño, se materializó delante de las manos de Vader y bajó hacia un Luke que miraba con los ojos muy abiertos.

Algo llevó a Luke a comprender que no lograría alcanzar el sable antes de que el

globo blanco le tocara. Levantó ambas manos y apartó la mirada. Por ese motivo no vio lo que pasaba.

Sus manos parecieron desdibujarse. El guante blanco lo golpeó, rebotó y contactó suavemente a Vader mientras llegaba al suelo. Se oyó un tenue crujido como el de una explosión lejana. Vader cayó cabeza abajo y el guante desapareció.

Pero cuando la bola de energía blanca tocó las manos de Luke, el poder inherente al cinetitán o globo energético contenido, lo lanzó al suelo. Si la hubiese rechazado infructuosamente, la bola habría lanzado a Luke por los aires y lo habría hecho traspasar la pared del templo.

Ahora estaba boca abajo mientras Vader rodaba lentamente de costado y meneaba incrédulo la cabeza. Volvió a enfocar su mirada y vio a un Luke estremecido pero intacto que gateaba lentamente hacia su sable de luz.

-¡No es... posible! -murmuró Vader y comenzó a reptar hacia su arma. El cinetitán había golpeado el lado izquierdo de su armadura corporal, que se había mellado hacia dentro como por efecto de un puñetazo gigantesco-. Tanto poder... en un mocoso. ¡ No es posible!

Luke no tenía fuerzas ni deseos de discutir. Sólo vio el sable y sintió que su suave empuñadura encajaba, compacta, en la palma de su mano.

Vader ya había recuperado su arma. Con un esfuerzo supremo se tambaleó hasta ponerse de pie y giró para enfrentarse a Luke. Éste sostuvo el sable de su padre por encima de la cabeza, se levantó, corrió hacia el Oscuro Señor y se arrojó contra la elevada figura negra.

Se produjo un enceguecedor relámpago de luz cuando contactó el rayo del sable de Vader y resbaló a causa del golpe. Su sable siguió cayendo y atravesó el suelo de piedra. La mano de Luke chocó contra una piedra y se vio obligado a soltar el sable.

Chocó violentamente contra el suelo y rodó de espaldas para ver qué había ocurrido. Luke reparó en que Vader observaba fijamente el suelo. Su brazo derecho estaba allí y todavía sujetaba el sable resplandeciente. Había menos sangre de la que Luke esperaba. Intentó ponerse de pie y no lo logró. Ya no tenía fuerzas para arrodillarse, menos aún para erguirse.

Por eso permaneció tendido, totalmente exhausto. Con pasos desiguales e inseguros, el Oscuro Señor se tambaleó lentamente hasta su brazo amputado. Azorado, se agachó, levantó el brazo cortado y lo separó del sable. Lo sostuve en la mano izquierda y se volvió para mirar a Luke. Todo estaba perdido, pensó el muchacho mientras Vader colocaba el sable encima de su cabeza con la mano que le quedaba. El Oscuro Señor, Lord de Sith, maestro del Lado Oscuro de la Fuerza, era invencible.

Todo había terminado.

-Lo siento -murmuró y dirigió la cabeza hacia donde estaba la princesa, acurrucada en el suelo del templo-. Lo siento, Leia. La amé -volvió a elevar la mirada y descubrió que no le quedaba fuerzas para una postrera maldición.

El sable danzó por encima y por detrás de la cabeza de Vader. El Oscuro Señor avanzó como ebrio. Tropezó un par de pasos a la izquierda.

Y desapareció.

Un aullido inarmónico e inhumano acompañó el descenso del Oscuro Señor por el círculo negro situado a la derecha de Luke. Con el ceño dolorosamente fruncido y apenas capaz de creerlo, Luke se acercó a duras penas hasta el borde del círculo negro y espió

hacia dentro y hacia abajo.
No logró divisar el fondo del foso ni la menor señal de Darth Vader.
-Se ha ido -murmuró embotado, casi incapaz de creerlo-. Espero que haya ido a donde se merece -recorrió el suelo con la mirada mientras se esforzaba por sentarse. Se apoyó en un brazo-. ¡Leia, lo logré! ¡Vader se ha ido, Leia!
Pero... persistía una agitación, un débil tremolar de la fuerza, tan débil que apenas lo percibía, como un mal sabor de boca. Pero estaba ahí... *¡Vader seguía vivo!*
Pero Vader no era una amenaza para ellos. Por el momento, eso bastaba para Luke. Sollozaba mientras arrastraba su cuerpo extenuado por el suelo de la cámara.
-¡Leia, Leia!
Al llegar a su lado, Luke exploró con la mano y le tocó la frente. La princesa abrió los ojos y le miró. Luke lloraba sin consuelo mientras tocaba cuidadosamente las terribles cicatrices que el sable de Vader había dejado en el cuerpo y el rostro de la princesa.
-¿Luke? -suspiró con voz apenas audible. Le sonrió dolorosamente. Luke cogió su mano y cayó junto a ella.
Halla se detuvo en lo alto de las piedras que bloqueaban la entrada al templo para mirar a sus espaldas. Vio dos seres que yacían cogidos de la mano en el suelo del templo. Del Oscuro Señor de Sith no había huellas. Lo había visto caer por el pozo de los sacrificios de los adoradores de Pomojema. Halla era libre de partir.
Bajó su mirada para fijarla en el brillante carmesí abismal del cristal Kaibur y luego giró para penetrar la bruma y la niebla de Mimban.
El transporte de personal en que habían llegado esperaba fuera. En su interior yacía Kee, abatido definitivamente por un golpe de Darth Vader. Cerca estaban los dos androides de Luke, inmóviles y desactivados.
-¡Maldición! -murmuró Halla casi para sus adentros-. ¡ Ay, maldición! -Después cruzó a toda prisa la pila de piedras quebradas... de regreso al templo-. ¡Luke! -Levantó el cuerpo desmayado y miró el rostro soñoliento-. ¡Luke, muchacho! ¡Vamos, deja de asustar a la vieja Halla!
Luke abrió los ojos y bizqueó al tratar de mirarla.
-¿Halla?
La anciana se humedeció los labios, miró hacia el cielo, colocó el cristal en el regazo de Luke y lo empujó hacia él como si quemara.
-Toma, no es mucho lo que puedo hacer con él. No soy una maestra de la fuerza sino una impostora, una charlatana. Podría dedicarme a realizar trucos de salón más impresionantes y mejores... pero desperdiciaría el cristal y, de todos modos, el Imperio no tardaría mucho en encontrarme.
Luke desvió la mirada de ella hacia el silicato palpitante que tenía en el regazo.
-El cristal amplía la fuerza -sonrió y tosió-. ¿De qué sirve ahora?
-¡No lo sé! -gritó Halla furiosa-. Maldición, lo querías y ahí lo tienes. ¿Qué más quieres de mí? ¿Qué más puedo hacer? -sacudió las dos manos ante él, desesperada ante su propia impotencia.
-Nada, Halla -Luke le sonrió cariñosamente-.
Supongo que no se puede hacer nada más -movió las manos y acarició el cristal-. Está tibio... es agradable.
-Estás loco -bufó Halla-. Sólo se trata de un frío trozo de piedra.

-No... está tibio -insistió-. Posee una tibieza extraña.

Cayó inconsciente al suelo mientras ambas manos todavía sujetaban con firmeza el cristal.

Halla se puso de pie y se apartó.

-Vieja estúpida -se maldijo-. Vieja estúpida y egoísta. Debí ayudarlos cuando todavía podía hacerlo. Debí... -vaciló y frunció inquieta el ceño. ¿Comenzaba a haber más claridad en el templo en sombras? Giró y abrió desmesuradamente los ojos.

El cuerpo inmóvil de Luke estaba envuelto en un denso baño de luz roja. El cristal resplandecía en sus manos con un brillo anormal. La luz no permanecía inmóvil. Se movía, revoloteaba, corría sobre él como algo vivo. Recorrió todas las extremidades, los dedos y los folículos, como el antiguo fuego de San Elmo en los aparejos de un velero.

Después de varios momentos estáticos, el manto radiante se encogió, absorbido por el cristal que recuperó su color normal.

Luke se sentó tan bruscamente que Halla no pudo reprimir un grito. Luke parpadeó y la miró. Vacilante, como si estuviera a punto de saludar a un fantasma, Halla avanzó pasito a pasito hacia él.

-¿Luke, muchacho? -murmuró roncamente.

-Halla. ¿Qué pasó? Yo... -giró la cabeza y sus ojos se posaron en el foso silencioso que había tragado a Darth Vader-. Recuerdo eso. Halla, también recuerdo... que *morí.*

-Debió de resultarte aburrido -respondió sin sonreír-. Fue el cristal... algo del cristal. La fuerza...

-No recuerdo -insistió Luke y movió embotado la cabeza. Después se agachó y tocó el hombro de la princesa-. ¿Leia?

-Sostenías el cristal con ambas manos -explicó Halla serenamente-. ¿Recuerdas las viejas leyendas... según las cuales los sacerdotes del templo podían curar?

-No comprendo nada -murmuró Luke.

Volvió a levantar el cristal con ambas manos, cerró los ojos e intentó concentrarse y relajarse al mismo tiempo. El resplandor del cristal aumentó.

-Comprendo -dijo una voz surgida del cuerpo de Luke, que podía o no ser la suya.

El brillo carmesí volvió a surgir del cristal. Subió por los brazos de Luke y se detuvo a la altura de los codos. Luke sostuvo el cristal con una mano y abrió los ojos. Se agachó como un sonámbulo. Con la punta de un dedo tocó el rostro de la princesa y siguió la cicatriz marcada por el sable de Vader. Ésta desapareció mientras él la recorría con el resplandor rojo. Halla logró ver que la piel se movía, se plegaba y curaba a su paso.

Lenta y mudamente, mientras Halla observaba absorta, Luke se dedicó a rastrear cada una de las heridas que Vader había infligido a la princesa. Cuando terminó con la última, apoyó durante un prolongado instante la palma abierta en el corazón y luego en la frente de Leia. Después Luke se sentó. El resplandor del cristal retornó a su estado normal.

Transcurrieron varios minutos más. Indemne, recuperada su belleza, Leia Organa se sentó lentamente. Se llevó ambas manos a la cabeza.

-¿Leia? ¿Se siente bien? -preguntó amorosamente Luke.

La princesa se estremeció y lo miró con atención.

-Luke, tengo un espantoso dolor de cabeza.

-Dolor de cabeza -repitió el muchacho. Giró y sonrió a Halla-. Le duele la cabeza.

Halla le devolvió la sonrisa, rió y después lanzó carcajadas de alegría. Luke se unió a su risa y sus carcajadas desconcertadas y felices se entremezclaban de vez en cuanto con una tos. El cristal había curado su interior herido, pero todavía estaba falto de oxígeno.

Súbitamente la princesa pareció insegura. Se miró a sí misma. Recordó impetuosamente los acontecimientos mientras se tocaba la pierna y la cara.

-Han desaparecido -murmuró incrédula-. Se han curado. ¿Cómo?

Luke se puso serio.

-Fue el cristal, Leia. Me curó a mí, la curó a usted y ni siquiera me di cuenta de que lo hacía. Todas las supersticiones de Halla son realidad. *Emplea* la fuerza. Leia, la curó el cristal... no yo.

-Vamos, Luke, muchacho -le reprendió Halla-, fuiste el agente a través del cual actuó el cristal. Sin ti, sólo sería piedra.

-Luke, nosotros -Leia se interrumpió y miró nerviosamente a su alrededor-. ¿Qué pasó con...?

Luke la tranquilizó.

-Está allá abajo -señaló el foso-. No le oí tocar fondo. Leia, Vader está liquidado -pero... mientras lo decía, volvió a producirse un extraño tintineo de la fuerza, algo semejante al olor a sulfuro.

Leia interrumpió esa indeseable cadena de pensamientos.

-¿Y Threepio y Artoo?

-Están bien -respondió Halla-. Al menos, me pareció que estaban bien hace un segundo... bueno, cuando regresé al reptador para cerciorarme de que tu Oscuro Señor no había colocado una trampa explosiva. Están desconectados pero, por lo que he visto, no han sufrido daño alguno.

Luke suspiró aliviado y pasó un brazo por los hombros de Leia. Ella no le rechazó.

-Tenga -dijo Luke y entregó el cristal a Halla. Ella le miró desconcertada, pero luego lo cogió y lo sostuvo con reverencia-. Puesto que vendrá con nosotros, puede tenerlo un rato.

-¿Con vosotros? -Halla se mostró cautelosa-. ¿Para qué queréis a una vieja cansada? ¿Para qué puedo serviros?

-Para un mundo feliz -le aseguró Luke-. Un universo de bienestar. Saldrá sana y salva de Mimban con nosotros. Después, si no desea unirse a la causa de un puñado de «forajidos», no tendrá que hacerlo -meditó melancólicamente-. Conozco un hombre, pirata y contrabandista, que en otro tiempo pensaba como usted.

-No me compares con ningún contrabandista ni me obligues -respondió Halla de mal humor-. Quizá me deje convencer... pero la fuerza sabrá para qué me queréis. ¿Adonde iré con vosotros?

Luke miró a Leia y sonrió. Ella se apoyó en él y le devolvió la sonrisa.

-Iremos a Circarpo IV -le informó Luke-. Llegaremos tarde a una cita muy importante -se volvió para mirarla-. Una cita con un movimiento de resistencia. Halla, quizá la convirtamos en una idealista revolucionaria.

-¡No es probable! -protestó. Pero no puso reparos mientras los seguía hacia el exterior del templo de Pomojema.

Una vez en el reptador, Luke accionó las palancas necesarias. Artoo fue el primero en recuperarse, seguido de un Threepio sorprendido.

-¡Ah, señor! ¿Dónde está él? No pudimos escapar. Conocía todas las palabras en clave y las órdenes pertinentes. Intenté avisarle, señor, pero no logramos... -Artoo lanzó un bip exasperado. Para un androide cuya especialidad es la comunicación, See Threepio tardaba mucho en recuperarse-. Discúlpeme, señor -prosiguió amablemente el alto y esbelto androide- pero, ¿me he perdido algo importante?

-Artoo, enciende el motor. Nos largamos de aquí.

La pequeña unidad Detoo se enchufó en el encendido del reptador. El motor respondió de inmediato. Halla hizo girar la sólida máquina y se internó en las brumas y los ritos selváticos de Mimban.

-¿Por qué tendré la impresión de que todos se ríen de mí? -Se oyó decir a la voz débil y cada vez más lejana de cierto androide.